

REHALDA

REVISTA
del
CENTRO DE ESTUDIOS
de la
COMUNIDAD DE ALBARRACÍN



N. 14 - Año 2011

REHALDA

*Revista
del
Centro de Estudios
de la
Comunidad de Albarracín*

N. 14



Primavera 2011

Año VII

Fotografía de cubierta: Vista general de Terriente.

Fotografía de contracubierta: Fuente del Chorrillo de Terriente.

Archivo fotográfico Juan Manuel Berges Sánchez.



Rehalda [rialda] f. 'repisa o vasar en torno a la campana de la chimenea'. Voz tradicional de la Sierra de Albarracín.

REHALDA

EDITA:

CECAL

CENTRO DE ESTUDIOS DE LA COMUNIDAD DE ALBARRACÍN
C/ MAGDALENA, S/N 44112 - TRAMACASTILLA
(TERUEL)

<http://cecalbarracin.org/>



Tel.: 636 042 269

El Centro de Estudios de la Comunidad de Albarracín no se identifica necesariamente con el contenido de los textos publicados, siendo éstos de la exclusiva responsabilidad de su autor.

CONSEJO DE REDACCIÓN:

José Manuel Vilar Pacheco
José Luis Castán Esteban
Eloy Cutanda Pérez

DISEÑO:

Rehalda

CUBIERTA:

PERRUCA, Industria Gráfica

IMPRIME:

PERRUCA, Industria Gráfica

Depósito Legal: TE-52-2005. **I.S.S.N.:** 1699-6747

COLABORAN:



Comunidad
de Albarracín



Comarca de la Sierra
de Albarracín



Sociedad de Desarrollo
de la Comunidad de
Albarracín

ÍNDICE

LA CAMBRA DE LAS PALABRAS

Un viejo cuaderno de anotar palabras: Encuestas del ALPI en Bronchales, 1935 (II)	9
--	---

José Manuel Vilar Pacheco

El enigma del bicho II. La sombra del buitre	15
--	----

Vicente Romero-Tosca.

Verano 1936	25
-------------------	----

Pedro Saz Pérez

HISTORIA

Juan Romero Alpuente, un revolucionario del siglo XIX	47
---	----

José Luis Castán Esteban

La Comunidad de Albarracín a través de la historia de sus pueblos. Terriente, entre el sabor medieval de su conjunto urbano y la nostalgia del esplendor de su industria textil	53
---	----

Juan Manuel Berges Sánchez

MEDIO NATURAL

Camino comercial entre Villar del Cobo y Orihuela del Tremedal	79
--	----

Javier Pastor Durán y Avelino García Galve

Rhus Coriaria L. (Zumaque), un antiguo cultivo de la Sierra de Albarracín	89
---	----

Daniel Guillot Ortiz

INFORMACIÓN

LA LIBRERÍA	95
-------------------	----

ÍNDICE DE ARTÍCULOS PUBLICADOS EN LA REVISTA REHALDA	97
--	----

NORMAS PARA LOS COLABORADORES DE LA REVISTA	103
---	-----

LA CAMBRA DE LAS PALABRAS

UN VIEJO CUADERNO DE ANOTAR PALABRAS: ENCUESTAS DEL ALPI EN BRONCHALES, 1935 (II)

*José Manuel Vilar Pacheco*¹

Gracias al profesor Vicent García Perales (Universidad Cardenal Herrera, de Valencia) he tenido acceso por fin al segundo cuaderno de encuestas llevadas a cabo en Bronchales para el malogrado *Atlas Lingüístico de la Península Ibérica (ALPI)*. A estas encuestas y al atlas peninsular ya dedicamos una *cambra* en esta revista (*Rehalda*, 2, 2005).

El material de este atlas (todavía inédito en gran parte) fue de aquí para allá, dando vueltas como una peonza, y acceder a todos los cuadernos de encuesta ha resultado para muchos una auténtica odisea. El cuaderno número 1 lo conseguí gracias al profesor canadiense D. Heap, quien me envió copia desde Ontario. Y de este segundo, del que damos cuenta ahora, he logrado fotografías digitales del original (y también del primero) gracias a V. García Perales, quien me las ha enviado desde el Archivo Histórico de Elx (Alicante), donde se encuentra depositado parte del legado de Manuel Sanchis Guarner, uno de los encuestadores del *ALPI*.

Este viejo cuaderno, de apenas cincuenta páginas (y formato de 18 x 14 cm.), nos proporciona una serie de términos recogidos en Bronchales en abril de 1935, palabras vivas en aquella primavera de los años treinta en que M. Sanchis Guarner y L. Rodríguez-Castellano visitaron esta localidad serrana. Los informantes-entrevistados en Bronchales fueron Escolástico Gil (61 años) y José Alonso (69 años), ambos labradores. El cuaderno incluye asimismo pequeños dibujos muy esquemáticos de algunos de los objetos por cuyos nombres inquieren en sus encuestas.

Entre los nombres dados a especies vegetales, árboles y arbustos, destaca la forma *chavasco*, que se registra con el sentido de ‘encina achaparrada que da bellotas amargas’. En nuestras encuestas recientes recogemos asimismo esta forma en Bronchales como nombre dado a la carrasca, especialmente a la de menor tamaño. Podría tratarse de una variante con especialización semántica del término castellano *chavasca* ‘leña menuda de la poda’ (DRAE)². Algunos textos especializados recogen

¹ Doctor en Filología.

² Sentido parecido al que recoge Juan M. Berges para el *chavasco* serrano (‘ramas pequeñas’). T. Lafuente alude a *chabasco* en la Sierra como planta similar a la chaparra.

el término *chavasco* como sinónimo de encina o carrasca. Por su parte, el diccionario geográfico de P. Madoz (1845-50), al describir el paisaje de Calomarde y Pozondón, empleaba este término con sentido próximo al de carrasca o chaparra: «montes de pinos con algunos pequeños *chabascos*» (s. v. *Calomarde*); «teniendo más al E y S un monte de carrascos, *chabascos* y estepas» (s. v. *Pozondón*). En esta misma época, el estudio botánico *De las plantas de la Península* registra en Albarracín la forma *chavasco* como nombre vulgar de una variedad de *Quercus*. Como topónimos, se registran en la Sierra, según algunos mapas topográficos, los nombres *Barranco de los Chavascos* (Albarracín), *El Chabascar* (Torres) y *Cerro Chavascal y Solana Chavascar* (Bezas); y en localidades próximas a la sierra de Albarracín aparecen parajes llamados *Los Chavascos* (Villar del Saz), *El Chavascar* (Zafrilla) o *Llanos del Chabascalejo* (Campillo de Dueñas, cerca de Molina). Al carecer de una propuesta etimológica adecuada, encontramos escritas las formas indistintamente con *b* y con *v*.

Respecto a la forma *paloduz*, apócope de *palodulce* ('regaliz'), registrada en Bronchales, podemos señalar que se haya extendida en la mitad sur peninsular³, aunque penetra en zonas como Teruel, en las que es más propia la forma *regaliz* o *regalicia*, tal como recoge el atlas aragonés (ALEANR) en Noguera y Masegoso, así como en muchos puntos de Teruel. La voz *espligo* se registra como nombre del espliego; se trata de una voz antigua y aragonesa sobre la cual se originó la actual castellana *espliego*. Para la salvia se recoge el nombre *sielva*.

En cuanto al léxico referido al pastoreo y la ganadería, destacan las formas *tafil* ('cencerrita') y *pedreño* y *truco* dados a los de cencerros, voces que recogimos también recientemente en nuestras encuestas, aunque ya con escasa vitalidad. Las formas *boque* e *igüedo* se dan para el semental de la cabra, *mardano* para el de la oveja, y *varraco* para el de la cerda. Para la cría de la vaca (el ternero) aparece la forma *meco* (tal vez, por influencia del catalán-valenciano *mec*, *meca* 'ternero')⁴. Para la hembra estéril se recoge la voz *machorra*.

Para 'arco iris' se registra la designación aragonesa *arco de San Juan*, que se da sobre todo en Huesca, aunque tiene escasa presencia en la provincia de Teruel. Treinta años después la forma se registra para el atlas de Aragón en la localidad serrana de Masegoso.

³ Ambas formas se registran actualmente, según el *Atlas de Castilla La Mancha*, en las localidades fronterizas de Guadalajara y Cuenca con Aragón.

⁴ El diccionario de Andolz la registra en zonas del Pirineo. Por su parte, el ALEANR registra esta forma tan solo en las localidades turolenses de Alcalá y de La Iglesuela.

Como nombres de vasijas o recipientes se recogen las formas *serón*, *sereta*, *espuerta*, *angarillas* (para la paja), *aguaderas*, *jábega* ('barcina'), *canasta*, *cesta* o *tabaque*, nombres extendidos en el castellano común.

Dejan constancia asimismo estas encuestas de formas como *maita* ('fresa') o *mizclo* ('niscaló'); así como de *vinajera* y *tabenera* (como nombres de la corraleja); como especies micológicas se recogen las formas *pedo lobo*, *mojín* y *cascarria* ('hongo con forma de coliflor').

La forma *gallina ciega* ('chotacabras') es uno de los nombres populares del castellano para designar este tipo de ave insectívora. Para luciérnaga recoge la forma *sapico de luz*, voz extendida en parte de Aragón para la designación de este insecto; el atlas de Aragón recoge formas próximas: en Noguera, *sapo reluciente*, y en Masegoso, *sapillo de luz*; y para la mariposa, el término *mariposa del pulpul* (al que se añade el dicho popular «anda al campo / tráeme un manto»). Las voces *cardelina* y *colorín* se registran para 'jilguero'; la primera de ellas, extendida en Aragón, es forma aragonesa, según registran numerosos repertorios léxicos aragoneses, aunque el DRAE la recoge como voz general; en cuanto a *colorín* parece predominante en La Rioja y puntos de Cuenca y Guadalajara. Las voces *pájaro de las nieves* y *rabilarga* se registran como nombres del aguzanieves. El ALEANR registraba para Noguera la forma *martinete* y en Masegoso la de *pastora*, mientras que en Orea apuntaba *pajarica de las nieves*, y *colilarga* solo en puntos riojanos. Por su parte, el más reciente *Atlas de Castilla La Mancha* registra *rabilarga* en puntos de la serranía conquense. Son muchos los nombres populares dados en el ámbito hispánico a la *motacilla alba*, como se observa en las formas señaladas anteriormente. Asimismo entre los nombres de aves recogen las encuestas de Bronchales la voz *escribana* como 'pájaro que pone los huevos con pintas'. El diccionario académico otorga este nombre a diversas aves.

Otras formas registradas entre los nombres de animal se encuentran extendidos en Aragón: *ligaterna* ('lagartija'), *hardacho* ('lagarto'), *burraca* ('urraca'), *tajudo* ('tejón'), o *paniquesa* ('comadreja').

Formas comunes al castellano rural figuran también como habituales en Bronchales: *murciégalo* ('murciélagó'), *jabalín* ('jabalí'), *cantigüeso* ('cantueso'), *principiar* ('empezar'), *ceiquia* ('acequia'), *maniantal* ('manantial'), *juente* ('fuente') o *escalambrujo* y *escalambrujera* ('escaramujo').

Sorprende la forma *albéitar* como 'veterinario', voz que recoge el diccionario académico como general, pues ha sido este arabismo forma tradicional en castellano, aunque quede ya como en desuso y sustituida poco a poco a partir del siglo XIX por el cultismo *veterinario*.

En cuanto a los anemónimos o nombres de vientos según la dirección de la que procedan, se anotan en Bronchales los de *regañón* (de Orea), *molinilla* (de Molina),

cierzo (de Alustante), *ábrego* (de Griegos), o *solano* (de Torres). Para el concepto 'lloviznar agua y nieve' constata la encuesta la forma *espuñiar*, aún con cierta vitalidad en Bronchales y en el resto de la Sierra. Y en relación con escarcha, las voces *rojío* y *aguarrada*.

Como nombres de oficio se recogen los de *aladrero* ('aperador', 'encargado de hacer carros y aparejos de labranza'), palabra común del castellano (RAE), *amolanchín* o *afilador* ('afilador'), *cabecero* ('jefe de cuadrilla de labriegos') o *correcher* ('guarnicionero'); esta última palabra, propia también del catalán, se registra como específica de la provincia de Teruel por parte del atlas lingüístico aragonés.

También la impronta aragonesa se deja notar en formas como *rubín*, *rumiento* ('óxido, oxidado'), *ciemo* ('estiércol') o *melguizo* ('mellizo').

Por lo que respecta al tono, es decir, a la entonación, se apunta en este cuaderno que *ya no es muy aragonés*; pues nos encontramos en una zona fronteriza, de transición entre la modalidad castellana y la aragonesa.

El valor de estos atlas excede el puramente lingüístico, ya que ofrecen también información de carácter etnológico; así, por ejemplo, la alimentación o platos habituales en esta década. Como recoge la pregunta número 695a (nombres de las comidas y sustancias más comunes) la alimentación frecuente consiste en gazpachos, sopas, tajada de tocino, cerdo o jamón, gachas y migas (en invierno), tajada de la conserva, ensalada y tortilla (en la siega), y también cocido, arroz o guisado de cordero. La cena es a las 6 de la tarde en invierno y a las 9 en verano: judías, carne guisada, olivas o lechuga; y para merendar, tajada de cerdo frita, ensalada o bacalao (o abadejo). En cuanto a las prendas interiores y exteriores ordinarias de la mujer (número 707) se recogen las voces *saya*, *devantal*, *camisa*, *justillo*, *jugón*, *pañuelo* (para los hombros), *mantillina*, ('mantón negro para ir a misa'), o *sinagua* ('enagua').

De entonces hasta ahora muchas de estas palabras han sufrido una regresión en cuanto a su uso, erosión común que padece el léxico tradicional en las comunidades rurales, y tienden lentamente hacia el olvido y desaparición. Aquí quedan, en este viejo cuaderno de anotar palabras (con su fonética puntual y precisa), voces como *albéitar*, *paloduz*, *chavasco*, *maita*, *correcher*, *tafil* o *pedreño*. En definitiva, una muestra del habla de la comunidad, un fotograma de su estado en la década de los treinta del pasado siglo, que tendremos que analizar más extensamente en otra ocasión.

Breve noticia sobre el COSER

Desde 1990 la filóloga Inés Fernández Ordóñez, recientemente elegida como miembro de la Real Academia Española, dirige el proyecto COSER (*Corpus Oral y So-*

noro del Español Rural), que pretende registrar el habla de las zonas rurales de España. Bronchales ha sido una de las localidades en que se ha efectuado alguna grabación (en 2001) para este corpus. Participan en ella Eduardo Barquero y su mujer; algún fragmento de la misma y la transcripción correspondiente se halla disponible en la Red (www.uam.es/coser). Faltan todavía por aparecer las efectuadas en Bezas, Royuela y Ródenas, que también forman parte de la red de localidades encuestadas para este proyecto de corpus oral.

603a Paño para limpiarse

604a Mendrugo *kye t'ú s' h s', t' t' a' s' i' g' e' m*

605a Damajuana *g a u p a' s' i' n*

606a Vasijas de paja, caña, esparto, mimbre, etc.

seguen // *aguarillas* *una*
seca *una en alfombra*
espugante
aguade-as *nátsgr* *una de brasa*

607a Nombres y substancias de las comidas más comunes

almo'ntá'u a la t' *gaspá'c's*, *sopas*, *empanada* *gá'c's*, *migas*
koká'itá'u a la t' *rola* *en la riega* *tajada* *o envuelta* *o tortilla*
homé'u a la t' *ke'itá'c'*, *o arroz* *o gisá'u* *de condum*
mescy'dá'u a la t' *tajada* *de udo frito* *o envuelta* *o freída*, *rola* *en rucano*
Bená'u a la t' *iniermo*, *o los* *Poranos*, *judías* *o carne* *frizada* *o porros* *de olivas* *o* *condumga*

608a Comidas de gala *m e a j á u d o*

Fragmento de la p. 28 del cuaderno II E de encuestas llevadas a cabo en Bronchales por M. Sanchis y L. Rodríguez-Castellano (1935).

BIBLIOGRAFÍA

ALEANR = M. Alvar, con la colaboración de T. Buesa, A. Llorente y E.): *Atlas Lingüístico Etnográfico de Aragón, Navarra y Rioja*, Madrid-Zaragoza, C.S.I.C.-Institución «Fernando el Católico», 1979-1983.

ALPI = T. Navarro y R. Balbín, (): *Atlas Lingüístico de la Península Ibérica*, vol. I. Madrid, C.S.I.C., 1962.

R. Andolz, *Diccionario aragonés*, Zaragoza, Librería General 1977.

DRAE: Real Academia Española, *Diccionario de la lengua española*, Madrid, Espasa-Calpe, 1992 (21.ª ed.).

P. García Mouton y F. Moreno Fernández, *Atlas lingüístico y etnográfico de Castilla-La Mancha*, en <www2.uah.es/alecman> (2003).

Lafuente Pérez, T., «Toponimia de la Comunidad de Albarracín», *Teruel*, 49-50, 1973, pp.187-242.

EL ENIGMA DEL BICHO II LA SOMBRA DEL BUITRE

Vicente Romero-Tosca

Estaba yo tranquilo en la plaza del pueblo, un día de esos de verano que decides abandonar el deporte ese cargante de pisar chaparras y cardos sin ton ni son, vamos, sin una misión concreta —senderismo le llaman ahora; antes, atajar o hacer trocha— y piensas en el mejor provecho de alternar un rato con la gente que pudiera acudir por allí. Cuando, conforme esperaba ensobinado en el muro de la fuente, ansiando escuchar chascarrillos o mantener conversaciones con el primero que se me pusiera a tiro, di un espanto y aparté la cabeza viendo que un renegrón se me venía encima. Pegué un hurto tratando de evitarlo, y aunque llegué a notar el roce, me sentí orgulloso de mis reflejos al haber sorteado el impacto. Después, quedé algo desencantado al comprobar que el objeto en cuestión no existía, era la sombra de un buitre que, no sé por qué, volaba demasiado bajo y en una zona muy poco dada al abandono del ovejo muerto. De pronto, un runrún me vino a la cabeza intentando dar explicación a qué podía ser lo que buscaban aquellas criaturas.

Sin poder evitarlo, el recuerdo del bicho se me encarnó, y comencé a sospechar que se trataba de un nuevo mensaje y que todo podía estar ligado con episodios anteriores. Rebuscando en la memoria, sin querer, fui de nuevo a parar al Entredicho y a los celtíberos que dicen lo poblaban, y, volviendo casi treinta años atrás en el tiempo, recordaba el momento en que realicé una visita más técnica del lugar con Isidoro Gómez. Fue un día de esos en que la mañana se quedó larga para la matanza y al anochecer no se llegó, y a raíz de alguna tertulia que debimos tener durante el matazón, decidimos preparar aquella excursión para matar el tiempo y profundizar sobre el tema. Yo no conocía más que el rodal donde aparecían gargantillas de colorines de porcelana y enganches de bronce. Hasta entonces, pensaba que el origen de todo aquello podía ser el espantón de un mulo que, a principios de siglo, tiró la carga de algún hojalatero mañoso que había ampliado su negocio con todo tipo de aderezos. Pero aquel día, fui asesorado convenientemente, sobre el terreno, de todo lo que allí, al parecer, existió. Me explicó que lo de los aderezos no fue a causa de un espantón, y que más bien se debía a que allí tenía su taller una especie de orfebre; después recorrimos una zona en la que se adivinaban restos de tinajas enormes donde algún comerciante debía guardar no sé que clase de provisiones y untos. También me enseñó los restos de un horno recién profanado, que fue descubierto y sacado a la luz por un maestro de escuela aficionado a estos asuntos y que algún listo, jugando a buscatesoros, había destruido. En el

canalón, en una huelga en barbecho, se apreciaba unos círculos oscuros que Isidoro achacaba a las cenizas de los enterramientos. A partir de ahí, sí que hice como que me dejaba llevar por la mente soñadora de mi consejero y dejé de tomar en serio sus explicaciones, pensando que aquellos renegroses serían consecuencia del resudor de algunos muladares de silre que habrían estado demasiado tiempo sin extender. Porque faltaba un dato primordial al que nunca se refería; ya que todas las explicaciones abarcaban desde el sistema de comercio y la alimentación, y se extendían hasta lo espiritual, pero nada me dijo de dónde se cobijaban aquellos hombres. Olvidaba el detalle elemental de las viviendas y sus vestigios. Yo sí que conocía restos de poblados que todavía se dejan ver como el del cerro arenoso de la Cerraja que hace frontera con la dehesa del Villar, el de Valtablao y algunos otros. Pero allí... nada, ni rastro, solamente se aprecian las hormas de los bancales que gatean hasta la base de las Peñas Altas.

Creo que fue aquí donde surgió mi afición viciada al asunto, y el que siempre lo haya enfocado desde una visión paranormal, ha sido la consecuencia de aquellas omisiones de mi mentor. Porque lo más coherente hubiera sido —como en su día hicieron en Griegos— interesarse por los poblados, escudos, armas e indumentaria de nuestros antepasados y dejarse uno de buscar almas en pena.

En esta línea exotérica, aquella tarde, subimos también a una clajiza del rocho que da asomo al barranco de la Hocecilla y encontramos unos pedruscos rectangulares perfectamente alineados que yo creía que la naturaleza colocó allí a capricho. Isidoro insistía en querer ver la mano humana o extraterrestre en aquella formación caprichosa. Después me contó que algo más allá, en el Contadero, existían otras piedras grabadas con letras celtiberas, que me intentó reproducir en el suelo con un cándalo. Alguna de aquellas coincidía con una que había, y allí estará, en un ripio grande en la bajada de la Calzada del Villar.

Ya de vuelta, por la noche, sospechando de mi incredulidad, hizo que metiera el dedo en la llaga, enseñándome sus pequeños tesoros. La mayoría eran casquijos que no les veía yo mucho fundamento por mucho que me los exhibiera con tanto mimo. Las mejores vasijas eran las que él consideraba funerarias. Dos vi que tenía reconstruidas casi en su totalidad a buen recaudo en la cambra, y me dijo que los cascotes los encontró más hacia el canalón en el piazó de los círculos oscuros y que tenían alrededor algunos restos de cenizas. *“Esto que llevan dentro es de un muerto”*, aseguró. —Poco me parece para un muerto. —le contesté. *“Bueno, —me aclaró— para lo que dejaban un buitre, y después el fuego, de un muerto”*.

Con todos aquellos recuerdos de antaño, traté de buscar una explicación a la nueva llamada del Bicho, y comprobar si el instinto de aquellos animales presionados, que habían perdido hasta el derecho a encontrar cadáveres de animales, les hacía buscar comida humana como —según las teorías anteriores— acostumbra-



ban en el pasado. Me contó Carlos Hernández-Santos que en el Villar había un comedero artificial donde les echaban de comer una especie de hamburguesas; por lo chocante de la información, y tratándose de un informante tan peculiar, yo no podía dar crédito al disparate. No tardé en ir con él a comprobarlo y... ¡Era cierto!. Allí presencié una de las mayores simplezas de esas que ahora se inventan y hacen que se le retuerzan a uno los intestinos.

Después de esto, tuve la ocurrencia de ir a comprobar in situ en las buitreras que asoman al río Hoceseca y, allí, estudiar el comportamiento cambiante de aquellos carroñeros. Entonces, recordé lo que le sucedió a Ginés en el puntal de Mojón Blanco; contaba que: *“Los buitres se le habían tirado como auténticas fieras, vamos... que venían a por mi”*. Acorralados por las normas modernas (esas que prohíben dar reposo a los animales muertos en el monte) no encontraban sustento y creo que, más que a por él, aunque lo vieran hermosón, acudían a que los alimentara, al confundirlo por las pretinas de su camisa azul de conductor del parque móvil ministerial, con algún amamantador artificial de los que les facilitan la carne picada.

Cuando me encontraba a quinientos metros de los nidos, apareció ante mi un círculo perfecto en piedra, que de natural allí no estaba y era enlosada no parecía,

por escasa para dar la curva el par y porque, a cinco kilómetros de distancia, no existía ni rastro de antiguas labores. Aquel megalito no parecía haber sido creado para ninguna faena humana. Lo miré de refilón y no le di mayor importancia.

Aplicando la teoría inglesa de las *ley lines* (según la cual, todos los sitios sagrados o aquellos de los que se desprenden algún tipo de misterio, están alineados entre sí) y la de los *lugares de poder*, intenté buscar lugares de tronío y enfiarlos como fuera, pero en lo más alto de estos cogotes no es fácil localizar construcciones más pomposas que una paidera. Comencé a comprobar lugares de culto fuera de los cascos urbanos; aunque ni la ermita del Villar, ni la de Búcar, ni la de las Casas de Frías, ni tan siquiera la de San Lorenzo, me ofrecían más misterio que el de ser construcciones o refugios que no daban otra sensación que la de usarse, de tarde en tarde, para echar algún rezo y de servir de excusa para tragos y fiestas. No podía aplicar la teoría de las líneas, que más allá de dos puntos no me daba; entonces pensé en los lugares de poder (esos que desde siempre se consideraron mágicos y que dicen desprenden energías telúricas, aunque yo me decanto más porque cada civilización debió ocupar aquellos sitios estratégicos por continuar con la costumbre de rituales ancestrales o como forma de aplastar cualquier rastro de los moradores anteriores. También pudo ser que se aprovecharan algo de lo construido o, al menos, el tener un buen rimero de peñones) y me dirigí hacia un lugar más majestuoso como es la ermita de Orihuela, que allí seguro que algo misterioso debió existir antes. No me atrae demasiado el ir a sitios que ya conozco, pero a veces las circunstancias mandan y volví al Santuario de nuestra Señora del Tremedal, pues sí que había estado allí, aunque en una edad y en unas condiciones (la segunda fiesta de la Comunidad) que uno andaba pendiente de otro tipo de arquitecturas. Así que, sinceramente, en aquella ocasión el templo ni lo vi.

Una vez en el lugar, comprobé que al menos una visión celestial sí que se contemplaba desde aquel picarchal. El Caimodorro me tapaba el horizonte para lo de las líneas, y aun haciendo mis cálculos a ojo de buen cubero... enlazar más de tres ya era muy interpretable, así que desistí y lo di por imposible. Antes de abandonar, haciéndome el remolón, rebuscando entre las bases de los postes de unos repetidores que *adornan* el tempo, por fin, pude encontrar el antiguo uso pagano del lugar. Unos tormos ahuecados por arriba y muy sobados, que al estar situados en un punto tan estratégico, parecían haber servido de base para algún sacrificio, aunque me decanté más porque fueran empleados para algún ritual mortuorio donde se depositaban los cadáveres, y los buitres darían buena cuenta de aquellos ofrecimientos.

Llegó el invierno, y ya en Valencia, vi un panfleto que anunciaba una exposición en la Casa de la Beneficencia, ambientada casualmente en el período que nos estamos moviendo, titulada "*Ritos de vida y muerte*" y no me pude resistir a visitarla.



Pensaba que además de esta exposición puntual, en aquel Museo de Etnología, no encontraría otra cosa que gramolas, maquinas de coser y demás reliquias de anticuario. Y resultó que el mismo edificio albergaba también el Museo de Prehistoria, con dos plantas tan extensas y completas que daba hartura el verlas completas el mismo día. Una vez que llegué a la galería dedicada a la época que nos ocupa, comprobé la grafía que se atribuía a los celtíberos y, no es que coincidiera, es que era idéntica a los garabatos que Isidoro me reprodujo con un palote. También encontré unas vasijas del color, forma y con el mismo contenido y explicación que las suyas, y, sorprendentemente, en otras estaban dibujadas unas criaturas que, de alguna forma, se correspondían con la descripción del Bicho. Muchas cosas vi, que uno cuando le interesa se fija, pero... como que algo me faltaba, quería investigar más sobre las creencias sobrenaturales de aquellas gentes: ¿a qué temían?, ¿a qué adoraban?. Vamos... ¿dónde estaba el Bicho?

Falto de datos, pues aquellos hombres, al igual que nosotros, estaban algo embrutecidos y no parece que fueran muy dados a la escritura, busqué donde pude los pasajes de los cronistas de la época, ya que aquellos autores tendrían referencias más cercanas en el tiempo, por si describían algún comportamiento arcaico que pudiera continuar latente en nuestros genes. Y... ya lo creo que los había:

Silio Itálico -siglo I- (Púnicas, libro III,340,34) decía *“los celtiberos vienen a creer que el alma remonta a los dioses del cielo al devorar los buitres el cuerpo yacente del guerrero muerto en combate”*. Este comentario me vino a confirmar sobradamente las teorías de Isidoro.

Estrabón (Grecia 63 aC-23dC) hombre este de orígenes griegos y como tal, algo pitiminí, parece ser que nunca pisó tierra hispana, y aunque así hubiera sido, es difícil que ni él ni los que le sirvieron de informadores, (Polibio y Posidonio, mayormente) llegaran a acercarse a estos puntales. En cualquier caso, recopiló datos de mucho interés. En su Geografía libro III,3,7 afirma que *“los celtíberos comen carne de cabrón y gustan secarlas”*. Aquí encontré la primera costumbre que nos acercaba: cada año, en la matanza, mi padre tenía la costumbre buscar una cabra vieja para sacrificarla y mezclar las mazas con la carne del cerdo en los chorizos secos *“es que si no llevan cabra no saben a na”* decía. Y el resto se ponía a secar en adobo. ¿Podemos encontrar en esta coincidencia el antecedente de nuestro somarro?. En este mismo capítulo, Estrabón cuenta que *“en lugar de aceite usan manteca”*, (hemos de entender que en sus frituras). Aquí sus informadores lo debieron confundir, pues la manteca es producto muy fino y no da mucha el gorrino. Con independencia de la grasa que ellos utilizaran, nosotros, hasta mediado el siglo pasado, si no con manteca, por lo dicho, sí que continuábamos cocinando también con pringue de tocino derretido y sebo.

Inconscientemente, dejó muchas pistas de nuestra existencia (libro III,3.8) al describir nuestras gentes como *“aisladas y feroces, disposición natural esta aumentada por la aspereza y el clima”*. Asimismo, (libro III,3,13) al hablar de los distintos pobladores celtíberos, unos que limitan y otros que confinan con las fuentes del tajo, dejó una zona muerta sin definir. Pero ¿quiénes podrían morar allí que no se atrevió ni a mentarlos?

Tuvo que ser el geógrafo Claudio Ptolomeo (Egipto, siglo II) con sus conocimientos matemáticos y astronómicos, y puede que con la ayuda de las estrellas, el que, aprovechando estos vacíos de Estrabón, nos descifrara en sus Tablas, situara y denominara como Lobetanos. ¿Hombres del lobo por sus comportamientos, o por sus creencias?. Lobetanos, lobeznos, lobos o... ¿bichos?, pienso que no existe mejor definición para quienes fueron capaces de sobrevivir a estos escarchazos. Desde entonces, hasta nuestros días, distintos autores han disentido a la hora de ubicar a la capital Lobetum. Unos situándola en Cuenca, otros en Albarracín y algunos más hacia abajo, pero sin ningún fundamento; y no se dieron cuenta que Lobetum seguramente no existió como ciudad. Yo me decantaría más porque la Lobetania la formaban estos cerros propiamente dichos, sin entrar en linderos provinciales posteriores, donde aquellas criaturas subsistieron desperdigados a su manera desde más arriba o hasta más abajo. Y si proponemos una capital ¿por qué no el Entredi-

cho? o, *Interdictum* que sonaría más creíble. Si yo puedo atestiguar, con Isidoro, que en aquel asentamiento ya tenían joyería. ¿Qué más podemos exigir para considerarlo como una ciudad?

En una publicación más “reciente” (Crónica general de España 1866. Provincia de Teruel, pag. 50), interpretando a los autores anteriores, también llegaron a la acertada deducción de que estas tribus “vivían en los hondos valles y ásperos riscos de la sierra de Albarracín”. ¿Quizás Peñas Altas?... Lo más sorprendente fue encontrar el la pag. 56 de esta misma publicación, que don Isidoro de Antillón, en base a los presentimientos del insigne historiador Jerónimo Zurita, a las anotaciones de Plinio, y a sus propias exploraciones; ya no es que situará aquí Lobetum, sino que localizaba a la propia Segóbriga. Yo no sé qué es lo que este hombre pudo ver, ni si era dado a bebida; la cuestión es que venía a decir que “*aun sin ser demostrable, esta ubicación, —la de Segóbriga en la Sierra de Albarracín— sí que tiene a su favor todas las razones y conjeturas que en materia tan oscura se pueden dar*”. Señala su lugar en la Muela de San Juan sobre los pueblos de Guadalaviar y Griegos cerca de las fuentes del Tajo. Cuenta, que en 1795 anduvo recorriendo esta zona y que vio rastros y ruinas de edificios de una ciudad populosa que se extendían desde la Muela hasta los dos pueblos, que si no están construidos sobre estas ruinas sí que se formaron de ellas.

Es normal que estos historiadores como paisanos, ante la duda, barrieran para casa. Aunque algo majestuoso tuvo que observar Don Isidoro para llegar a estas conclusiones. O mucha imaginación tenía el hombre (como su tocayo), o mucho borra la naturaleza, o ¿puede que algún otro ser oscuro eliminara cualquier tipo de rastro?...

No quedé satisfecho con todas estas recopilaciones que fui acumulando durante el invierno, y el verano pasado, decidí salir tras el rastro del Bicho dirigiéndome hacia Soria, la que dicen está considerada como la cuna celtíbera. Enterado de mi destino un pariente nativo de aquella zona, el Corchón, (al que el bicho también atrapó en su día) se me ofreció como informante, y aunque nada sabía de mis intenciones, puede que pensando en que mi propósito sería el visitar iglesias y castillos, y conociendo más que de sobras mis rarezas, a la hora de indicarme, no me recomendó nada en especial y todo lo colocaba como alternativo a que yo escogiera alguna mejor opción, o a que me pudiera dar algún barrunte.

Pero el Bicho se estaba manifestando... Me resulto raro que con tantas indicaciones, solamente, me hiciera hincapié en que no dejara de visitar a nueve kilómetros de su pueblo (Berlanga de Duero) una ermita del siglo X. Llegado el día, tras padecer unas repentinas y sospechosas diarreas con fiebre añadida que casi abortaron mi misión, hechos los cálculos precisos en un mapa lleno de rayotajos, que uno no dispone de la tecnología esa que te dice donde están las cosas, pude llegar

al punto en cuestión y encontré una indicación con un nombre insólito y bien servido de vocales: "San Baudelio", yo que ya llevaba en mente que allí debía haber algo especial, cual fue mi sorpresa cuando, antes de entrar al templo, al lado, en unas vallas, leí un cartel que rezaba "necrópolis". Me asomé, y allí se apreciaban las siluetas de unas tumbas labradas en la roca. No había duda, por lo menos, aquello sitio de poder era.

Entré directo hacia el fondo de la ermita, y el encargado, un sujeto con aspecto entre peón de siega manchego y mayordomo de película escocesa de misterio, me exigió el pago de la entrada "*son sesenta céntimos*", —con poco pecado poca penitencia— se me ocurrió decirle. Me miró mal, y aunque a rebronco, pude entablar con él una conversación. Observé que dentro había demasiadas columnas con arcos de herradura, y le indiqué —esto no es ermita, esto es una mezquita—. Al oír mi afirmación, se alteró como si le estuviese espantando al resto de visitantes. "*Sí que es ermita, pero con el estilo de su tiempo.*" —Claro, de estilo islámico— le recalqué. Ante mi insistencia no tardó en transigir. "*Si no es ermita, del rezo es al fin y al cabo*". Miré detenidamente aquella construcción tan chocante y los escasos restos de pintura al fresco que le quedaban. Mientras, el guía, al verme tan interesado, no dejaba de observarme. "*¿Le gustan los dibujos?*" me preguntó el hombre. —Bueno, poca cosa se ve—, le contesté. "*Pues aquí tiene una guía de cómo era el recinto con las pinturas originales*". En aquellas reproducciones aparecían los interiores rellenos en su totalidad de colorines y pinturas. —Sí que tenían buenas cámaras de fotografía aquellos hombres— le dije, mientras me enseñaba la página central del panfleto. —yo creo que es una reconstrucción inventada—. "*Oiga que todo esto es un trabajo de investigación hecho por gente muy experta y muy documentada.*" —Y con bastante imaginación por lo que veo—. "*Sí, pero tú (aquí empezó a tutearme) deberías haberte dado cuenta que los bichos siguen por ahí*". Al oír el vocablo... *Me escuajé*. Escudriñé los pocos dibujos que quedaban sin arrancar y la verdad es que tenían su aquél; aunque me seguía ofreciendo más misterio la silueta de mi interlocutor vestido de negro. Abandoné el lugar nervioso y salí arreando hacia la capital.

Una vez en Soria, sin buscarlo, tropecé en el primer paseo nocturno con el cartel del Museo Numantino. Era evidente que algo me estaba facilitando la misión. Al otro día, me faltó tiempo para ir allí a husmear. Se da por hecho que hay buenas piezas, así que a la mayoría no las voy a mentar, porque no vienen al caso. Algunos peñones puntiagudos que se exponían como dólmenes y menhires; y muchas tallas y losas romanas repletas de inscripciones latinas a los que no di mayor importancia, ya que éstos tenían costumbre de reseñar hasta sus meadas. Me chocaron especialmente unos tubos de cerámica para encañar que eran los mismos que bajaban el agua desde el Carajón hasta una fuente que había en el rincón de la casa de mi abuelo Saturnino. No recuerdo la fuente, pero sí las piezas que bajan enca-



ñadas Pelada abajo. Cuando de crío las veía aflorar a la superficie las consideraba muy antiguas, pero... ¿tanto?. Pude ver cacharros, puñales, espadas y algunas tinas y barreños, pero para ser la cuna celtíbera, veía el museo como algo falto. Tuve que subir a la segunda planta y allí sentí como una aparición: aunque figuradas, en un panel gigantesco, aparecían reflejadas exactamente las teorías mortuorias que, en su día, Isidoro me contó. Un montón de leña con un muñeco amortajado colocado encima al que parecían iban a socarrar, y una tabla donde unos buitres acechaban y esperaban para devorar a un guerrero celtíbero agonizante. Seguí buscando, inútilmente, alguna imagen del Bicho entre las que figuraban en los lebrillos, pero ningún dibujo coincidía con las hechuras que yo le atribuía al animal.

Una escultura pequeña de bronce —que ha pasado a ser la insignia de aquellas tierras— de un caballo con las patas anudadas que parecen representar unas trabas y el rabo en forma de abrebotellas, me trajo a la mente otro bicho que se le aparecía en el Tesorillo (Vega del Tajo) al tío Vicente Pérez: contaba que cada noche dejaba la yegua trabada de las manos, y, al otro día, aparecía trabada de las patas. “*La yegua era guiñosa*” puntualizaba. No encontró más remedio que encomendarse en oración a varias Vírgenes para deshacer el hechizo. Al menos, su espíritu volvía a de-

jarse notar. Al otro día pude encontrar más pruebas que nos unían con la parte alta de la Cordillera Ibérica. Además de ver bastantes barajas de guiñote en los bares, publicitaban como producto típico del lugar el mismo que durante siglos nos sirvió de sustento aquí en nuestra tierra: los torreznos de tocino con vetas y corteza crujiente.

Obsesionado con el asunto, de vuelta a estas tierras, decidí regresar a retratar el círculo misterioso de piedras, que me tenía en un sin vivir. Sin dar muchas explicaciones a mi acompañante, que si aéreas estas conjeturas te sitúan en tratamiento mental. Una vez llegado al lugar, pude corroborar que aquello de trilla no era. A pocos metros de allí, encontré un peñón enorme cuadrangular que enfocaba directamente al centro del redondel, observé que tenía unos grabados medio naturales, medio humanos; y, al trasluz, se adivinaba la silueta de un bicho. Resultaba evidente que, allí, debió celebrarse alguna ceremonia póstuma, con cremación u ofrecimiento de los difuntos a los buitres que se asientan a pocos metros. Y allí, le volví a perder el rastro a la criatura.

Le pregunté a Francisco Pérez (ver el Enigma del bicho I) qué fue lo que pasó realmente con el animal, y cuándo cesaron sus apariciones, y me contó que, temerosos, y hartos de que les interrumpiera el paso, pues el ansia de los hongos les podía; un día, decidieron coger una escopeta y terminar con aquella pesadilla, aunque la magia del animal desviaba los disparos. Se llevaron el arma a bendecir a la iglesia clandestinamente, tratando de contrarrestar sus poderes y recuperar el tino y, desde entonces, el bicho nunca más apareció.

Descartado, de momento, el avistamiento físico del bicho, solamente me queda el concluir con la siguiente propuesta: Como desde cualquier tipo de creencias siempre tendemos a buscar los cielos para acercarnos a nuestros dioses, nadie va a encontrar mejor oportunidad que ésta para llegar hasta ellos de un modo sencillo y natural. Así que, si alguien quiere asegurarse su destino en el más allá, sin coste alguno, que me done algún miembro, aunque sólo sea un triste dedo, que yo lo depositaré en el peñón y después... que los buitres dispongan.

Al igual que en el primer episodio, habrá quien siga pensando que todo esto es una prolongación de aquel desvarío o ensoñación. Yo, como entonces, sólo puedo decir que siempre que paso por el Entredicho: *¡Me escuajo...!*

VERANO 1936

*Pedro Saz Pérez*¹

Siguiendo el orden cronológico que iniciamos en su momento en la revista Rehalda, llegamos al final de las estaciones del año y con ello, al último capítulo de las breves historias sobre la vida cotidiana en Monterde de Albarracín entre los años 1910 y 1936. En esta ocasión corresponde al verano de 1936 y, posiblemente, a la característica más trabajosa y sobresaliente de la actividad económica de la sierra como es el mundo de los segadores.

Los personajes que se describen en esta historia así como su protagonista Nemesio son todos ficticios. No lo es sin embargo la azarosa vida de este último, cuyos retazos a modo de puzle han sido recogidos en diferentes entrevistas y unificados en una sola vivencia. Además, los sucesos que se narran sucedieron realmente, salvo la existencia del sindicato en el pueblo, que es una aportación del autor de estas líneas para favorecer la línea argumental del relato.

Monterde, durante los años treinta, seguía siendo una localidad olvidada y perdida en la depauperada sierra de Albarracín. Las carreteras que se habían construido durante los años anteriores la habían dejado de lado y seguía sin estar comunicada con los municipios de su entorno salvo por caminos de herradura. Por causa de ese aislamiento sus habitantes vivían inmersos en medio de una indolente soledad, para muchos de ellos, el mundo que conocían apenas traspasaba los márgenes de su propio término municipal.

En esa época, Monterde de Albarracín representaba la estampa casi inmutable de cómo había sido el pueblo desde hacía más de trescientos años. Y así sus habitantes seguían viviendo en casas de pequeño tamaño que se apiñaban en bloques como si quisieran protegerse mejor del frío. Casas con las techumbres bajas y las puertas de madera con dos hojas que incluían casi todas en su parte inferior el orificio circular de la gatera.

También era notable la existencia de multitud de callejones sin salida así como sinuosos y retorcidos tramos que finalizaban casi siempre en pequeñas replacetas a las que tenían acceso tres o más casuchas. Y culminaba el ancestral inmovilismo del pueblo la majestuosa silueta de la iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Asunción, construida a caballo de los siglos XVI y XVII, edificio que estaba flanqueado en

¹ Doctor en Historia.

su parte meridional por un bello y cuidado huertecillo que era cultivado por los beatos locales para mayor gloria y mejor yantar del cura de turno.

Algunas casas del municipio estaban construidas con grandes bloques de piedra caliza. Otras en cambio, las más pobres, engalanaban sus fachadas con un enlucido rojizo de tonos jaspeados. Ese yeso rojo se conseguía en varios aljezares próximos al pueblo y convenientemente trabajado otorgaba a dichas viviendas monterdinas una definida personalidad. Y para que ésta fuera completa un nuevo color, el azulete, enmarcaba los vanos y oquedades de puertas o ventanas, así como alguna que otra habitación interior sobre todo la entrada de las casas. El tono del azulete se conseguía mezclando el añil con la cal y, además de desinfectante, servía según arcanas supersticiones para ahuyentar de dichas moradas al demonio y sus acólitos. Este era el pueblo de Nemesio el protagonista de esta historia.

Nuestro personaje había nacido en la primavera del año 1896, de manera que contaba con cuarenta años recién cumplidos. Estaba casado desde hacía dieciséis y tenía dos hijos de trece y doce años de edad y una niña de seis. De aspecto frágil y menudo parecía un zagal cuando se le veía desde lejos pero al mismo tiempo era constante y trabajador como nadie y de ello se enorgullecía siempre que tenía la menor ocasión.

La época de la siega estaba en pleno apogeo en el pueblo. La mayor parte de las familias de la localidad ya habían acabado de recoger la mies de sus campos. Este año la cosecha se estaba dando bien y un trasiego continuo de gente yendo y viniendo de sus quehaceres se observaba en el municipio de Monterde de Albarracín. Pero no sólo las calles estaban siendo constantemente transitadas por personas, en realidad, la presencia de todo tipo de animales era la nota predominante durante estas fechas.

Por una parte, los de labor acarreando sin apenas pausa el cereal recolectado y, por otra, un verdadero ejército de aves de corral -moradoras diurnas de aquellos lares- que rebuscaban su comida por el suelo cada vez que los carros lo taladraban debido al exceso de carga. Esto ocurría porque los pesados haces de cereal se acarreaban en unos carros que doblaban su capacidad de almacenaje y transporte gracias a las *pugas*, que eran unos palos de madera que se acoplaban verticalmente a lo largo de su contorno. Además, los carros solían disponer de una *galera* que desenganchaban cuando acarreaban la mies, dejando sujetas las tablas del fondo con el armazón del carro por medio de unas cadenas. Y cuando esos cargadísimos carros atravesaban las calles del pueblo, más de uno daba la impresión que iba a la dearse y volcar de un momento a otro.

Una vez arribaban a sus respectivas eras, los campesinos los amontonaban formando *cinas* que eran enormes pirámides de paja y grano que ofrecían a los ojos

del espectador una variada gama de colores. Resaltaban las tonalidades doradas del trigo o las más amarillentas de la cebada y el centeno respecto al empedrado calizo y al verdín que se expandía entre las piedras antes de comenzar la trilla.

Una vez recogido y almacenado el cereal quedaba por realizar la parte más trabajosa y delicada en la transformación de la mies, una labor que hacía posible su consumo a lo largo del año siguiente. Todas las mañanas, en cada una de las eras, sus propietarios desplegaban sobre el empedrado los haces de cereal escogidos para la ocasión. Primeramente eran extendidos para luego acomodarlos cuidadosamente con las horcas a fin de que no dejaran ver el suelo y cuando toda la parva había cubierto la circunferencia pretendida de la era se procedía a trillarla.

Para esta labor era utilizado normalmente un mulo al que una vez colocado sus correajes le acoplaban el trillo. Encima del mismo solía ir algún *muchicho* de mediana edad y se acostumbraba colocar alguna losa de piedra para proporcionar el suficiente peso o, en todo caso, los adultos durando la trilla casi todo el día. De vez en cuando se detenía la trilla con el objeto de *tornear* la parva, dando la vuelta a la misma con horcas buscando que todo el cereal fuese convenientemente trillado. Cuando la parva había sido cuidadosamente desmenuzada, normalmente pasada la media tarde, se procedía a juntar el conjunto de lo trillado. Luego se aventaba al aire repetidas veces con las horcas y el viento, por ligero que fuera, empujaba la paja trillada que era más liviana mientras que el grano se escurría y caía al suelo siendo recogido con una escoba de retama.

Este trabajo se repetía un par de veces hasta comprobar que estaban separados completamente. Pero todavía requería una última operación que consistía en echar con una pala los restos más consistentes del cereal trillado sobre un *cedazo* o *cribero*. Las semillas se escurrían entre los agujeros mientras que la *granza* o desechos de la espiga quedaban encima y se echaban aparte para la alimentación de las caballerías.

Una vez efectuada esta labor se procedía a guardar el grano en talegas utilizando para ello una medida de madera con una capacidad de media fanega. Estos sacos se transportaban a los graneros o *cambrotes* de las casas situados por regla general en los pisos superiores y se vaciaban en trojes, mientras que la paja se recogía con las horcas y era introducida en los pajares situados al pie mismo de las eras. Todo el trabajo de la trilla era sumamente laborioso y pesado pero resultaba absolutamente imprescindible para poner punto y final a la cosecha.

La trilla que realizaba la familia de Nemesio se encontraba en todo su apogeo. Ya habían cosechado la totalidad de sus sembrados y lo único que faltaba para completar el año agrícola era culminar la trilla y guardar la cosecha. Esa labor podía ser perfectamente realizada por el resto de los miembros de su familia, por ello Neme-

sio tenía la posibilidad de ir a trabajar de jornalero y sacar de esa manera unas cuantas pesetas que siempre le irían de maravilla.

No todas las familias del pueblo estaban en la misma situación para bien o para mal. Algunas, las menos, ni tan siquiera tenían tierras y sus vidas transcurrían en medio de una eterna búsqueda de trabajo. Otras, sin embargo, disponían de más cantidad que la familia de Nemesio por lo que no necesitaban ir de jornaleros para nadie. A este grupo la recolección les venía en ocasiones algo justa y siempre preferían acabar cuando antes no fuese a producirse una mala tormenta estival y toda la cosecha irse al traste.

Durante ese verano Nemesio había apalabrado trabajo con el *tío Celipe* uno de los hombres más ricos del pueblo formando cuadrilla con el grupo de los segadores de su hacienda. Católico y ferviente cristiano este personaje era el paradigma virtuoso de los terratenientes locales. Si bien era uno de los mayores hacendados de Monterde de Albarracín mantenía un trato cordial con todas las personas fuesen o no tan ricas y creyentes como él. Seguía los ritos de la iglesia como nadie en el pueblo aunque destacaba sobre los demás por seguir al pie de la letra las enseñanzas del evangelio. Fue uno de los mejores amigos con los que contó el difunto mosén Rufino y obtuvo su ayuda en muchas de las empresas en las que se embarcó, especialmente en la creación del sindicato católico-agrario.

Nunca cayó en la beatería tan común en alguno de los feligreses locales, más dados a hacer demostraciones de fe que a cumplir con sus deberes sociales por el contrario, siguiendo con sus propios criterios religiosos, auxiliaba a todos en lo que podía. Así pues, cuando algún campesino tenía problemas con los pagos, la cosecha le había sido escasa o había padecido los efectos del mal tiempo era común que solicitara su ayuda. Y él si comprendía que las necesidades eran ciertas y el peticionario hombre de palabra no dudaba en socorrerlo si estaba en su mano. Por todo ello, incluso los miembros del sindicato de Trabajadores de la Tierra, lo tenían en cierta estima y jamás lo incluyeron en sus diatribas contra los terratenientes locales por los abusos cometidos a lo largo de los años.

Esa mañana Nemesio se había levantado temprano, como siempre. Después de dar las últimas órdenes de la trilla del día a su mujer e hijos había acudido a casa del *tío Celipe* con sus herramientas de trabajo; dos corbellas, el *dedil* y las zoquetas para protegerse las manos. Fue el último de la cuadrilla de segadores en llegar a la cocina de dicha casa. Una vez allí y, después de unos breves saludos, esperaron a que bajara el amo para poder desayunar todos juntos. La primera comida en la temporada de la siega era copiosa debido al considerable desgaste de energías que producía dicho trabajo. Por regla general ese almuerzo estaba compuesto de gazpacho con patatas, algo de tocino y carne asada.

A pesar de que en casa del *tío Celipe* había criados de continuo y no eventuales, como era el caso de dicha partida de jornaleros, las comidas que allí se realizaban siempre eran cocinadas por la dueña de la misma con la ayuda de alguna criada. Todo esto era quizás lo que más le llamaba la atención a Nemesio ya que en años anteriores había estado de criado para otro terrateniente del pueblo conocido como el *tío Chalecos* y éste jamás comió ni bebió junto a sus sirvientes ni su mujer se dignó a prepararles comida alguna. Sin embargo, con el *tío Celipe* todo esto era distinto pues de la misma cazuela y con la misma cantidad era servido, como si fuese uno de los tantos trabajadores de su hacienda. Es más, nunca le oyó decir alguna palabra altisonante o fuera de lugar hacia ninguno de sus criados, reprenderlos sí, pero con moderación y sólo cuando, según su criterio, era necesario.

Una vez hubo bajado el amo fue servido el almuerzo en la cocina de su casa y todos los presentes apuraron la comida sin dejar apenas restos. Cuando finalizó el copioso ágape los segadores se marcharon cada uno hacia sus quehaceres en dos grupos. El primero compuesto por cuatro de ellos dirigidos por un jornalero temporal llamado Rafael Pérez acudió a unos campos cercanos al pueblo para culminar la siega comenzada el día anterior. La otra cuadrilla, bastante más numerosa, se acomodó en un par de carros que los trasladarían a un recóndito paraje donde se iba a efectuar la siega durante los días siguientes.

Uno de esos carros estaba conducido por el patrono y un segador contando además con la presencia de dos mujeres; la esposa del *tío Celipe* y una criada que estaban a cargo de la comida y el agua. En la cavidad de dicho carro habían colocado los utensilios de los segadores, los calderos junto a las viandas para la merienda y por último, las encañaduras de centeno utilizadas para atar los haces de cereal. El resto de los ocho miembros de la cuadrilla iban en el otro carro, mucho más amplio, llevados por dos soberbios mulos de enorme alzada.

Los segadores eran en su inmensa mayoría vecinos del pueblo, solamente había una pareja que había acudido de un municipio del partido de Ademúz situado entre los límites de las provincias de Valencia y Teruel. Valencianos, según los caprichos políticos del momento en que se formaron las provincias, y geográficamente serranos según la orografía de esta tierra y los criterios personales de sus habitantes. Todos los años en la época de la siega multitud de partidas de segadores procedentes de la comarca de Ademúz eran contratados por los capataces de grandes y medianas haciendas en muchos pueblos de la Comunidad de Albarracín. Era una emigración temporal similar a la que efectuaban los serranos a Andalucía durante el invierno desde muchísimo tiempo atrás.

Una primera mirada a los segadores cuando estaban subidos a los carros daba la impresión que su vestimenta se basaba en un modelo común al verlos tan perfectamente uniformados. Indumentaria, que estaba compuesta de abajo a arriba

por unos gruesos calcetines de lana, los cuales impedían que los broces o rastros dañaran sus tobillos, mientras que los pies estaban protegidos por unas albarcas de cáñamo. Los pantalones eran amplios de pana y de un color indeterminadamente oscuro. Se sujetaban al cuerpo con varias vueltas de una faja morellana comprada en el pueblo a los carromateros ambulantes que, periódicamente, transportaban los más variados utensilios; desde botijos manchegos hasta cacerolas de cobre andaluzas, tejidos catalanes o fajas y mantas de Morella.

Todo lo aparatosamente grueso que se percibía en la mitad inferior de los atuendos de los segadores se transformaba en liviano y frugal en la parte superior. En este sentido destacaba la presencia de una camisa blanca y amplia de manga larga algunas con bastantes descosidos y zurcidos. Además, un manguito de lona o cuero les cubría los antebrazos y servía para limpiar la corbelta e impedir al mismo tiempo sufrir rasguños en medio de su trabajo. Las camisas se cubrían en ocasiones mediante un chaleco negro donde solía guardarse en sus pequeños bolsillos la petaca con tabaco picado, el *dedil* o alguna que otra cosa. Coronaban las figuras de estos segadores los imprescindibles sombreros de paja con grandes alas que impedían el sofoco del calor durante los asfixiantes días del verano.

Los carros habían iniciado ya la marcha y estaban a punto de salir del pueblo cuando Nemesio vio bajar por el camino de *la Fuente* a su mujer y a sus hijos que se dirigían a la era para iniciar el trabajo del día. Al ver a su padre los *muchichos* echaron a correr hacia el carro gritándole y alzando los brazos. Nemesio no pudo reprimir una amplia sonrisa al verlos y tras levantar la mano saludándolos se despidió de ellos hasta la noche.

Cuando los zagales iniciaron el camino de retorno con su madre las últimas casas del pueblo habían quedado atrás comenzando el camino las primeras revueltas por el estrecho *Barranco de la Hoz*. Entonces Nemesio que aún mantenía dibujada una sonrisa en sus labios por el recuerdo de su prole pensó en qué diferente era la infancia de ellos respecto a la que él había tenido. No pudo evitar los viejos y amargos recuerdos de su infancia algo que, por más que había querido olvidar, el paso de los años no había podido borrar de su memoria.

Nemesio era el menor de cinco hermanos y las circunstancias de su nacimiento le habían marcado una infancia difícil de la cual apenas hablaba con nadie y procuraba olvidar. Su madre murió a las pocas horas de traerlo a este mundo y una sensación de culpabilidad le acompañó durante toda su vida, aumentada por la relación que siempre mantuvo con su padre. De niño no podía comprender nada, pero cuando comenzó a tener uso de razón supo que las continuas palizas y malos modos realizados por su progenitor, obedecían a algo más que la rectitud y la educación que supuestamente eran el objetivo. Estas actitudes estaban por otra parte muy en boga en la educación de los hijos en estas tierras durante esta época, pero no con los excesos que sufrió Nemesio.

Cuando era reprendido siempre salían en su defensa sus hermanos y sobre todo su hermana mayor que le quiso más que a un hermano como si fuese un hijo suyo. En los últimos años de su vida, el padre de Nemesio comprendió lo erróneo de su comportamiento y, aunque cesaron las broncas, mantuvo intacta la indiferencia más absoluta hacia el benjamín de la familia. Al final de sus días, cuando se encontraba postrado en su lecho de muerte, accedió al consejo de sus hijos y habló a solas con Nemesio pidiéndole perdón por el trato que le había dado a lo largo de su existencia. Dos horas estuvieron juntos hablando y reconociéndose mutuamente a sabiendas que era imposible recuperar ya el tiempo perdido.

En el entierro de su padre Nemesio aparecía como el hijo más afligido, lo cual era cierto pues era el que más perdía de todos. Dejaba atrás a su progenitor y al mismo tiempo al padre que reencontró cuando la situación ya no tenía remedio. Mientras lo enterraban, Nemesio no dejaba de repetirse que él nunca tuvo la culpa de lo ocurrido. No la tuvo por ser engendrado ni tampoco porque su madre fuese una mujer mayor de casi cincuenta años. Ni tan siquiera porque en el día previsto para el parto la mujer comenzara a sentirse indispuesta. Además, la comadrona de los pobres del pueblo se había ausentado por lo que su familia tuvo que llamar como último recurso a una vecina. La experiencia de esta señora se limitaba a haber ayudado en algunos nacimientos pero, sobre todo, en la asistencia a las ovejas con mal parto ya que su marido era pastor.

Tampoco tenía la culpa de haberse movido dentro de su madre, cuando ésta en un descuido de todos y presa de sus delirios se cayó de la cama. Ni tan siquiera, cuando la vecina decidió que ante la mala postura del feto no tenía más remedio que introducir la mano dentro del útero de la parturienta para intentar darle la vuelta. Todo ello para que pudiera nacer sin complicaciones, al ser este el método utilizado por los ganaderos para hacer parir a las ovejas que tenían dificultades. Por supuesto nada tenía que culparse si por todo ello la matriz de su madre quedara fuera cuando él fue extraído literalmente. Ni que al día siguiente con unas altísimas fiebres muriese la infeliz mujer en medio del desconsuelo generalizado de su familia.

A marchas forzadas tuvieron que buscar a una matrona que pudiese darle pecho. Oyeron hablar que había una en Albarracín la cual había perdido a su hijo recién nacido y lo llevaron allí. Apalabrarón la crianza y convivió Nemesio durante cuatro años con esa familia, que siempre consideró suya. Pasado ese tiempo, sus hermanos lo devolvieron de nuevo a su hogar de Monterde y su vida fue a partir de entonces una lucha constante para hacerse un hueco en aquella su casa.

Como su familia no pasaba por excesivas necesidades permitieron que el zagal acudiese a la escuela del pueblo, siendo el segundo de sus cinco hermanos que aprendió a leer y a escribir. Vivaracho y locuaz en la escuela, según sus maestros, al-

ternaba momentos de euforia con otros donde se encontraba profundamente deprimido. En esos aciagos días tenía la sensación de que el mundo se le iba a caer encima de un momento a otro, sobre todo, cuando estaba en su casa o ayudaba a su padre en las labores del campo.

La causa real de todo ello siempre fue la misma: las relaciones con su progenitor. Realmente nunca existió comunicación alguna entre ellos. Lo mejor que podía esperar Nemesio era que su padre lo ignorara, que pasara de él. Lo peor; los malos modos con que lo trataba tanto en las ocasiones en que estaba ebrio, las cuales fueron muy numerosas, sobre todo cuando era niño, como en su más serena sobriedad, es decir, siempre. El nexo de unión que tuvo Nemesio con el mundo que lo rodeaba estaba relacionado a través de sus hermanos, bastante más mayores que él. Estos lo criaron como si de un juguete se tratara, más aún, como si fuese una mascota humana permitiéndole explayarse en todo lo que con su padre le era negado. Pero sobre todo su hermana mayor, que se quedó soltera y siguió viviendo en la casa paterna, y que en realidad fue como su segunda madre.

Conforme pasaban los años y la autoridad del anciano viudo perdía enteros, los hermanos de Nemesio se atrevían a reprender a su progenitor en cuanto tenían conocimiento de alguna de aquellas broncas sin sentido. Y aunque las riñas padecidas se tornaron más difusas con el tiempo, de vez en cuando su memoria las seguía evocando.

Todavía seguía inmerso en sus recuerdos cuando un bache en el camino sobre el que golpeó con furia la rueda del carro y su consiguiente sobresalto lo trajo de nuevo a la realidad. No se había dado cuenta pero ya llevaba medio camino andado. Vio las labores en los campos de cereal muy adelantadas y saludaron a un grupo de segadores que se disponían a iniciar la faena en un amplio *piazo* situado al borde de la senda por donde transitaban. Después de despedirse de aquellos vecinos, Nemesio pensó que sería mejor integrarse en la conversación que llevaban sus compañeros de fatigas antes que seguir con los viejos recuerdos que decididamente no conducían a nada.

Casi había pasado una hora desde que salieron del pueblo cuando tras atravesar una escarpada barrancada se abría un pequeño vallejo y divisaron por fin las tierras del *tío Celipe*. Una vez llegaron a su destino bajaron del carro siguiendo con los comentarios que habían iniciado los segadores a la salida del pueblo, los cuales, no eran otros que el momento político tan sumamente delicado que se vivía en el país desde el triunfo del Frente Popular en las pasadas elecciones.

El grupo de segadores no era ni mucho menos uniforme y al escucharlos se notaba que existían diferencias de criterios políticos. Más acentuada en alguno de ellos como en los del grupo de Ademúz pero, eso sí, sin llegar a la crispación, ma-

los modos e insultos, como había observado Nemesio en algunas conversaciones entre la gente de su propio pueblo, y no digamos respecto a los luctuosos sucesos ocurridos en el sindicato local meses atrás, del cual -al menos oficialmente- todavía se desconocían los culpables. Él se consideraba una persona imparcial, su única política era el trabajo, repetía sin cesar a quien quería oírle, de lo demás ni entendía ni quería entender concluía siempre de la misma manera cuando alguien le solicitaba su opinión al respecto.

Seguían las enrevesadas conversaciones mientras ayudaban a descargar a las mujeres todos los bártulos, situándolos bajo una frondosa sabina y tapando la comida con una de las mantas. Entonces, el patrono se dirigió a los segadores indicándoles el recorrido que tenían que llevar a cabo. Éstos se colocaron las zoquetas bien sujetas con una cinta en la mano, se acoplaron el *dedil* en el dedo índice para que no sufriera la piel las dolorosas rozaduras al recoger los interminables manojos de cereal y agarraron sus corbellas con la otra mano para iniciar a continuación la siega.

Mientras tanto, el *tío Celipe* había trasladado los haces de encañadura hasta una balsa cercana que disponía en sus alrededores de un pozo con agua potable. La encañadura era un elemento fundamental en la recolección de la cosecha y comenzaba a prepararse durante el año anterior cuando se escogían las cañas de centeno más altas y consistentes. Luego, después de poner a secar el cereal al sol durante una mañana, se procedía a golpear las espigas contra una madera o un viejo trillo para que soltaran todas las semillas. Y una vez limpias las cañas se juntaban formando un haz, guardándose para la posterior elaboración que tendría lugar al año siguiente.

Precisamente es lo que empezaba a realizar el *tío Celipe* en estos momentos y llevaba sobre sus hombros el haz de encañadura de centeno ya limpia para poderla remojar, dejándola durante algunos minutos inmersa en el agua y sujeta con unas losas de piedra para impedir que la paja subiera a la superficie. Más tarde recogería un par de manojos de cereal para hacer un vencejo, el cual lo montaba anudándolo por las cabezas y de esta manera ganaba el vencejo casi el doble de la longitud que tenía el cereal en origen. Y para que no se quebrara por la sequedad del aire o el sol los introducía en una talega, de manera que mantuvieran cierta humedad hasta que fuera a utilizarlos.

Los ocho segadores llevaban el tajo según mandan los cánones; sin altibajos ni cortes de sierra, al unísono. Uno de los jornaleros del pueblo hacía de *atador* y en el momento que comenzaron a segar se colocó el *mandil* que era un peto que le llegaba desde el pecho a la rodilla y servía para proteger el cuerpo del constante roce cuando ataba el cereal. Detrás de ellos iban recogiendo las gavillas las dos mujeres y el *atador*, juntando varias gavillas hasta formar un haz del grosor que el *tío Celipe* había indicado como perfecto para la cebada.

Encima del vencejo se colocaba el haz del cereal recién segado y el *atador* los giraba con una especie de nudo para acabar tensándolo mediante una vuelta con el *garrote*, que era una madera con forma de óvalo muy similar al mango de un gayato, de ahí su nombre. El sofocante calor del estío hacía que de vez en cuando algún segador pidiera agua. Entonces la criada del *tío Celipe* hacía las veces de aguadora y le aproximaba el botijo, aunque normalmente se agregaban el resto de los compañeros al sentir el líquido elemento tan sumamente cercano y no poder resistirse a semejante tentación.

Ya era casi la media mañana cuando las dos mujeres dejaron momentáneamente su trabajo en el campo y se dedicaron a preparar la comida. En este preciso instante alguien se acercó a lomos de una mula. Se trataba del hijo pequeño del *tío Celipe* personaje que a sus escasos veinticinco años tenía más enemigos en el pueblo que su propio padre había tenido a lo largo de toda su vida, y eso que contaba con sesenta y cuatro. Apenas llegó al campo se apeó del animal y acercándose al ramaje de un árbol ató las riendas. Luego, fue hacia el botijo bebiendo con ansia hasta apurar el agua del mismo. Se quitó con el antebrazo las gotas que le habían caído por la cara y preguntó por su padre a la criada que estaba amontonando leña en un pedregal próximo.

La mujer; una joven de veintitantos años de aspecto lozano, más bien macizo y, según el argot serrano, con las carnes bien prietas lo miró de reojo con odio mal disimulado. A este vistazo respondió el benjamín del *tío Celipe* con una mirada sarcástica que finalizó con una mueca tortuosamente lasciva sabedor de su ascendencia sobre la muchacha. Ésta, después de un breve titubeo y mientras bajaba los ojos al suelo enrojando de vergüenza, le indicó que estaba en el pozo humedeciendo los haces de encañadura. Serafín, que así se llamaba el señorito, se encaminó raudo hacia donde estaba su padre. Una vez allí lo saludó al tiempo que se recostaba sobre el tronco de una carrasca próxima. Con remarcada parsimonia se quitó el sombrero y mientras se secaba el sudor de la frente le preguntó sin más preámbulo.

-¿Qué tal va la faena?

-Bien –respondió su padre sabedor de antemano que no era a eso precisamente a lo que venía su hijo -¿Qué te trae por aquí? –preguntó a su vez el *tío Celipe* con un tono de voz algo secante y sin alzar la vista.

-He venido a saludarte –dijo Serafín. –Me voy a Cella a ver los precios de la cebada y como sabía que estabas por aquí me decidí a pasar. Además –titubeó- a que reconsideres tu postura sobre la máquina. En Cella puedo pedir precio y...

-¡Loco estaría si hiciera lo que tú dices! –Cortó la conversación su padre de forma tajante. -Tú te crees que todos los problemas del mundo se resuelven de la misma ma-

nera; gastando los dineros ¡Pues te equivocas! –respondió esto último cuando paraba por un breve instante y miraba fija y brevemente a los ojos de su hijo. Luego, se produjo un breve silencio en el cual dio la sensación de que ambos reordenaban sus ideas para afrontarlas mejor a la discusión que se presentía.

El tío *Celipe* reinició su trabajo tirando la encañadura al suelo y, extrayendo un arrugado pañuelo escondido entre las vueltas de su faja, comenzó a secarse el sudor de su cara. A continuación se quitó el sombrero de paja para facilitar la ventilación de su cabeza, doblemente acalorada, por una parte, debido al abochornante calor y por otra, a causa de las maquinaciones de su hijo.

-Cuando yo me muera las tierras serán para ti y tus hermanas, entonces harás lo que te venga en gana pero mientras tanto ni lo sueñes que no pienso comprar la máquina esa del demonio –expuso con un tono todavía crispado.

-Pero qué máquina del demonio ni qué narices –le increpó Serafín– *solamente se trata de una engavilladora y ya hay muchas por la sierra. Es el progreso padre. Tú te estás quedando anticuado.*

Decía esto y las manos y el semblante del joven denotaban un creciente nerviosismo. Se puso en cuclillas y arrancó de un manotazo lleno de rabia un matojo de espliego. Escogió la punta más fina y limpiándola a contrapelo se la incrustó entre los dientes mientras escuchaba comentar a su padre una historia que de tan repetida la aborrecía profundamente.

-Mira hijo seré anticuado seguramente –se defendió el tío *Celipe*, algo más calmado. Luego, se volvió a colocar el sombrero guardándose el pañuelo entre las vueltas de su faja y, acercándose como si tal cosa a recoger otro haz de encañadura, continuó con su conocida retahíla *-Pero en mi casa trabajan desde que tengo uso de razón muchos jornaleros durante el verano. Mi padre lo hizo así y también mi abuelo y por supuesto, lo hago yo. Y como te he comentado, en otras ocasiones, continuaré igual mientras viva. Si compro esa máquina que tú dices no tendré personas a mí alrededor sólo hierros y el diablo mismo llevándola. Así es que te ruego que no insistas más soy ya viejo y no tardaré mucho tiempo en irme al otro mundo. Luego, como te he dicho podréis hacer de mi hacienda lo que os venga en gana* –sentenció definitivamente. Y mientras hablaba seguía trajinando colocando la encañadura dentro de la charca.

Ante la persistente tozudez del tío *Celipe* estaba claro que no había nada que hacer. Así es que Serafín pensó que era mejor despedirse de su padre no fuese que aún le mandase algún encargo, lo cual sería seguramente mucho peor. Dio media vuelta y con un mohín de niño malcriado se fue por donde había venido pensando que ya tendría tiempo de realizar sus proyectos más adelante.

-Pero qué tozudo es –pensaba- si ahora ha contratado doce segadores con uno solo llevando la máquina tendría bastante y se ahorraría todas las pesetas que le cuestan esos pijosos. En fin, ya llegará mi hora algún día.

Pasó de nuevo cerca de la criada y la obsequió con una torva mirada. Los ojos de los dos jóvenes quedaron entrelazados por unos instantes, tras los cuales, la sirvienta apartó la vista acongojada sonrojándose profundamente, por segunda vez en ese día. Al mismo tiempo era reprendida por la mujer del tío *Celipe*.

-¡Que se te quema la comida! -le dijo gritando.

Al oír a su madre Serafín se echó a reír rompiendo con un rictus medio histérico la crispación que le había producido las continuas negativas de su padre.

-Pero qué torpe es esta jodida –masculló a media voz.

Luego, tiró al suelo la ramita de espliego que llevaba entre los dientes y riéndose se alejó tras recoger las riendas de la mula. Su madre le vio partir y mirándolo con cierta intensidad no pudo evitar un gesto de preocupación ante lo que venía sucediendo en los últimos años entre su hijo y todas las jóvenes criadas que se sucedían en su casa.

-Esta juventud lo está perdiendo todo –pensó- ya no hay dignidad ni vergüenza. Este hijo mío es imposible, no puedo con él. Dios mío ¿Adonde iremos a parar? –Concluyó preocupada.

Aproximadamente serían las dos del mediodía cuando ya estaba lista la comida; un gran perol de rancho serrano compuesto fundamentalmente por patatas, carne y verduras. Los segadores pararon el tajo y después de amontonar las corbellas con las zoquetas en un lugar bien visible y guardarse los *dediles*, procedieron a refrescarse con el agua del pozo situado en el humedal. Ésta era extraída gracias a un viejo balde que sujeto a una cuerda milagrosamente intacta introducían una y otra vez en el fondo de la alberca para sacar un agua fresca que, dadas las circunstancias, sabía a gloria.

La criada había extendido una manta entre las frondosas sombras que proporcionaban dos altas y soberbias sabinas que, situadas en zona de umbría, disponían de un verdín aceptable para ser utilizado como asiento. Encima de dicha manta estaban colocados todos los cubiertos, las vajillas y hasta las ensaladas. Y a su alrededor se sentaron los segadores después del reconfortante baño al que se habían sometido. A pesar de la ayuda refrescante del agua, lo cierto es que los picores causados por la sequedad o la paja se hacían de notar continuamente entre los sufridos jornaleros. Y así resultaba frecuente verlos rascarse con tanta fuerza que llegaban a dejarse la impronta de la uñas sobre la piel e incluso en algunas ocasiones sangraban por culpa de tales arañazos.

Una vez hubo finalizado la merienda, cada uno de aquellos esforzados trabajadores buscó el mejor sitio donde la sombra y la ausencia de los molestos tábanos permitiera entregarse a los brazos de Morfeo en una corta, pero al mismo tiempo, reconfortante siesta. Sin embargo, no todos los hombres pensaban de la misma manera. Los jornaleros de Ademúz junto a dos segadores del pueblo parecían más interesados en continuar la conversación que habían mantenido durante el viaje. Por su parte, Nemesio no es que estuviera muy interesado en el tema –ya conocemos sus pensamientos- pero estaba, digamos que algo molesto e intranquilo, pues nunca le había gustado que se cociese algo a sus espaldas sin que él tuviera la menor idea. Por todo ello, cuando vio que sus cuatro compañeros se iban ladera arriba buscando una buena sombra no lo pensó dos veces y llamándolos a gritos les conminó a que lo esperaran.

Como buenos conocedores del término municipal los segadores monterdinos no cejaron de buscar el terreno apropiado donde poder continuar con sus disertaciones. Por fin, tras alguna que otra vuelta, dieron con una magnífica sombra que proporcionaban tres carrascas algo separadas. Se sentaron entre ellas e iniciaron con cierta urgencia la conversación, pues el tiempo apremiaba y a no tardar tendrían que volver al tajo. Inició el coloquio uno de los de Ademúz el cual, con cierta preocupación, les comunicó sus temores sobre el momento político que se vivía en el país.

-Tengo la impresión que algo gordo va a pasar –dijo. -En mi pueblo los señoritos del sindicato católico llevan unas semanas que no hacen más que reunirse casi a escondidas en casa del alcalde, Dan la impresión de que tienen algún secreto importante y no quieren que nadie se entere.

-Hombre eso es imaginación tuya. Sólo porque los ricos se reúnan para sus cosas no significa nada –respondió Nemesio.

-Mira –dijo José el atador de la cuadrilla de segadores- Monterde es una localidad tan pequeña que en realidad todo acaba sabiéndose y te aseguro que sucede lo mismo que en tu pueblo. Aquí tenemos un sindicato socialista y en el mismo local de la agrupación nos juntamos muchos republicanos y la gran mayoría somos de Izquierda Republicana. Nosotros nos venimos reuniendo todas las semanas y hablamos de las cosas que pasan en el país. Si te digo la verdad, tengo tus mismos temores. Estoy convencido que ni se van a quedar quietos los militares ni los caciques de estos pueblos.

-¿Por qué crees tú eso? –Preguntó Nemesio.

-Es muy sencillo, al menos por lo que respecta a los caciques –respondió José. -Mira tú sabes que por lo que se refiere a la sierra cada vez somos más los que estamos afiliados al Sindicato de Trabajadores de la Tierra. Además, los partidos republicanos, contra todo lo que pretendían las derechas, se han mantenido firmes a lo largo de los últi-

mos años. Es una labor de tiempo pero estoy convencido que al final seremos muchos los que estemos en la misma parte.

-Y eso ¿qué demontres tiene que ver en todo lo que estamos hablando? –Insistió Nemesio.

-Pues fíjate; lo es todo –dijo seguro de sí mismo José -Tú te crees que estos caciques y, no me estoy refiriendo al tío Celipe sino a Serafín, los Señoritos o también al tío Chalecos que tan bien tú conoces se van a quedar quietos mientras nosotros vamos avanzando y somos como una chinita clavada en sus zapatos. Pues seguro que no –respiró hondamente José. –Y no quiero hablar de los sucesos del sindicato pues aunque todos intuimos los culpables no tenemos pruebas para demostrarlo. Sabes, aunque seamos pocos por ahora les estamos haciendo la vida imposible. Como tú bien conoces la familia del tío Chalecos se quedó con los Cinco Prados mediante trapicheos, por eso desde el ayuntamiento, el sindicato y el local republicano les estamos haciendo la vida imposible. El alcalde los cita continuamente o si no están las misivas o las cartas anónimas. Fíjate el miedo que están teniendo que por una carta hicieron venir a la Guardia Civil de Albarracín para que descubrieran quien había escrito el anónimo. Son ejemplos que te dicen que los caciques ya no están tan tranquilos como antes. Sobre todo desde que al tío Chalecos lo sacaron de la alcaldía. Eso el no tener el control del ayuntamiento les ha hecho mucho daño.

-De acuerdo con todo ello pero la benemérita ¿Qué pinta en todo esto? –volvió a preguntar Nemesio ya algo interesado sobre el tema a pesar de sus reticencias.

-Muy sencillo –entró en la conversación su otro paisano Miguel -Unos y otros forman parte de la misma calaña. O es que ya no te acuerdas de a favor de quien han estado siempre que han venido al pueblo. Tú estabas en Monterde cuando lo del anónimo ¿verdad? También sabrás cómo resolvieron los sucesos del sindicato hace unos meses. Y supongo que estarás al tanto cuando en el año treinta y dos un grupo de jornaleros ocupó la finca de la Jara ¿no? Pues si la memoria no te falla te acordarás de todos los desmanes que cometieron y a quiénes favorecían.

-Pero Manuel ¿tenían que imponer el orden! –Trató de defender Nemesio sus argumentos.

-¿A hostias? –Respondió preguntando a la vez con bastante brusquedad Miguel.

-Estamos teniendo hasta ahora una conversación civilizada, no te alteres Miguel –le increpó José ante su hosca respuesta.

-Perdonad pero es que la actitud de Nemesio a veces me pone enfermo –se defendió Miguel -Siempre te hemos oído decir que eres apolítico. Además, te precias de no haber votado nunca. Entonces ¿qué demonios haces en una charla como ésta?

-Ciertamente tienes mucha razón –le dijo Nemesio con una voz suave y pausada que hizo bajar el tono de la conversación. -La verdad es que siempre he estado perdido en todo esto de la política. Reflexionó un instante y continuó. -Mi padre, como todos sabéis, fue uno de los mandamases cuando se hizo el sindicato católico en el pueblo. A veces, venían a nuestra casa el cura y aquellos señoritos tan trajeados de Teruel ¿os acordáis? Yo les oía y la verdad es que nunca les entendí gran cosa. Además, estando mi padre por el medio siempre que yo podía me escabullía. Él siempre hizo lo posible para que yo nunca me integrara entre sus amistades fue como si se juntara el hambre con las ganas de comer –dijo sonriendo- él no quería que yo fuese y yo no quería ir. Luego, cuando lo de Primo de Rivera ya me diréis, todos los amigos de la política que tenía mi padre se hicieron de la Unión Patriótica esa. ¿Qué queráis que pensara yo cuando vino la República? pues que todos eran los mismos perros pero con distintos collares –respondió a su propia pregunta.

-¿Y crees realmente que todo es así? –Intervino nuevamente José.

-Te soy sincero cuando te digo que no lo sé. Lo que si veo es que ahora, por lo menos, puede la gente decir lo que piensa. Pero también te insisto que hay partidos políticos que conozco a sus jefes en la sierra y éstos eran amigos de mi padre de cuando el sindicato católico. Por eso estoy hecho un lío. También me he dado cuenta que en este año cada vez van peor las cosas y no lo digo por vosotros que, aunque sé que sois de izquierdas, os tengo como amigos. Es que hay cosas que no entiendo como eso de quemar iglesias o de ocupar fincas que tienen dueño, no como los Cinco Prados que eran del pueblo sino las particulares. Tampoco entiendo por qué el sindicato al que decís pertenecer pueda obligar a las personas a afiliarse para que les puedan dar trabajo en las obras que hace el ayuntamiento. No penséis que me meto con vosotros es que aunque os aprecio a veces la verdad no os entiendo.

Se produjo un breve silencio tras el cual José le dijo.

-Mira Nemesio si no tienes nada contra nosotros ya es algo. Ojala Rafael Pérez hubiera estado con nuestra cuadrilla él sí que podría explicarte algunas cuestiones que conoce mejor que nadie en el pueblo. Aunque pensándolo mejor cuando acabe el verano vente con los del sindicato a Teruel a alguna de las conferencias que se dan allí porque lo que te hace falta, según creo yo, es que dejes de una vez por todas tu apoliticismo y apuestes por algo. En nuestro país ocurren muchas cosas pero ni Miguel ni yo tenemos capacidad para hacértelas ver con claridad y aunque Rafael te las pueda contar siempre es mejor que quien hable esté realmente versado en estos temas. Si tú realmente quieres saber lo que ocurre en la sierra y lo que pretendemos vente con nosotros un día que ya te presentaremos a unos amigos que se expresan mejor y saben mucho más que todos nosotros.

En esos momentos oyeron unos ruidos y giraron la cabeza para ver de quien se trataba. Era el tío Celipe el cual después de aproximarse a ellos se puso en cuclillas y les preguntó qué tal les iba.

-Nada aquí estamos de conversación –comentó uno de los de Ademúz. -A veces hace más una buena plática que un mal sueño.

-Bien –respondió el tío Celipe- os fumáis un pitillo y cuando lo acabéis bajar a ver si terminamos de segar el piazó antes de que se haga de noche. Hasta luego –dijo despidiéndose.

Apenas inició la bajada el dueño de las tierras los segadores viendo como se perdía tras los matorrales próximos continuaron la conversación esta vez cambiando radicalmente de tema.

-Si todos los terratenientes fueran como él otro gallo nos cantarían –señaló José mientras miraba por donde había desaparecido el tío Celipe.

-Tienes razón –dijo Nemesio. Yo estuve trabajando para el tío Chalecos durante dos años y os aseguro que son como el cielo y la tierra. Por verle pegar se lo he visto hacer hasta con su mujer y no digamos con los criados. Bueno que os voy a contar que vosotros no sepáis.

-Ya que lo dices yo sí tengo una curiosidad que me gustaría preguntarte –aprovechó José la oportunidad que le brindaba Nemesio- ¿Por qué no vas a trabajar con el tío Chalecos como fuiste hace años?

-Porque como os he dicho es un mal hombre –sentenció Nemesio con el gesto y la voz grave. Me empecé a disgustar con él cuando vi que empezaba a maltratar continuamente a los criados y que llevaba por la calle de la amargura a los que él sabía que eran de izquierda sólo por el hecho de serlo. Además, acabó tirándolos a la calle a partir de lo del anónimo. Luego, vino lo de la huelga de las esbrinadoras de azafrán. Después de prometerles que les pagaría cuatro reales por día les dijo cuando fueron a cobrar que sólo les daría dos. Éstas hicieron una huelga y por amor propio muchas no fueron a cobrar por no ser lo acordado. Yo me enfadé mucho ya que una de ellas era mi suegra y la mujer estaba amargada porque la habían engañado. Ahora lo más fuerte es que en los dos años que estuve con él segando siempre traía una pequeña cuadrilla de segadores de fuera a los cuales, supimos luego, que les daba dinero aparte para que fuesen más de prisa obligándonos así a todos a ir a su ritmo, pero cobrando menos dinero. Mira José lo peor de todo en este mundo es que te engañen y el tío Chalecos miente hasta cuando quiere decir la verdad –sentenció Nemesio muy dado a los refranes populares- y creo además que cada vez se le parece más el Serafín. Lo siento por su padre que es una buena persona pero creo que el día que falte el tío Celipe habrá que ir con tiento.

-Yo sí que os diría algo más –intervino Miguel. Tengo la impresión que llevan algo a medias Serafín y el tío Chalecos de lo contrario sabiendo que el tío Celipe y él no se tratan ¿por qué en los últimos meses hace tantas visitas a su casa cuando cree que nadie lo ve?

-Es verdad yo también he oído algo de eso –dijo Nemesio.

-Será con toda seguridad el asunto ese de la máquina engavilladora que están como locos por comprar –habló susurrando José como queriendo que nadie más que los que estaban allí presentes escuchara sus comentarios a pesar de encontrarse en medio del campo. -Aunque a veces pienso que se trata de las faldas –continuó- que lo trastornan y como la hija del tío Chalecos está perdida por sus huesos pues miel sobre hojuelas. Lo cierto es que una vez me dijo mi hermano que vio salir de allí a un armero que conoce de Teruel ¡igual es que se han comprado escopetas para cazar tábanos! –Sentenció José riéndose de su propia broma.

Acabaron los cigarrillos e iniciaron la bajada hasta el campo. Pasaron primeramente por el pozo y, después de refrescarse, se fueron hacia donde habían depositado las zoquetas y las corbellas, se volvieron a colocar el *dedil* e iniciaron a continuación la siega. Con una cierta parsimonia, en un principio, aunque después de cortadas las primeras gavillas el ritmo de la siega fue aumentando poco a poco conforme trabajaban hasta llegar a ser idéntico al de la mañana, como si fuesen una máquina perfectamente engranada.

-¿Para qué demonios necesitarán los hombres máquinas de hierro para segar cuando nosotros lo hacemos igual o mejor que todas ellas? –Pensó seguramente y sentenció al mismo tiempo algún segador mientras trabajaba. -El que vayan más deprisa no quieren decir que lo hagan mejor y si se rompen ¿qué? Seguían intentando justificar sus pensamientos. Ya casi había acabado la tarde cuando finalizaron la tarea de esa jornada. Amontonaron todos los haces de cebada en varios grupos piramidales a lo largo del piazó y descansaron a continuación rendidos y sudorosos después de un día de ardua faena. A continuación, se subieron a los carros e iniciaron el viaje de vuelta al pueblo.

El trayecto de regreso resultaba pesado y ya no tenían tantas ganas de realizar comentarios. Algunos segadores estaban sentados, otros iban de pie pero todos parecían ensimismados como si estuvieran rumiando los comentarios realizados después de la comida. Cuando estaban finalizando de atravesar las sinuosas revueltas del *Barranco de la Hoz* distinguieron una persona en los alrededores de la *cueva del Gato*. Los segadores se preguntaron quién podría ser y Miguel, el más resuelto de todos y que además poseía una vista de águila, no dudó ni por un instante que se trataba del señor secretario del ayuntamiento.

En efecto, era don Ramón Sánchez que, como casi todos los fines de semana desde un tiempo atrás, tenía la costumbre de subir a las montañas próximas al pueblo ayudándose de un garrote pues una impertinente gota y sus dolidas articulaciones le solían gastar alguna que otra mala pasada. Últimamente sus males se habían multiplicado y lo que es peor apenas tenía otra compañía que su soberbia. El

paso de los años no había sido bondadoso con él y no se trataba tan solo de sus achaques, la soledad y la amargura se cernía cada día más sobre el señor secretario. Ya nada quedaba de aquel antiguo vividor y a pesar de ser un soltero por convicción, su vida se había acabado descarriando de forma casi abrupta.

Siempre le habían gustado las mujeres aunque nunca se casó por la traición de su primer y único amor. De un tiempo a esta parte la pasión le había cegado y había llegado a perder la razón por causa de las jovencitas. Por eso durante los últimos meses el sexagenario secretario huía del bullicio local para aislarse por completo de la gente y que nadie descubriera su insana deleitación por las adolescentes. Esta deriva en su vida sexual le llevaba de cabeza, nada que ver con sus actitudes libertinas de años atrás cuando mantenía los costosos favores de una barragana en la capital turolense. Hasta que ésta cansada y lastrada por los efectos de su oficio de meretriz decidió trasladarse a la capital del Túria aprovechando las ganancias obtenidas a lo largo de su vida. Quizás por ese nuevo revés o también porque en el fondo siempre había sido así, lo cierto, es que se acabó convirtiendo en un viejo verde que se pasaba por el forro de la entrepierna la decencia en materia de sexo. Sin embargo, todavía mantenía una cierta lucidez que le hacía entender que no tardaría en tener problemas en la localidad si persistía en las provocaciones y en los obscenos comentarios.

Cada vez se encontraba más solo sobre todo después de la última discusión mantenida con su íntimo e inseparable amigo; el maestro del pueblo y por ello había encontrado consuelo en otras de sus aficiones como era la poesía. Así pues, últimamente era frecuente verlo trajinar muchos fines de semana por las montañas que rodeaban Monterde de Albarracín ante el asombro de los vecinos que no acertaban a entender el por qué de su extraña actitud. Y el señor secretario a pesar de los comentarios chismosos de sus paisanos seguía impertérrito por el monte con la única compañía de un lápiz y unas cuartillas para emborronarlas con la poesía que tanta pasión le despertaba. Mientras tanto, abajo en el camino, los segadores seguían su marcha cansina hacia el pueblo y don Ramón Sánchez no dejaba pasar el momento para dar rienda suelta a sus pretendidas dotes de poeta viendo la inmejorable estampa que ofrecían.

...Tonos violetas en el cielo suplantaban poco a poco el azul claro del mismo conforme anochecía. Largas y aplanadas nubes aparecían en el horizonte por poniente ayudando a oscurecer paulatinamente al soleado día, el cual con rapidez se despedía. Cuando los últimos rayos de luz iniciaban su repliegue tras la paulatina victoria de las sombras e iban perdiéndose entre la brumosa lejanía de la montaña de la Nevera, entraban los segadores en el pueblo, sudorosos, cansinos dejando atrás en su camino las tortuosas revueltas del barranco de la Hoz. Entraban penosa y silenciosamente como la agonía del mismo día en el preciso instante en que la luz del sol definitivamente se extinguía.

Mientras tanto, los segadores totalmente ajenos a la belleza de las palabras escritas y los disolutos pensamientos del señor secretario don Ramón Sánchez se asomaban a los umbrales del pueblo. Apenas habían traspasado las primeras casas cuando advirtieron una gran algarabía de personas en la plaza. Algunas de ellas aparecían excitadas casi exultantes de puro júbilo. Otras en cambio denotaban tristeza y preocupación en sus bronceados rostros. La gente entraba y salía de la plaza y se oían gritos continuamente. Al fondo de la misma, junto a un pequeño puente situado para vadear sin problemas un minúsculo riachuelo, había un corrillo de personas rodeando a dos hombres que estaban gritando en algo que parecía un mitin.

-Ha llegado nuestra hora por fin –decían- ahora se van a enterar de quienes somos. De una vez por todas vamos a limpiar España de sinvergüenzas y de la escoria socialista.

Seguían los gritos más o menos ininteligibles debido a la parcial lejanía de los mismos. Asimismo, en la otra parte del río se veía un grupo de personas a las afueras del local del sindicato de Trabajadores de la Tierra y la agrupación republicana. Entonces, cuando el primer estupor de los segadores dio paso a la incertidumbre por lo que estaba ocurriendo advirtiendo que se trataba de algo grave, decidieron bajar del carro y se dirigieron hacia el pequeño puente que era por momentos el corrillo más concurrido de la plaza. Advirtieron la presencia en el mismo de Serafín, José María Cavero y del *tío Chalecos* vociferando extrañas consignas. El *tío Celipe*, Miguel, José, Nemesio y toda la cuadrilla de segadores se miraron en silencio. Era un silencio ensordecedor de puro griterío pero ninguno de ellos se atrevía a preguntar nada, quizás porque intuían la respuesta. Por fin se decidió Miguel y a un vecino suyo que andaba a paso ligero por donde ellos estaban lo sujetó por el brazo mientras le preguntaba qué era lo que ocurría.

-¿Es que no lo sabes? –Respondió con asombro su vecino. -Los militares de África se han levantado contra la República. Dijo esto y salió corriendo de allí como si temiera alguna cosa o quisiera recuperar el tiempo perdido por tan escueta respuesta.

-¡Dios pero qué locura es ésta! –Se preguntó en voz alta Nemesio.

-¡Será la guerra! –Sentenció Miguel -¡Acuérdate de lo que te digo, la guerra! –Insistió nuevamente alzando la voz.

En ese preciso instante Serafín girando la cabeza se dio cuenta de la presencia de los jornaleros y mirando fijamente al grupo se dirigió a ellos gritando muy excitado.

*-¿Os habéis enterado? Por fin ha llegado nuestra hora. Ya podéis iros preparando toda vuestra cuadrilla de comunistas y ateos. Vamos a dejar España más limpia que una patena. Quiso seguir con su tono amenazante pero descubrió que al final de todos ellos estaba su padre por lo que dio media vuelta y se fue al lado del *tío Chalecos* el cual parecía llevar la voz cantante en aquel vociferante grupo de personas.*

Entonces, el tío *Celipe* con gesto preocupado y algo desconcertado por la suceso de los acontecimientos preguntó a sus jornaleros sobre el día que estaban.

-A dieciocho de julio –respondieron al unísono Miguel y Nemesio.

-Pues mucho me temo que de este día nos vamos a acordar durante toda la vida –dijo con voz temblorosa el tío Celipe.

-No sea agorero hombre –se defendió José. -Hemos pasado por momentos peores acuérdesese de lo de Sanjurjo. Ese intento de José de quitar hierro quedó en saco roto. Ninguno de los presentes dijo nada al respecto y siguieron mirando fijamente, inmóviles, al grupo de personas reunidas en ese extremo de la plaza, absortos entre el continuo griterío del que parecían estar ausentes.

-No sé por qué pero creo que esta vez va en serio –sentenció definitivamente el tío Celipe.

Entonces los segadores dieron media vuelta, cabizbajos y sin decir palabra se marcharon hacia sus respectivas casas. Lo hicieron a desgana, con la pesadumbre y el dolor del que ha sido derrotado en la más feroz de las batallas sin haber intervenido en ella. Solamente Miguel ofrecía un semblante diferente conforme se alejaba raudo hacia su casa sin tan siquiera despedirse de sus compañeros. A la mañana siguiente no iría a segar –pensaba- haría una reunión con los compañeros del partido y juntos decidirían lo que hacer.

-O mejor aún la haré esta misma noche –sentenció tras una nueva reflexión.

Ciertamente tenía mucha razón el tío *Celipe* pues ese dieciocho de julio iba a dar mucho que hablar. Fue el final de una época. Y también el comienzo de otra aunque para ello tuviese que haber de por medio una larga, desgarradora y cruel guerra civil. Aunque decididamente... esa es otra historia.

Historia



JUAN ROMERO ALPUENTE, UN REVOLUCIONARIO DEL SIGLO XIX

José Luis Castán Esteban¹

“Un vejete atrabilario y furibundo, alto, flaco, descuadrado, anguloso, de gárrula elocuencia, de vulgares modos. Era tanta su fealdad, debida en primer término a la longitud de sus narices, que no es fácil que encontrara entonces ni se haya encontrado después su pareja”. Así describía el novelista Benito Pérez Galdós en *El Grande Oriente* (1875), al diputado en Cortes y magistrado de Valdecuencia Juan Romero Alpuente. Las alusiones sobre su figura se glosaron en el siglo XIX en todas las descripciones y análisis de los políticos liberales, radicales y exaltados, que promovieron la revolución en España tras la Guerra de la Independencia. Hoy, desgraciadamente, nadie lo recuerda en la Sierra de Albarracín. Por eso nos parece pertinente recuperar su figura a través de la glosa del estudio preliminar que el profesor Alberto Gil Novales hizo al editar sus obras completas, en dos tomos, con el título *Historia de la Revolución Española y otros escritos* (Centro de Estudios Constitucionales, 1989).



Romero Alpuente. Ilustración en Domingo Gascón. *La Provincia de Teruel en la Guerra de la Independencia*, Madrid, 1908.

Un magistrado popular y controvertido

Su partida de bautismo afirma que nació en Valdecuencia el 9 de marzo de 1762. Su padre, labrador de “bastantes conveniencias”, se había casado en segundas nupcias con Josefa Alpuente, que procedía de Jabaloyas. Su hermanastro, sacerdote, se lo llevó bien pronto a Madrid, donde estudió las primeras letras. De allí pasó a la Universidad de Alcalá de Henares para cursar Filosofía, y en Valencia Derecho, donde se doctoró en 1783, con veintiún años. Su primera aparición pública la encontramos dos años después, cuando se presentó a unas oposiciones para cubrir la canonjía doctoral de la catedral de Albarracín. Recién tonsurado, consiguió que el cabildo le dispensase del requisito de edad mínima -que no alcanzaba- para hacer

¹ Doctor en Historia y Derecho.

los ejercicios, y frente a otros cinco candidatos, consiguió el primer puesto y la prebenda. Pero en vez de acomodarse y disfrutar de por vida de una renta vitalicia, renunció a la plaza y ese mismo año se matriculó en el estudio de práctica jurídica que dirigía en Madrid don Francisco Antonio de Mendoza, fiscal del Consejo de Castilla, donde trabajó como ayudante, a la vez que participó activamente en la Real Academia de Jurisprudencia y Derecho Real Pragmático.

En 1787, y tras ingresar en el Colegio de Abogados de Madrid, fue elegido diputado por el partido y cuadrilla de Albarracín en la Juntas Generales de la Mesta. Es decir, se convierte en juez de los ganaderos de la Comunidad, tanto en sus conflictos por los pastos de Andalucía y Valencia en defensa de sus privilegios e inmunidades, como en sus disputas internas. Fueron años difíciles para los trashuman-tes, ya que a finales del siglo XVIII los ministros ilustrados iniciaron un cambio de política, en el que Romero Alpuente participó, para suprimir las competencias jurisdiccionales de la Mesta y favorecer los intereses de la agricultura en España. Muy buen recuerdo debió dejar en los turolenses en esta etapa cuando confiaron en él como diputado provincial hasta su fallecimiento, como veremos a continuación.

Tras un intento fracasado de ser nombrado fiscal de la Audiencia de Aragón, en 1794 fue propuesto como fiscal del crimen en la de Valencia. Allí comenzó su dilatada batalla política, que lo llevó tanto a la aclamación popular, como a la prisión y al destierro. Al estallar la Guerra de la Convención contra Francia, el capitán general de Valencia decretó la organización de un cuerpo de milicias, que debía vestirse y armarse a costa de cada cual. El que no pudiese, debía pagar 24 libras para compensar sus gastos. Tres magistrados de la Audiencia, encabezados por Romero Alpuente, se negaron a la recaudación, alegando que los voluntarios eran gente humilde, y que la contribución era ilegal. Acabaron encarcelados. Finalmente el Con-



sejo de Castilla ordenó su libertad y destituyó al capitán general. Según citan sus cronistas, “fue llevado en triunfo a su casa por el pueblo con las más vivas demostraciones de gozo, de admiración y gratitud”.

En 1802 se trasladó a la Chancillería de Granada como oidor, y posteriormente gobernador, de la Sala Primera del Crimen. Dos nuevos incidentes van idea de la personalidad del magistrado. No dudó en procesar a sus compañeros al descubrir que algunos jueces habían amparado a criminales acusados de asesinatos; tampoco en acusar al capitán general Escalante por un atropello en el que su coche de caballos mató a un viandante y lesionó gravemente a varias personas, entre ellas una mujer embarazada. Las causas se volvieron contra Romero Alpuente, ya que los acusados tenían el favor del favorito de los reyes, Godoy, por lo que finalmente se acordó la suspensión del magistrado por seis meses y el traslado forzoso, a modo de destierro, a la Audiencia de Cararias. Pero la invasión francesa y la Guerra de la Independencia cambiaron completamente la situación.

Espía contra los franceses y conspirador contra Fernando VII

En el verano de 1808, Juan Romero Alpuente aparece en Teruel, presidiendo fugazmente la Junta Governativa establecida de forma espontánea para el gobierno del corregimiento y la defensa contra el invasor. En septiembre publica en Zaragoza *El grito de la razón al español invencible*, donde junto con las arremas al valor y al patriotismo, encontramos una visión singular del conflicto. El enemigo no es Francia, ni su revolución, sino el tirano -Napoleón-, que la oprime. Es una guerra por la libertad, que concluirá con la victoria de la razón, el progreso y la regeneración nacional. Un programa completamente revolucionario, con aspectos muy prácticos, como la sustitución de todos los funcionarios del régimen anterior, y donde llega a proponer un código de derecho universal que asegure la libertad y la propiedad de todas las naciones, con renuncia a la guerra como medio de dirimir sus posibles conflictos.

Ante el avance de los franceses vuelve a Granada, y de allí a Sevilla, donde solicita a la Junta Central que se le emplee para el servicio de su país. Finalmente fue nombrado comisiario de la Junta para las provincias de Córdoba y Jaén. Allí se empleó en promover alistamientos, buscar armamento, garantizar el orden, y organizar partidas para la defensa de pueblos y caminos. De nuevo se enfrentó con vecinos acaudalados e influyentes que buscaban evitar el alistamiento forzoso para la guerra acomodándose mediante influencias en empleos de oficinas y hospitales. Acusado de sedicioso y de no acatar decisiones de la superioridad, acabó en la cárcel, de donde según algunos autores, fue sacado a la fuerza por el pueblo de Sevilla en vísperas de la ocupación francesa. Al año siguiente aparece como colaborador del invasor en Granada, presidiendo una junta de abastecimientos. Pero por su pro-

pio testimonio sabemos que realmente utilizó este cargo para transmitir información a las autoridades españolas. Descubierto su espionaje, huyó por los tejados de la ciudad y se dirigió a Cádiz, donde se refugiaban la Regencia y las Cortes. Los franceses, indignados, llegaron a quemar su estatua en la plaza de Sevilla. En la ciudad sitiada, hervidero de refugiados y de debates políticos que dieron lugar a la Constitución de 1812, y con el título de diputado suplente de la provincia de Aragón, publicó el folleto *Wellington en España y Ballesteros en Ceuta*, criticando ácidamente el nombramiento de un general inglés como jefe supremo del ejército anglo-español.

Al acabar la guerra, Romero Alpuente era un declarado y reconocido liberal. Aunque mantenía relaciones con otros importantes turolenses de la Corte, como Tadeo Calomarde, fue destituido de su nuevo cargo en la Audiencia de Castilla la Nueva y desterrado a Murcia. Allí se introdujo en la recién creada logia masónica local, que conspiraba para la implantación en España de las ideas progresistas. Esta sociedad secreta, importantísima en la historia contemporánea, tuvo a Romero Alpuente como líder, con los grados de compañero, maestro y experto del Grande Oriente. Un informe policial lo definía así: “hombre sanguinario, cruel de pésimo corazón, de relajada vida, corifeo de todos los liberales, primera persona de la tertulia pernicioso del Alpargatero, donde concurren varios de las mismas ideas; es sujeto que si llegase a mandar en turbulentas circunstancias, haría bueno a Robespierre”. Finalmente, fue ordenado su arresto por conspiración y masón, y procesado por la Inquisición murciana, que pidió para él y para todos los liberales “la misma pena y rigor con que los Reyes Católicos acabaron con judíos, moros y herejes”. Incomunicado y pendiente de sentencia, permaneció el turolense hasta que triunfó en 1820 la conspiración de Riego.

Juan Romero Alpuente, diputado en Cortes

El triunfo de la revolución de Riego sacó a Romero de la cárcel y lo puso al frente de su facción, como jefe político interino de Murcia, cargo al que renunció a ser elegido primer diputado a Cortes por Aragón. Es ahora cuando se convierte en una figura de alcance nacional, líder de la minoría exaltada en los años 1820 y 1821. Su elocuencia y sus aragumentos lo hicieron famoso. Combatía la hipocresía de algunos falsos liberales, denunciaba la corrupción de la administración, defendía con vehemencia las libertades ciudadanas, y en conclusión, criticaba a todos y hablaba de todo. Su lenguaje directo, y en ocasiones chavacano, le granjearon enseguida el fervor popular. Algo que se acentuó cuando, ya sexagenario, se alistó a la milicia nacional y acudió a su turno de guardia a las puertas de las Cortes. Algunas descripciones de la época son muy significativas: “Romero Alpuente. Alto, seco, frío y feamente feo. Pero siempre sereno y siempre imperturbable; habla de todos los asuntos; habla sobre cualquier punto; habla desde la tribuna; habla colgado de ella; habla de cualquier modo, y tan fresco se queda de una manera como de otra. Minis-

tro de justicia, se conoce que la ama sedientamente, pero también debe amarse al pueblo más que al aura popular. Es piedra de toque de todas las discusiones, pues al punto que en ellas se oye el metal de su voz no hay nadie que no distinga si se ensaya oro, plata o arsénico. Tiene sus ciertos rasgos de originalidad, y sería con el tiempo un mediano orador con solo que se le mudase la figura, con que no bajase tanto el estilo, y guardarse constante decoro. Gasta gorro y anteojos de hierro, mas sólo por ceremonia, o por el bien parecer, pues por el un lado no los necesita, y por el otro no los quiere necesitar". Tomás Collado, que fue contemporáneo suyo, refiere una anécdota muy ilustrativa. Cuenta que "al acabar las sesiones de las dos legislaturas, vino a Teruel a visitar a un su hermano, chantre que era de aquella catedral, cuya dignidad ridiculizó no mucho tiempo después en uno de sus folletos, para recompensar sin duda el agasajo y favores que siempre le debió. Desde Teruel pasó a Valdecuenca, su patria. Paseábase una tarde solo y tan preocupado, que no advirtió una reunión de los sujetos más visibles del pueblo, que saliendo con el mismo objeto, habiéndole divisado, le llamaban con desaforados gritos. Vuelto en sí, y hostigado por sus paisanos para que les dijera, si se podía, en qué pensaba, les contestó: "Acá para mis adentros me entretenía en sentar algunas bases para plantear una revolución perpetua". ¡Vaya un pensamiento filantrópico!".

Como ejemplo de sus intervenciones parlamentarias incendiarias, es una de sus frases políticas más famosas "*la guerra civil es un don del cielo*", para así poder librar a la nación de los elementos reaccionarios. En 1821, al conocerse una intencionalidad realista, llegó a pedir la sangre de 15.000 habitantes de Madrid para salvar la revolución. El populacho exaltado por esta y otras proclamas, asaltó la cárcel de Madrid, sacó y asesinó al sacerdote Matía Vinuesa, al que consideraban implicado en la trama, e incluso se dirigieron al Palacio Real amenazando la integridad de Fernando VII.

Destierro y acusaciones de traición

En 1823 la descomposición del liberalismo y la invasión de los *Cien mil hijos de San Luis* trajeron de nuevo el reinado absoluto de Fernando VII. Para evitar su captura se refugió en Gibraltar, y posteriormente, junto con un gran número de políticos y militares españoles, se trasladó a Londres, esperando mejores tiempos para los liberales. Muchos fueron auxiliados por el duque de Wellington, si bien con Romero Alpuente supo hacer una excepción, recordando las puyas que le había lanzado en la Guerra de la Independencia. Anciano y sin recursos, acabó en la miseria. Acompañado de su sirvienta, Vicenta Oliete, sobrevivió de pequeños donativos y de la venta de sus publicaciones, como la titulada *Causas de la caída de la Constitución*, o la escrita con motivo de la revolución de 1830, *Los tres días grandes de Francia, y modo de reproducirlos en España*, con varias ediciones en Francia, Inglaterra y clandestinamente en España, donde evidentemente fue prohibida por incitar a la sub-

versión. De hecho, ese mismo año fracasó un intento de deponer a Fernando VII en el que Romero Alpuente figuraba como futuro ministro de justicia. Al año siguiente vendió a un supuesto editor el manuscrito de su libro *Historia de la Revolución Española*. En realidad quien el comprador era un agente del espionaje español, y su obra, inédita, acabó en la biblioteca del Palacio Real de Madrid. Y así permaneció hasta 1989, en que el profesor Alberto Gil Novales la puso a disposición de los investigadores. Es durante su exilio cuando caen sobre nuestro personaje varias acusaciones de traición, al descubrirse varios documentos – aireados en varias sesiones parlamentarias después de su muerte – que daban a entender que había recibido dinero del gobierno español a cambio de facilitar información sobre las actividades de los disidentes residentes en Inglaterra. Su criada Vicenta sí que tuvo un contacto directo con agentes de la policía de régimen absolutista, controlado entonces por el también turoense Tadeo Calomarde. Sus enemigos políticos, que los tuvo tanto en las filas liberales como en las conservadoras, denostaron su figura con las acusaciones de espionaje, aunque otros compañeros de filas lo defendieron y no consideraron fundadas las sospechas de colaboracionista, más cuando a su vuelta del exilio, formó de nuevo parte del sector más exaltado del liberalismo.

Al morir Fernando VII volvió a España, y casi inmediatamente fue nombrado procurador en Cortes por la provincia de Teruel. No llegó a tomar posesión. Se le encontró implicado en una nueva conspiración contra el gobierno de la regente María Cristina y su Estatuto Real, ¡a los setenta y cuatro años de edad!, y acabó en la prisión recién llegado del exilio. Tras su puesta en libertad, y tras serle condecorada la jubilación de su cargo de magistrado, no se le conoce ninguna actividad política. Un año después, el veintidós de enero de 1835, afectado por una infección cataral, fallecía en Madrid.

Casi todas las valoraciones póstumas han sido sumamente críticas. Además de Galdós en los *Episodios Nacionales*, Pío Baroja lo cita despectivamente en *Memorias de un hombre de acción*, y en *Siluetas románticas*: “Romero Alpuente, que se la echaba de Robespierre, era un viejo ridículo, alto, seco, con la cara angulada y una estúpida sonrisa. (...) Hablaba de una manera pesada, pedantesca y monótona. Se creía un hombre genial. Sus argumentos de patán mixto de leguleyo asombraban a sí mismo”. Pedro Ortiz Armengol, le dedica un capítulo titulado *Purgatorio de Romero Alpuente*, con apelativos como “anciano furibundo”, “bárbaro”, “cafre”, “bocazas”, “momia”, “repulsivo personaje”, “incendiario viejo”, “demagogo” o “casado”. Hoy, con la edición y la lectura de sus escritos políticos podemos llegar a otras conclusiones. Fue un político con gran influencia popular, pionero de la revolución liberal en España, y de ideas avanzadas, íntegro en sus convicciones, por las que sacrificó la estabilidad y la comodidad que le daba su cargo y posición. Todo un revolucionario español.

LA COMUNIDAD DE ALBARRACÍN A TRAVÉS DE LA HISTORIA DE SUS PUEBLOS.

Terriente, entre el sabor medieval de su conjunto urbano y la nostalgia del esplendor de su industria textil

Juan Manuel Berges Sánchez¹

La localidad de Terriente siempre ha pasado desapercibida para la mayoría de los viajeros. El Algarbe o El Garbe ha sido su carta de presentación y poco más. Pero su entorno natural y los restos que todavía se conservan de su destacado conjunto arquitectónico tanto civil como religioso, hacen de Terriente uno de los paraísos por descubrir para aquellos ávidos por conocer los tesoros artísticos escondidos de la Sierra de Albarracín que todavía no se han divulgado para el gran público.

Terriente se nos presenta silenciosa y a la vez tranquila a lo lejos. Se intuye como villa señorial, de sabor antiguo. La armonía de sus tejados, sólo quebrada por la magnitud de la iglesia parroquial del Salvador, premoniza un entorno urbano fosilizado, intacto ante el paso de los siglos. Un recorrido pausado por sus calles nos ofrece un placer visual reconfortante que desprende la rica arquitectura popular que se preserva todavía inquebrantable ante el paso del tiempo en los recios muros de sus casas. Sorprende la amplia variedad de estilos y recursos artísticos que ofrece el urbanismo de esta localidad de tradición ganadera.

Ante nuestros ojos se nos ofrecen grandes casonas de manpostería con fachadas en hastial e intronizadas con arcos pétreos de medio punto, la mayoría, cuyas fachadas se han enriquecido con sólidas portadas adoveladas o adinteladas, con vanos de piedra de sillería adornados por bellos ejemplos de rejería singular, en ocasiones combinados con aleros muy volados tallados de madera al estilo del país.

Quizás Terriente destaca porque conserva todavía elementos góticos y renacentistas, tan escasos en la Sierra de Albarracín, que se aprecian como recurso empleado para el cierre de ventanales. Todavía se intuyen portadas medievales, algunas de ellas adornadas con molduras, pero la personalidad del urbanismo de montaña de Terriente llega al cénit de la excelencia con la notable factura de sus dos edificios gótico-renacentistas del siglo XVI.

¹ Doctor en Historia, CECAL. Las noticias aportadas proceden en su mayoría de mi tesis doctoral: *Actividad y Estructuras pecuarias en la Comunidad de Albarracín (1284-1516)*. Un resumen de la misma fue publicado por el CECAL en 2009. Abreviaturas: ACA [Archivo de la Corona de Aragón], AHPT [Archivo Histórico Provincial de Teruel], A.M.Gea [Archivo Municipal de Gea], A.M.Terriente [Archivo Municipal de Terriente]. Siglas: ss. (sueldos), ds. (dineros), ap. (apéndice).



Iglesia Parroquial del Salvador.



Ayuntamiento de Terriente.

Su ayuntamiento renacentista, el más antiguo de la zona, está presidido por un balcón corrido de madera. La singularidad del edificio la otorga su lonja inferior de dos arcos rebajados y la segunda planta con dos vanos adornados con arcos mixtilíneos tallados con delicados adornos gotizantes. Y sin duda, su parroquial, donde todavía se aprecian sus rasgos góticos en su cubierta de bóvedas de crucería estrellada, donde destaca la capilla del Cristo de Las Nieves, y al exterior su excelente portada manierista de tipo serliano, estilo usual en otras iglesias del entorno, friso con motivos platerescos y decorado con terceletes. Una obra magistral de los hermanos Avajas y Utienes².

Tampoco debemos omitir la sólida construcción de la ermita de Ntra. Sra. del Rosario del siglo XVIII situada a la entrada de la población en espera de una feliz restauración. Sin duda la riqueza del urbanismo de Terriente merece la adopción de medidas especiales de protección porque se trata de uno de los pocos conjuntos ar-

² TOMAS LAGUIA, C., "Las iglesias de la diócesis de Albarracín", *Teruel*, 32, (Teruel, 1964), pp. 127-138.



Plaza del Boticario.

quitectónicos que se mantienen todavía homogéneos a pesar de alguna intervención poco afortunada.

Un poco de historia

Vamos a retroceder a la época de luchas y sufrimiento relatados a mediados del siglo XIV, cuando estas tierras se convierten en el escenario sangriento de una guerra desigual entre Aragón y Castilla. Los textos evocan ese panorama generalizado de inseguridad y denuncian el desigual potencial bélico desplegado por ambos contendientes según se desprende del acuerdo suscrito en 1359:

... et como por ocasión de la guerra en que estamos mengua muy grata de gentes et de (fijos)dalgos de las aldeas, et de los términos de la dicha ciudat, es a saber, muchas aldeas quemadas, muchos (fijos)dalgos robados, muchos cautivos levados, de los quales fueron grandes las redirapciones, otrosí muy grandes dannyos que han recebido los del común por ocasión de la dicha guerra...

Si descendemos a la propia aldea de Terriente se manifiesta claramente la indefensión que sufrieron estas tierras ante la oleada de bandas incontroladas durante la guerra de los dos Pedros, según relatan las autoridades del concejo al alcaide de las fortalezas de Albarracín Juan Fernández de Urries, cuando a instancias del mo-

marca Pedro IV procede a confirmar las dehesas de la aldea el 31 de agosto de 1377, cuyos privilegios habían sido robados de la casa de Juan Martínez, tal vez el oficial que custodiaba los documentos. Albarraçín acababa de incorporarse definitivamente a la Corona de Aragón:

*...los priuilegios de las quales defesas el dito conçeio por ocasión de la guerra más cerqua pasada, senyaladament quando Johan Alfonso de la Cerda e el Rechón con otras malas companyas entraron a correr tierra de Albarraçín, e corrieron e robaron el dito lugar de Terrient, en el qual robo entre las otras cosas robaron e leuaron una caxa en la qual el dito conçeio tenía todos sus priuilegios... [...] e que tenían priuilegio e que se lo leuaron con otros **quando el Rechón e los bretones** robaron la dita aldea...³*

Sin duda el texto se refiere a Jofre Rechón, caballero francés de la Bretaña que militó al lado del infante de Mallorca contra los intereses aragoneses.

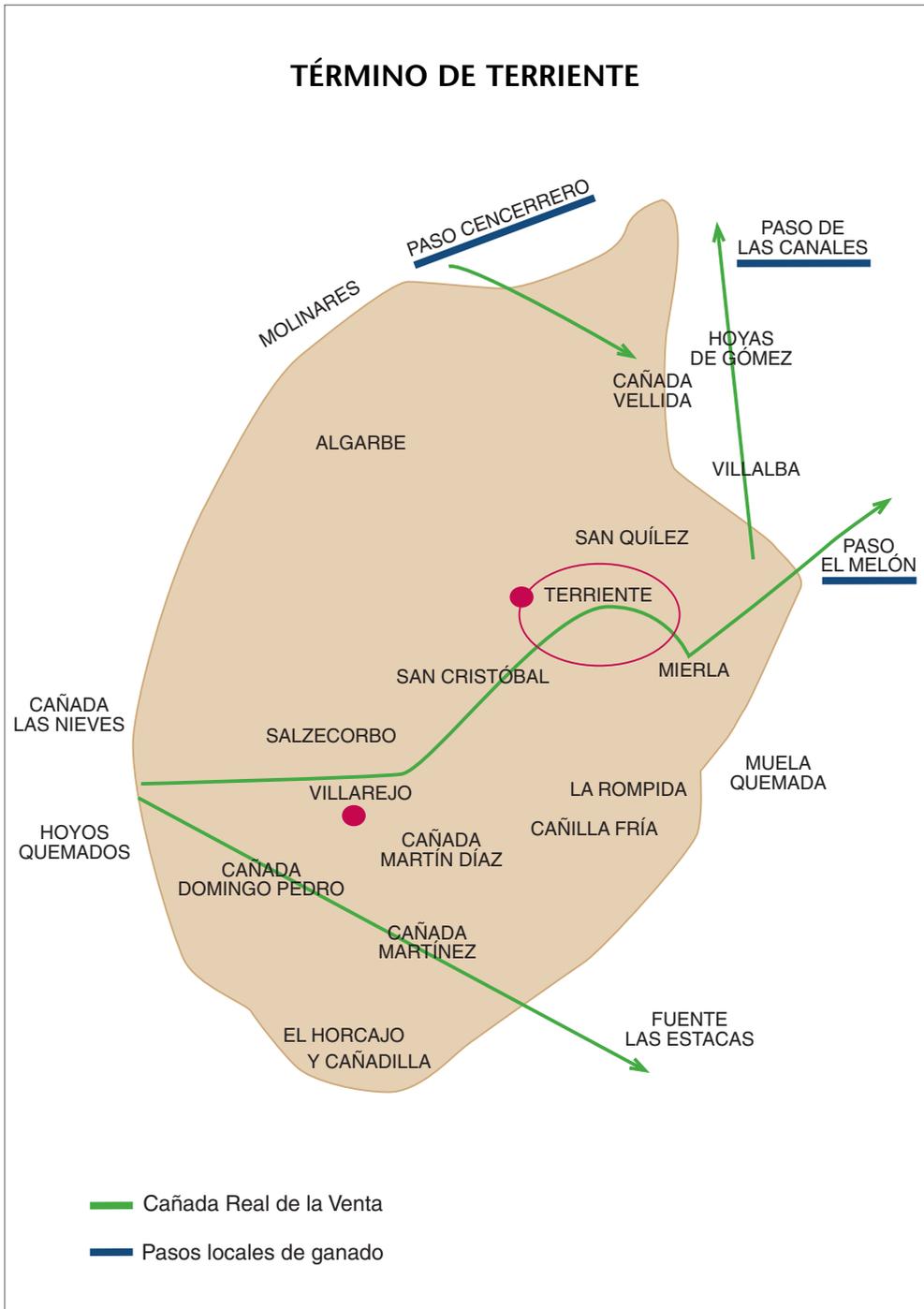
Y esto quiere decir que Terriente desempeñó en esa época y en otras posteriores un papel decisivo dentro de la articulación territorial de la Comunidad de aldeas. En 1495 es la segunda aldea más poblada (328 vecinos) en 1619 supera con creces el millar (1200 vecinos) mientras en 1900 es la población más habitada (en torno al millar de almas).

El privilegio citado de 1377 demuestra como en este momento Terriente ejerce su influencia jurisdiccional sobre un amplio término, donde por cierto, se había alcanzado un elevado índice de colonización. Ya se explotaban los pastizales de las dehesas de El Algarbe (llamada después La Negraleda, vendida en el siglo XVIII para hacer frente al endeudamiento provocado por los efectos de la Guerra de Sucesión), Cañada Vellida, La Muela, Cañadilla Fría, Cañada Martín Díaz, la Rompida, Salze Corbo, La Vega, Cañada Domingo Peydro y Muela Quemada. Todavía en 1457 el concejo y Común, máxima instancia de la Tierra, concedía a Terriente la dehesa de El Horcajo y Cañadilla y en 1461 el concejo de Terriente autorizaba a sus vecinos para hacer majadas en la dehesa de Cañada Fría.

A ello sumamos las masías que estaban en poder de los linajes más poderosos radicados en la aldea: Hoyos Quemados (de los Bonacha), El Algarbe (Mayor de Vera), Mierla (Mayor de Vera, D'Onyez) Villalba (Lorent y Dóniez), Hoyas de Gómez (Corico), Zarzoso (Pérez de Torres) y Torre Caveró (Caveró y Maenza).

Posteriormente, en época moderna, cinco linajes ejercerán el control absoluto sobre las instancias de poder tanto de la aldea como de la sesma a la que pertene-

³ A.M.Terriente, Sección I-5, 27.



cen: Alonso (emparentados con los Huerta), Asensio (vinculados a Hoyos Quemados), D'Onyez (Mierla y Villalba), Maenza (Torre Cavero), Vellido (valle San Pedro). Poco margen les quedaba a los campesinos de la aldea para ampliar su área de cultivo. En esta época no existían como núcleos habitados El Vallecillo, Masegoso, El Cañigral, El Toril, El Villarejo o Arroyofrío.

Y Terriente mantenía su influencia sobre El Algarbe, Hoyas de Gómez, Mierla, Villalba, Hoyos Quemados, El Villarejo, Zarzoso, el molino San Pedro (entonces llamado El Despeñadero), la masía de los Cavero y Maenza (la actual Torre Cavero) el valle San Pedro con la masía del Membrillo (entonces conocida como Codoniat), Tobías, Pradas, El Collado La Grulla, así como las heredades de El Toril y Masegoso.

El desarrollo del hábitat disperso, de las masías, adquirió un elevado auge a lo largo de la geografía de la sierra. La fuerte demanda en los mercados exteriores, italianos sobre todo, de lana fina merina producida en los Montes Universales debido a la caída del mercado inglés, contribuyó al incremento de la población derivado de una coyuntura económica favorable.

Destacamos el contrato de arriendo de la heredad de Mierla propiedad de Juan Sánchez D'Onyez de comienzos de diciembre de 1457. La minuciosidad de las cláusulas que firmó el arrendatario Juan Pérez Valero de Terriente nos sugiere cómo en esa época estaba muy desarrollada la explotación de la tierra⁴.

Posteriormente se autorizaron roturaciones en terreno de la Comunidad en los parajes de Muela Quemada (1649) y labores del Pozo del collado de La Muela (1659). El 14 de agosto de 1766 se permitió a los vecinos de Terriente poder cultivar la mitad del prado de Sasacorbo, que se fraccionó en 283 suertes. También Isidoro de Antillón ofrece noticias interesantes sobre procesos ligados a un más que supuesto incremento demográfico:

...En el descenso de la de poniente de ocho años a esta parte [escribe en 1795] se han formado y puesto en cultivo 100 huertos, que con los que ya había en otros parajes prestan las verduras comunes, suficientes para el consumo de los naturales...

Personajes destacados

Los muros de mampostería de sus casas hidalgas denuncian el señorío de sus propietarios, solar de linajes de recio raigambre que a la postre han escrito páginas de oro a lo largo de una vasta historia salpicada de hechos irrepetibles, de un glorioso pasado ligado a la cría de ganado.

⁴ Por su interés lo hemos incluido con el núm. 3 en el apéndice documental.

Terriente ha sido cuna de personajes ilustres. Todos los linajes de mayor potencial económico costeaban los estudios de algunos de sus vástagos. Mientras el primogénito gestionaba la hacienda ganadera familiar y a las hermanas se les proporcionaba un matrimonio convenientemente pactado, al resto de los hermanos se les costeaba en la mayoría de los casos la carrera eclesiástica. Algunos llegaron a ocupar las más altas dignidades de la iglesia, otros fueron meros regentes de capellanías que vivían de la renta, mientras otros se graduaban en derecho (licenciados, bachilleres) para seguir la tradición jurídica de su familia. Destacaron, entre otros, algunos miembros de los Alonso y Asensio.

De aguda pluma como Gaspar Alonso Valeria y Alloza, franciscano, intronizado en la comunidad cristiana como Fray Juan de Santa María, quien llegó a ser obispo de Solsona (1694-1699) y obispo de Lérida hasta su muerte (1699-1700). Hizo carrera en tierras italianas, en Nápoles. Por sus amplias dotes el monarca Carlos II lo nombró embajador en Viena en 1696⁵. También destacaron en esta centuria su hermano Fray Agustín Alonso y Valeria, Provincial Capuchino y escritor y Fray Raimundo Asensio, Provincial de Mercedarios.

Estos mismos linajes han patrocinado algunas capillas de la iglesia de San Salvador. La más antigua la instituyó Juan de Maenza, infanzón, señor de Torre Cavero, en 1549, bajo la invocación de la Santa Cruz, llamada a su vez de Los Dolores. El capellán tenía la obligación de oficiar misa cada quince días en la capilla de la virgen del Rosario situada en la propia masía y que hoy todavía puede apreciarse.

El 7 de julio de 1550 dispuso en su testamento Juana Asensio, viuda de Juan Díaz, entre otras cláusulas la construcción de la capilla de San Pedro. Juan Vellido y Pascuala Alonso, su esposa, eran patronos de la capilla de Santiago según dispuso en su testamento otorgado en Val de San Pedro el 23 de agosto de 1564. Unos años después el obispo de Albarracín Martín de Salvatierra autorizó el 17 de abril de 1581 a Juan Alonso la construcción de la capilla de La Concepción. El propio concejo de Terriente instituyó otras capillas donde se enterraban a los oficiales del concejo que fallecían ejerciendo su cargo. Así el obispo Miguel Jerónimo Fuenbuena junto con los regidores y alcaldes erigieron el 15 de junio de 1690 la capellanía del Dulce Nombre de Jesús y el propio concejo con el vicario de la parroquia en 1725 dos capellanías de Ánimas.

El desarrollo de las masías, del hábitat disperso, que estaban alejadas del núcleo urbano de Terriente favoreció la construcción de numerosas ermitas reservadas al

⁵ Sobre este personaje damos más referencias en el apéndice. Vid. COLLADO FERNÁNDEZ, Tomás, *Armonía entre la historia general de la Nación y la particular de Albarracín*. Ms. particular, Albarracín, 1848, capítulo XXIX, fols. 340-342 (reed. por CECAL, en prensa) y ESTEBAN, L., *Obispos nacidos en Teruel y provincia (s. XIII-XXI)*, Imprenta PMc Media, Valencia, 2010, pp. 32-36.

culto privado y para impartir los servicios religiosos en la época de labores agrícolas. Según los datos que aporta Sebastián de Utiens en 1618 en la propia localidad se localizan:

- Emita del Rosario (Siglo XVIII. A la entrada de la localidad).
- Ermita de San Roque (estuvo situada en el actual cementerio).
- Ermita de San Fabián y San Sebastián.
- Ermita de San Cristobal (se aprecian sus restos en el cerro de su nombre, defendido por las trincheras y casamatas de la pasada Guerra Civil).
- Ermita de San Jobito y Quilez (Sin restos en el paraje Alto de San Quilez).
- Santa María Magdalena.
- Ermita de San Juan (tal vez estuvo situada en dicha calle).

Mientras en las masías:

- Zarzoso – San Pedro.
- Hoyos Quemados – Limpia Concepción de Ntra. Sra.
- Cavero y Maenza – Ntra. Sra. del Rosario.
- El Villarejo – Santa Ana.
- Collado La Grulla – San Juan Bautista.

La religiosidad de los vecinos de Terriente se advierte a su vez no sólo en los oratorios y capillas particulares como la de la virgen del Pilar en la plaza de La Taberna que construyó el presbítero Juan Jerónimo de Agueda el 15 de abril de 1717 que hoy podemos observar en el Hotel-Restaurante Rural "Abuelo Rullo", sino en las limosnas que fundaron para socorrer a los más pobres. Juan Vellido (1564), Juan Civera y María González el 25 de abril de 1566, Juan Alonso y Catalina Martínez (1584) la más dotada económicamente con 2.000 sueldos, Pascuala y Juan Alonso en 1602.

Como acertadamente ya observó Manuel Fernández Rodilla, la proliferación de cruces y arcos en el caserío de Terriente fueron producto de las numerosas capellanías que se fundaron por la religiosidad de sus vecinos y a su vez porque diversas dignidades de la iglesia tuvieron aquí su asiento (vicarios, rectores, beneficiados...). No hay que olvidar que Terriente fue cuna de numerosos clérigos y religiosos⁶.

⁶ FERNANDEZ RODILLA, M., *Curiosidades de Terriente*, Ayuntamiento de Terriente y Comarca de la Sierra de Albarracín, 2009, pp. 123-132.

Una economía pujante

Los excelentes pastizales situados en el término jurisdiccional de Terriente contribuyeron al desarrollo de la actividad ganadera. No será de extrañar que el concejo de Terriente prohíba el 16 de julio de 1461 que entren rebaños de más de mil reses de ganado lanar en la dehesa de Canilla Fría. Tan elevado era el volumen de ganado que el 29 de mayo de 1603 se aprobaron unas ordenanzas que prohibían la entrada de los ganados a los barbechos y rastrojos de las piezas de los vecinos por el gran daño que ocasionaban.

Al efecto se habilitaron vedados en la aldea reservados para los pares de labor, que ya hemos citado, mientras los grandes hacendados hacían lo propio en las heredades privadas. A mediados del siglo XV algunos ganaderos de Terriente tenían un patrimonio agropecuario importante que los proyectó al control de las instancias de poder:

FECHA	GANADERO	Nº DE CABEZAS
1447	PEDRO DE SANDALINAS	2.000
1447	JUAN DE LA HOZ ⁷	1.448
1447	MIGUEL MARTINEZ	1.500
	PASCUAL MARCO ⁸	1.000
1447	PASCUAL VALERO	1.600
1465	ANTON MARTINEZ DE MONTEAGUDO ⁹	500/650
1467	ANTON MARTINEZ DE MONTEAGUDO	160 (vacuno y caballar)

Sin el propósito de ser reiterativo con los datos, en las primeras décadas del siglo XVI (1513) algunos ganaderos de Terriente manifestaron varios miles de reses de ganado ovino hacia uno de los principales destinos de invernada, los pastizales valencianos:

⁷ Regidor de la Comunidad en 1501.

⁸ Miembro de una familia dominante en la aldea. Juan Marco, notario de Terriente, certifica que María Dornach, esposa de Domingo Martínez, residente en El Toril, *granja o masada de la dicha ciudad*, otorga poderes a su esposo para poder vender hasta la suma de 25 ss. censales cargados sobre su vivienda y heredad llamada El Toril. (1519, septiembre, 11. A.M.Gea, Sección III-1, 32, fols. 52-53). Pascual Marco ya aparece citado en 1457 residiendo en El Toril, granja y término de la ciudad, con propiedades en Jabaloyas.

⁹ Juan Martínez de Monteagudo, regidor de la Comunidad en 1495 y 1506. Notario en 1505 y 1509.

GANADERO	Nº DE CABEZAS	DESTINO
GIL LAZARO	1.200 ovino, 8 asnos	ENGUERA
MIGUEL SANZ	700 ovino, 5 asnos	LIRIA
PASCUAL DOMINGO	400 ovino, 2 asnos	JERICA
PASCUAL DE VILLALBA	360 ovino, 2 asnos	ALGINET
PASCUAL DE VILLALBA	850 ovino, 6 asnos	CARLET
JUAN SANCHEZ	720 ovino, 3 asnos	CHELVA

En este sentido queremos destacar a varias familias de ganaderos:

D'ONYEZ - DONIEZ

Esta familia estuvo ligada a las heredades de Mierla¹⁰ y Villalba¹¹. Quizás el pleito sostenido en 1440 entre Juan D'Onyez, escudero, frente a ciudad y común de las aldeas y el concejo de Terriente, por los daños producidos en sus propiedades situadas en el prado localizado entre Mierla y el prado llamado la cañada Villalba, que dependían de la capellanía de Santa Ana, sea uno de los procesos que caracteriza la defensa de sus propiedades¹².

Yague D'Onyez es uno de los personajes identificados más antiguos. Se citan las piezas de sus hijos en la mojonación de la heredad de dos yugadas situada en la Serna de Saldon propiedad de Ibáñez de Cella, concedida mediante privilegio por Jaime II el 21 de julio de 1305¹³.

Identificación miembros de la familia D'ONYEZ

Francisco Martínez D'Onyez (1395)

Gil Sánchez D'Onyez (1420)

¹⁰ Además de sus excelentes pastos, en la heredad de Mierla se explotaban otros recursos. El 1 de enero de 1456 Juan D'Onyez contrata a García de Baraona, de Terriente, para realizar una calera de cal de 700 fanegas (A.M.Gea, Sección III-1, núm. 6, fols. 3-3v). Juan Sánchez D'Onyez arrienda el 4 de diciembre de 1457 *toda la casa et lavor, yiervas, prados* de la heredad de Mierla a Juan Pérez Valero de Terriente.

¹¹ 1420, marzo, 14. Carta de Deudo, Gil Sánchez D'Onyez, escudero, vecino de Villalba, su yerno Pedro Martínez de Exea y Pedro Martínez Ferrer, de Terriente, reconocen a Juan Fernández de Heredia, señor de Gea, la deuda de 46 fanegas de trigo.(A.M.Gea, Sección III-1, núm. 2, fols. 16v-17).

¹² A.M.Terriente, Sección III, núms. 1 y 2.

¹³ ACA, *Registro Cancillería*, 203, fols. 89-89v.

1457	Juan Sánchez D'Onyez	Quiteria Díaz
1473	Juan D'Onyez	Quiteria de Espejo
1494, 23 de agosto	Elvira D'Onyez	Pedro de Burgos

Quiteria D' Onyez – Juan Díaz

Juan D' Onyez	Felipe Diaz-Catalina Monterda	Miguel D'Onyez
Cañada Villalba y Cerrada	Mierla la hondonera	Heredad en Terriente
	Hoya la Calera	

La mayoría de los documentos que poseemos son de mediados del siglo XV en torno a Juan D'Onyez (en ocasiones citado como Juan Sánchez D'Onyez). Ocuparon cargos destacados entre las dignidades de la iglesia. Tal vez Diego D'Onyez, beneficiado del cabildo de la iglesia de San Salvador de Albarracín, fue hijo de este personaje. Puede corroborarlo el hecho de que uno de sus vástagos, Gil Pérez D'Onyez, dean de Cuenca, instituyó la capellanía de Santa Ana con las rentas de estas propiedades, lo que vendría a demostrar que mantuvieron un reconocido prestigio e influencia en los sectores dirigentes de la diócesis.

Tenemos referencia de este personaje en la confirmación que realiza el concejo de Albarracín el 15 de noviembre de 1366 a Miguel Pérez de Bernabé de una heredad en la Vega Tajo que linda con *la donación del honrado don Gil Pérez d'Onnez, arcidiano de la ecclesia de Cuenca* lo que nos sugiere que también tenían propiedades en este paraje. Otra parte de la familia se instaló en Ródenas pues Garcí Sánchez D'Onyez desempeña el cargo de rector de dicha parroquia y a su vez aparece citado Garcí Martínez D'Onyez como vecino de dicha aldea en la sentencia realizada en 1408 entre el concejo de Ródenas y sus vecinos por ciertas presuras realizadas en su término sin autorización.

SANDALINAS

Una de las familias más representativas de Terriente. Su vinculación con la ganadería queda patente porque uno de sus vástagos, Pedro Sandalinas, inscribió en 1447 en la collida de Arcos un rebaño de 2.000 reses de ovino, uno de los hatajos de mayor volumen que hemos encontrado en la documentación. Tal vez su hijo Juan de Sandalinas ilustra la influencia que tuvieron en la Comunidad de aldeas en el último tercio del siglo XV.

De las numerosas gestiones que le encomendaron destacó la realizada el 8 de marzo de 1468, cuando acudió a Cortes de Zaragoza como mensajero y para en-

tregar el importe de la sisa atrasada. El apunte contable registrado denuncia la actividad económica que ejerce, el pastoreo de sus ovejas:

... stuuu quaranta días con lo de la relación, de los quales sacamos diez días que stuuu en sus oueias...

pero además se constata como estaba introducido en la comercialización de la lana

... más huna arrova que traxo de fierro para pesar las lanas, costó vint ocho sueldos, más doze pesas de fierros, dos sueldos...

Su potencial ganadero e influencia en las instituciones de la Tierra fueron determinantes en la gestión encomendada por la Comunidad de aldeas a Francisco Sandalinas en 1486 para recabar información en Valencia por el peligro que suponía para los ganados de la Sierra las continuas cabalgadas que se realizaban en Manzanera sobre los ganados trashumantes que atravesaban estas tierras en dirección a los invernaderos valencianos. El vizconde de Chelva comunicó que no se ofrecían garantías suficientes al traslado de ganados.

Ocupó el cargo de regidor en los ejercicios: 1464, 1467, 1468, 1473, 1474, 1486, 1488, 1491. Síndico procurador enviado en 1488 ante Fernando II para solicitar al monarca que exigiese al juez la visita de términos. Además fue uno de los ocho árbitros elegidos en la importante sentencia de 1493. En 1507 identificamos a Pascual Domingo de Sandalinas, regidor, y en 1512 Francisco Sandalinas desempeña el mismo cargo (identificamos el mismo nombre en 1487). Otro miembro de la familia, Jaima Sandalinas, entroncó con los Fuertes de Villar del Cobo.

Sus rebaños también fueron objeto de saqueo entre las numerosas cabalgadas realizadas por los concejos castellanos, una de ellas datada en 1471 cuando las huestes de Huélamo robaron su ganado. Su vinculación con la actividad ganadera se manifiesta a través de aislados documentos relacionados con el comercio de la lana, como veremos más adelante, y con el arriendo del montazgo.

DE LA SIERRA

Otra de las familias más notables de la aldea de Terriente, aunque de menor potencial. El más activo Bartolomé de La Sierra a fines del siglo XV -en 1498 ocupa el cargo de regidor de la comunidad de aldeas-. En 1492 debió incrementar su cabaña ganadera pues el 21 de octubre compra a Mateo Pérez, vecino de dicha aldea, una partida de ovejas por 1.600 ss. a pagar el día de San Miguel de los siguientes cuatro años.

Su participación en los circuitos de trashumancia se constata en la demanda recibida por parte del mayordomo Martín Gómez el 3 de marzo de 1502, quien le re-

clama 20 carneros que había sustraído a Sancho Millán de Castiel. El referido Bartolomé justificó su acción porque los tomó como pago de la venta de unos borregos que no había cobrado. No obstante el mayordomo le insta a que los entregue *dentro diez días que serán venidos sus ganados de stremo e entrados en tierra de Albarazín*.

ASENSIO

En ocasiones también se cita como Asensi (tal vez por su relación con las tierras valencianas). Ya en 1294 el concejo de Albarracín confirma a los herederos de don Asensio la heredad del Espeñadero (actual cascada del molino San Pedro). A mediados del siglo XV ya se incorporan a la oligarquía concejil de la aldea de Jabaloyas¹⁴, una situación que se consolida a principios de la siguiente centuria en las instituciones de la Tierra¹⁵.

No obstante otros miembros de la familia se establecen en aldeas limítrofes: Terriente (Martín Asensio, 1415; Martín Asensio, tejedor, 1456), Moscardón (Per Asensio, 1456 y 1496). O incluso más alejadas, tal vez como consecuencia de su vocación trashumante (Juan Asensio, 1492, Huélamo)¹⁶. Como tónica general se relacionaron con lo más granado de la sociedad albarracinense (Magdalena Asensio, esposa de Diego Amigó, 1505).

Su vinculación con la actividad pecuaria se puede rastrear a través de los libros de Collida (Juan Asensio, 1446, Jabaloyas, 40 reses de cabrío. Pascual Asensio el mismo ejercicio: 883 cabezas de ganado ovino), pago del herbaje turolense (Pedro Asensio, 1465, rebaño aproximado de 400 reses) o bien en la documentación notarial: Pedro Asensio vende el 3 de octubre de 1494 a Per Alamán, mercader de Valencia, una partida de carneros valorada en 2.662 ss. y 6 ds. (moneda valenciana).

Los ganaderos recorrían las largas rutas de trashumancia para llegar a los pastos de invierno a través de la cañada conquense de Los Chorros con destino a Andalucía y las de Zafrilla y Salvacañete para arribar tanto al norte como a la fértil huerta de Valencia. El paso El Melón hacía de unión desde la fuente Cadoncho para conectar la cañada de la Venta con la de Cuesta Blanca en el paraje de cañada Las Nieves, mientras volvía por Cañada Martínez con destino a la fuente Las Estacas, extenso majadal y abrevadero que acogía a todos los rebaños que descendían por las laderas del Ocejón hacia los pastos valencianos y murcianos. Otros pasos o servi-

¹⁴ Pascual Asensio, regidor, 1447.

¹⁵ Juan Asensio: regidor en 1490, procurador general en 1505.

¹⁶ Sin constar su residencia: Martín Asensio, 1456, Pascual Asensio, 1415, carniceiro. Tal vez de Frías, Mingo Asensio, 1496.

dumbres tenían un carácter local como el Paso de Las Canales o el paso Cencerro. Este último fue autorizado por el concejo de Terriente el 16 julio de 1461 para que los ganados que pastaban en la dehesa de Cañada Vellida pudiesen bajar a abrevar al río de Los Molinares.

Contratos de ganado

Era usual que el ganado se cediese a medias bajo unas condiciones reguladas por la costumbre que aceptaban previamente las partes contratantes. Por su interés reproducimos un documento en apéndice documental fechado en 1456 donde Culema de la Portella, judío de Albarracín, entrega a medias una partida de ganado a Pedro Martínez de Zarzoso, vecino de Terriente:

- El ganadero que cedía el ganado seguía manteniendo su propiedad hasta una vez expirado el contrato.
- Los machos se partían a medias para San Juan.
- Las hembras se reservaban para la reproducción y no se repartían hasta concluido el plazo.
- El queso y la lana se dividían en dos lotes.
- En caso de ir a extremar el propietario asumía el 10% de los gastos.
- Si se producían pérdidas de ganado (muerte, extravío) o si se vendía se suplían con otras reses.

En otras ocasiones fue la iniciativa pública, en este caso el propio concejo de Terriente, quien administró su propia cabaña ganadera. El profesor José Luis Castán Esteban estudió el Libro de Cuentas de la Administración del ganado del concejo de Terriente (1691-1771) por lo cual conocemos con detalle cómo se gestionaba la cabaña municipal en dicho período¹⁷. El sistema era simple. El concejo compraba corderos que luego vendía a los carniceros. Un 71% de los ingresos procedía de la venta del ganado mientras un 16% era producto de la lana. Respecto a los gastos la mitad se destinaba a la compra de animales, una tercera parte al pago de los pastizales de Picassent, donde inverna la cabaña en dicho año, al acopio de sal, pez y otros productos, mientras la soldada de los pastores suponía un 15%. El negocio estaba claro pues en 1692 se obtuvieron unos beneficios de 3.360 sueldos por la gestión de 718 reses de ganado lanar.

¹⁷ Información que puede ampliarse en: CASTAN ESTEBAN, J. L., "La ganadería en Albarracín en la Edad Moderna", *Estudios Históricos de la Comunidad de Albarracín* (José Manuel Latorre, coordinador), edita Comunidad de Albarracín, tomo I, (Zaragoza, 1993), pp. 542-550.

La lana y la industria textil

El profesor F. Melis ya citó los centros laneros que abastecían el mercado italiano en el siglo XV: Albarracín, Bezas, Bronchales, Jabaloyas, Orihuela del Tremedal, Saldón, Terriente, Torres de Albarracín, Villar del Cobo.

Los “traginers” valencianos Guillem Gribes, Joan Simó, Pere Corbín, Bertolomeu Scolano y Antoni Lanata, contratados por el comerciante Andreu Ortis, citan las poblaciones del suroeste de la Sierra donde recogen la lana: *“en la serra de Albarrazí e en Xea, ço es en los lochs de Terrente, de Frías, de la Vall de San Pedro, de Jaualoyas”*.

Al margen de la ciudad de Albarracín, la aldea de Terriente floreció por el desarrollo de su industria textil. El caudal del río del Algarbe era suficiente para mover la importante concentración de 2 batanes y 2 molinos harineros. De ahí deriva el topónimo “los molinares”.

Comerciantes de Valencia arribaban a Terriente para adquirir la lana merina que producían sus rebaños. Los contratos se redactaban un año antes. El ganadero se comprometía a entregar una cantidad de arrobas de lana en torno a la festividad de San Juan del ejercicio siguiente, a costa de percibir un porcentaje del precio ajustado aunque a un precio inferior de mercado. No obstante, ese dinero adelantado servía para pasar con holgura el invierno: comprar forraje y sal, pago de los pastos, renovar la cabaña, arreglo de apriscos, sueldos.... Un documento de las primeras décadas del siglo XV (6 de noviembre de 1422) donde interviene un vecino de Terriente nos aproxima al contenido de las condiciones pactadas en estos contratos de compromiso de entrega.

Domingo Martínez de Terriente, residente en Zarzoso, se compromete a entregar a Gonzalvo Ruiz, escudero, vecino de Teruel, 50 arrobas de lana a entregar en torno a la festividad de San Juan del año siguiente. Recibe de anticipo 35 florines. Si por esas fechas el precio de la arroba estaba en torno a un florín, quiere decirse que el ganadero percibía un 70% del precio ajustado por adelantado, una cantidad nada despreciable.

Aunque de siglos posteriores consideramos interesante destacar las noticias sobre la economía de Terriente que en 1795 destaca el ilustrado Isidoro de Antillón¹⁸:

...El clima es frío, aunque no tan destemplado como el de otros pueblos de la Sierra. Su término se comprende en una legua en cuadro, de calidad ya arcillosa, ya arenisca, ya rubial, según los diversos heredamientos. Los frutos que se cultivan son de trigo mediano unas 12 o 13.000 fanegas,, 850 de cebada, 924 de avena, y bas-

¹⁸ ANTILLON, Isidoro de, *Descripción del Partido de Albarracín en 1795*, edición de José Luis Castán, CECAL, 2006, pág. 61.



Portada medieval en C/ San Juan.

tantes lentejas y garbanzos de buen gusto y calidad. También se crían en algunas partes del término fresas naturalmente...

...Poseen los vecinos 8.700 cabezas lanares, parte trashumantes parte estantes, y poco vacuno. La lana toda se vende en rama, a excepción de 995 varas¹⁹ de cordellate²⁰ que se manufacturan, y se suele vender cada vara a dos reales de plata. Según consta de los registros del siglo pasado, se fabricaban en este pueblo 20.000 varas de cordellate, las que se vendían a los franceses que acudían a comprarlas a varias ferias de Daroca. Hay 300 vecinos, aunque en el catastro solo suenan 160. Se trabajan más de 2.900 varas de lienzo...

Hacia un prometedor futuro

Así, pues, se destaca como durante el siglo XVII floreció en esta localidad una industria textil especializada para sumirse una centuria después en una crisis profun-

¹⁹ Medida de longitud que en Albarracín equivale a 768 mm.

²⁰ Cordellate: tejido basto de lana.



Torreón-palomar.

da, como sucedió en el resto de los centros textiles por la caída de los mercados estatales y exteriores. En 1793 ya estaban arruinadas las fábricas de paños finos de Terriente. Unos años antes, en 1784, sólo se documentan seis fabricantes de lana y tres de lino o cáñamo. La Guerra de la Independencia fue el detonante final.

No obstante, las gentes de Terriente también destacaron en otras actividades económicas, algunas ligadas a la artesanía: zapateros; otras relacionadas con la explotación forestal de sus extensos pinares, en especial la transformación de la madera cuyos vestigios todavía hoy se observan en la bella factura de los dinteles de las puertas con una o varias hojas con portón (fines del siglo XVIII).

También en el aprovechamiento de la riqueza de su subsuelo como fue la explotación de la mina de carbón de piedra situada en las proximidades de la ermita de San Sebastián. En la actualidad puede observarse el torreón/palomar recientemente restaurado que semeja los restos de una fortificación. En sus tiempos fue un criadero de palomas mensajeras, tan importantes para acelerar las noticias y la comunicación en una época donde el tiempo tenía otro valor.



Camping El Algarbe.

Y hoy Terriente presenta su mejor rostro a través de casas de nueva factura que han sabido respetar en general el sabor de lo antiguo. Ha bastado con utilizar la piedra tallada que abunda en sus alrededores, combinada con el metal de hierro que adorna sus ventanas y la madera noble que abunda en sus bosques. O rescatar entornos naturales emblemáticos como las fuentes de El Cubo y del Chorrillo, donde la generosidad de Amadeo Sánchez Soriano, en esta última, se ha perpetuado dando vida al agónico olmo de la masía de Hoyos Quemados.

Y así lo antiguo y lo moderno se yuxtaponen en una delicada armonía de formas que da como resultado uno de los conjuntos de arquitectura popular más homogéneos que todavía se conservan en la Sierra de Albarracín.

Sin duda alguna el entorno de El Algarbe ha sido el mejor embajador de Terriente. Su zona de acampada incrustada como un apéndice en el corazón del bosque está presidida por magníficos ejemplares de pino negral (que dan nombre a La Negraleda). Este espacio natural acompasado por el armonioso murmullo del arroyo de Los Molinares que lo atraviesa, se ha convertido en una de las mejores áreas



Ventanales góticos (imagen superior e inferior), cruces, animal fantástico en el lienzo del muro exterior de la iglesia.

recreativas de la Sierra. Será difícil encontrar un prado tan amplio que presuma de una superficie de césped tan llana como pulcramente cuidada.

Si a ello sumamos la oferta privada de Viviendas de Turismo Rural, El Hotel-Restaurante Rural *Abuelo Rullo* y el camping/restaurante del área recreativa El Algarbe, así como los servicios municipales del Multiservicio Los Enebrales, estaremos de acuerdo en afirmar que los vecinos de Terriente se han volcado en la difusión de su patrimonio arquitectónico y natural con una amplia propuesta de servicios que pretende satisfacer la estancia del visitante más exigente.



APENDICE DOCUMENTAL

Mons. Gaspar Alonso Valerià i Aloza

1642 – 1700

Nació en Terriente (Teruel). Religioso Franciscano alcantarino, recibió el nombre de fray Juan de Santa María. Tomó el hábito en Nápoles.

Carlos II le nombró embajador en Viena en el año 1696.

En el año 1699 fue nombrado obispo de Lleida, aunque durante un año más siguió estando en Viena. Tomó posesión de Lleida para procurador, el arcipreste de Belchite, Jerónimo Dols de Espejo Navarro. S.M. Imperial le regaló un pectoral de diamantes.

Fue definidor de la orden alcantarina, predicador de la corte de Carlos II, comandatario de la orden del Santo Sepulcro, asistente al solio pontificio.

Inocencio XI, a propuesta de Carlos II, le promovió para obispo de Solsona en el año 1694, aquel mismo año tomó posesión. Más tarde fue nombrado obispo de Lleida, donde hizo una entrada solemne. El clero catedral y otros, las autoridades civiles esperaban al obispo en la puerta del Fillols. En un pequeño altar al lado de la capilla del Salvador, el Obispo Alonso prestó el juramento como era costumbre en los nuevos obispos. También se entonó el Te Deum habitual. Terminadas las ceremonias rituales, le acompañaron al palacio hasta despedirle. Las actas capitulares que describen su entrada en Lleida y toma de posesión lo hacen en el catalán leridano de la época.

La actividad pastoral de su pontificado fue escasa, su muerte a los 58 años, unos tres meses después de la entrada en Lleida, se lo impidió. Falleció el 15 de Diciembre de 1700. Se comentó que su defunción había estado causada por el sentimiento que le provocó la muerte de Inocencio XII y la del rey Carlos II.

Antes de morir, el cabildo de la catedral se ofreció para velarle día y noche, y él lo agradeció. Fue enterrado en la Seo en un féretro de madera, temporalmente en la capilla de Todos los Santos. Aunque posteriormente trasladaron sus restos a la capilla de las Almas.

En su testamento decía: "... que tenía a los pobres como a sus herederos".

Datos extraídos de Mn. Ramiro Viola González

Documento núm. 1

1422, noviembre, 6

TERUEL

Domingo Martinez, vecino de Terriente y residente en la masía de Zarzoso, se compromete a entregar a Gonzalvo Ruiz, escudero, vecino de Teruel, la cantidad de 50 arrobas de lana ocho días antes o después de San Juan por el precio a como se vendan las lanas en Bronchales, Monterde y Jabaloyas. Recibe de señal 35 florines de oro.

AHPT, Sección 13/3, fols. 345-346

Et yo Domingo Martinez, vezino de Terrient comorant en Sarcoso, aldea de la ciudat de Santa Maria de Albarazin, scientment vendo a vos el honorable Goncalvo Roiz, scudero, habitant en la ciudat de Teruel, qui sois present o a los vuestros e a quien vos queredes o a todo homne que por vuestro bien esta carta demostrara, es a saber, cinquanta rovas de lana buena mercadera tal que sea de dar e de tomar de la rova de la ciudat de Albarrazin, pesada rova por rova, al precio que venderan los de Bronchales e los de Monterde e los de Javaloyas, la qual dita lana yo a vos so tenido de dar esquilada en buen dia sereno segadida, de piedra, de fusta e de saldada segunt ques acostumbrado, del precio de la qual atorgo tener de senyal e de paga trenta cinco florines de oro e van a precio de diez sueldos e dos dineros por florin, de los quales me atorgo seyer/345v bien pagado e contento a mi propia voluntat, et renuncio a toda ora de frau o de enganyo de "non numerata non habita o non recepta pecunia" o de no seyer assin la cosa feta e pasada. Ond por tanto prometo e me obligo a vos dito Goncalvo Royz dar e pagar las ditas L rovas de lana planament e en paz sines de alguna excusacion, dilacion mia e de los mios ocho dias antes de senyor Sant Johan u ocho dias apres inclusive e de alli adelant toda ora o sazón que yo de vos o de otri por vos sere requerido, sin toda contradicion e toda pleytesia, con restitucion, satisfacion, emienda de todos danyos, costas e misiones que por la dita razon nos converka fazer e sostener, de los quales e de las quales quiero que seades tenido por vuestra sola simple palavra toda linage de jura e probacion cesant et quiero que por la dita razon me podades convenir, acusar e demandar en todos e qualesquiere lugar o lugares, tierras, regnos o senyorios do vos a mi o a bienes mios trobaredes convenir, acusar o demandarme queredes da la juredicion compulsa et cohercion de los juges; de los quales lugares me diusmeto et obligo renunciando en esti caso a mi propio juge local, ordinario "et legi dicenti quod quis coram suo iudice debet conveniri et quod actor forum rey sequi debet". Et de si generalment renuncio a todos e qualesquiere otros fueros, leyes, privilegios, usos e costumbres, costituciones nuevas e vi[e]xas, establedas o por stablecer, que a mi en aquesti caso pudiesen ayudar e valer e a vos e a los vuestros contrastar, enbargar, contrariar e nozer. E no res menos renuncio ad aquella ley o derecho dizient la renunciacion general no tener ni valer sino precedexca o subsiga la renunciacion special. Et por special obligacion por la dita razon prometo e me obligo dar e asignar a vos o a la cort bienes muebles mios propios, quitos e desenbargados, valientes las ditas L rovas de lana, danyos, costas e misiones segunt los fueros nuevos de la dita ciudat, dius/346 obligacion de mi persona e de todos mis bienes muebles o sitios, havidos o por haver ubique sunt. Que fue fecho en la dita ciudat a VI días del mes de noviembre anno a Nativitate Domini Mº CCCCº CCº II. Testes Johan de Pug Miga e Perotro, habitantes en la dita ciudat de Teruel.

Documento núm. 2

1456, 1 de agosto

ALBARRACIN

Culema de la Portiella, judío, entrega a medias a Pedro Martínez de Zarzoso, vecino de Terriente, 180 ovejas, 10 cabras y 8 muruecos por tiempo de 6 años.

A.M.Gea, Sección III.1, núm. 6, fol.s. 8-8v

Eadem die, por el día de Sant Miguel proximo pasado en seys anyos primeros vinientes continuament complidos e acabados, de mi cierta sciencia, yo Culema de la Portilla do a medias a vos Pero Martinez de Sarcoso, vezino del lugar de Terrient, aldea de la ciudat de Santa Maria de Albarrazin, qui soys present et recibient, son a saber, cient huytanta hovexas parideras, compresas diez cabras et hocho muruecos, a bien pastorear, curar, guardar et salar a costa et mision vuestra, con las condiciones dius escriptas e siguientes:

primero queremos que de la crianca que en cada un anyo en las dichas ovexas avra, los machos partamos por Sant Joan medio por medio, et las fembras que sian pora cabanya e multiplicacion de aquella et asin matex queso et lana; et si por ventura algunas de las dichas hovexas por qualque caso o manera se menoscabaran que tornemos hotras tantas a la cabanya contando amos por rata. Et es condicion que si vos por ventura yvays fuera de la tierra a estremo por mexorar la dicha cabanya, que yo vos sea tenido fazer de ayuda diez sueldos por ciento. Et es condicion que si de los ocho mardanos y abra algunos viexos o malos de lana, que aquellos tales vendamos e tornemos hotros tantos a la dicha cabanya o hovexas en valua de aquellas. Et complido el dicho tiempo de los dichos seys anyos entre nos partimos las dichas hovexas con todo el mexoramiento de/ aquellas, medio por medio. Et cada uno de nos faza de su part meytat de allí avant a su propia voluntat. Enpero recevient en mi la senyoria e propiedad del dicho ganado que vos no podades vender ni ajenar ni alguno en aquel entregar durant el dicho tiempo, e si por ventura sera etc. Et so contento e renuncio etc. prometo etc.con restitucion etc.obligo etc. Et yo dito Pero Martinez de mi ciertas sciencias que acepto et recibo de vos dicho Culema las dichas cient huytanta cabezas de ganado d ovexas, cabras et muruecos, segunt dicho es, por el dicho tiempo de los dichos seys anyos con todas las condiciones sobredichas, et so contento etc. renuncio et prometo et juro et hobligo. Fecha en la dicha ciudat die ut supra. Testes Pero Molina, perayre, et Faron Barabon, jodio, vezino de la dicha ciudat.

Documento núm. 3

1457, diciembre, 4

MIERLA

Juan Sánchez d Onyez, propietario de la heredad de Mierla, arrienda dicha casa y labores a Juan Pérez Valero, vecino de Terriente, por 5 años y 4 cosechas, por precio de 90 fanegas de trigo y centeno y otras condiciones que se estipulan.

A.M.Gea, Sección III-1, núm. 7, fols. 60-61v

Et como yo Joan Sanchez d Onyez, vezino de la ciudat de Santa Maria de Albarazin, de mi cierta sciencia et certificado plenerament/ de todo mi derecho, por del Sant Miguel primo pasado en cinco anyos primeros vinientes et quatro coxidas et fruytos levantados, do a rento e arriendo a vos Joan Perez Valero, vezino de Terrient, aldea de la dita ciudat, qui soys present, es a saber, toda la casa e lavor, yiervas, prados, que yo tengo e posido en Mierla, termino de la dita aldea, por precio de novanta fanegas de pan, medio trigo et medio centeno, pagaderas la primera paga en el mes de agosto del anyo de mil CCCCL hocho primero vinient, et asin en cada un anyo de los ditos quatro anyos con las condiciones siguientes: Et primerament es condicion que la dita lavor vos lavredes a d anyo vez, empero si algunas piecas renovaredes et estercolaredes, aquellas tales podades cadanyear e resebrar, et el estiercol que en la dita casa se fara seades tenido echar ria de agua para regar e partir aquella. Si por ventura menester sea et es condicion que en los restoxos e barvechos durant un anyo sian guardados e asin en cada un anyo, justa la sentencia albitrar. Et que si algunas personas, asin concexales como singulares, vos quieran comer et quebrantar aquellos/, que en tal caso yo sea tenido defender aquellos et fazerlos buenos justa la dita sentencia. Empero si vos dito Joan Perez queredes consentir, descomer et quebrantar los ditos barvechos, restoxos, que en tal caso yo sea tenido intimarlo e demandarlo a vos por tal que no sea empero juicio mio ende la dita sentencia. Item, es condicion que, lo que Dios no mande, se escaecera g[u]era de rey a rey o de caballero poderoso, piedra o nievla, que en tal caso lo dexamos a conocimiento de Joan Asensio, puesto por mi, et Bartolomey Lorent puesto por vos, vecinos del dito lugar, que en lo que aquellos entre nosotros diran seamos tenidos pasar, loar e atorgar. Item, es condicion que en quanto toda en la ceradura del prado, como lo tomades que asin la dexedes, mexorada et non peorada. Et si alguna cosa en aquel de nuevo ceraredes, adobaredes, que yo sea tenido satisfacer aquello a conocimiento de aquellos desuso nominados. Item, es condicion que vos me seades tenido en la dita yierva guardarme dos yeguas mias a vuestra costa durant el dito tiempo. Et cumplido los ditos cinco anyos quatro coxidas e fruytos levantados, me dexedes la dita casa, lavor et prados, yiervas, mexorado et non peorado, foras, francas e quitas/ sin se horra mala posision alguna. Et de todo lo sobredito so contento et renuncio e prometo e dius hobligacion.

Et yo dito Joan Perez Valero, certificado plenerament de todo mi derecho que acepto e recibo de vos Joan Sanchez d Onyez, present, la dita casa, lavor, prados e yervas de Mierla por el precio de las ditas novanta fanegas de pan medio trigo e medio centeno, con todas las condiciones sobredichas. Et so contento e renuncio e prometo et dius hobligacion et amas las partes queremos el present contracto de arrendacion seyer fecho bastant, et asin in vicem hobligamos. Fue fecho en la dita casa de Mierla, anno, die, mensis ut supra. Testes Joan Asensio e Bartolomey Lorent, vezinos de la dita aldea de Terrient, jutgaron.

Medio Natural



CAMINO COMERCIAL ENTRE VILLAR DEL COBO Y ORIHUELA DEL TREMEDAL

Javier Pastor Durán¹ y Avelino García Galve²

La comunidad de Albarracín ocupa un terreno de agreste orografía, que forma parte de la cordillera ibérica y es uno de los principales vértices de las cuencas hidrográficas españolas. En su parte más elevada, circundado la muela de San Juan se encuentran cuatro municipios, situados en unas cotas que oscilan entre los 1400 y los 1600 metros de altitud sobre el nivel del mar. Se trata de Frías de Albarracín, Guadalaviar, Griegos y Villar del Cobo.

Por su situación geográfica, se asientan en un terreno cuya vegetación natural consiste en el bosque de pino rojo que se extiende por grandes superficies, y que llegaría a invadirlo todo de no ser por las labores ancestrales de roturación, tendentes a conseguir terreno para cosechar la mies necesaria tanto para la alimentación humana como para mantener el ganado imprescindible en su tiempo para realizar las labores agrícolas y forestales. De hecho, puede observarse actualmente cómo el bosque vuelve a "reconquistar" el terreno robado por la acción humana, y así, piazos, celadas y hoyas, en otros tiempos trabajados, se ven nuevamente ocupadas por pinos, enebros y chaparras que crecen por repoblación natural.

La industria de la madera, centrada especialmente en actividades de primera explotación se ha concentrado en dos focos de la Comunidad. De una parte en Albarracín, que como capital de la comarca concentra gran parte de los servicios y de la actividad económica. De otra en Orihuela del Tremedal, cuya razón estriba entre otras a su mayor proximidad con los pinares que facilitan materia prima. Fuera de la Comunidad pero vecinas a la misma y conectadas de forma directa con las modernas vías de comunicación, se encuentran otros centros destacados en la industria maderera como puede ser Cella o la propia ciudad de Teruel.

Esta actividad en la Sierra de Albarracín es reconocida de antiguo, y aún en el momento actual están censadas en la Comunidad 65 personas dedicadas a la industria de la madera y su transformación y 13 dedicadas a la fábrica de mobiliario. La cooperación entre comunidades diversas ha propiciado la apertura de vías de comunicación para el intercambio humano y de bienes materiales. Es por ello que durante siglos ha existido un camino con fines comerciales entre los cuatro pueblos ci-

¹ Médico.

² Jubilado.

tados y Orihuela del Tremedal que concentraba la recogida y transformación de la madera procedente de la tala de pinos de los bosques pertenecientes dichos municipios. No ha sido éste su único uso. También ha sido utilizado para concurrir a ferias, fiestas y romerías al santuario de la Virgen del Tremedal situada en la cima de la sierra del mismo nombre y que cada segundo domingo de Septiembre celebra su fiesta anual.

El trazado

El recorrido aquí relatado, va a ser descrito con salida en Villar del Cobo y llegada a Orihuela del Tremedal, siguiendo el trazado ancestral, aún practicable en su totalidad aunque con algún tramo más disimulado por su escaso uso.

La salida de Villar del Cobo (7:38) se realiza por su extremo NE., flanqueada por un par de naves que se dedicaron en su momento a la cunicultura y tras empinada cuesta al amparo del monte de la Lobera se alcanza la Porterilla. Si se desea seguir el auténtico camino debemos abandonar la pista y seguir hacia el N. un camino que entremedio de dos campos extensos sembrados de cereal conduce también con fuerte ascenso al Alto de la Cruz.

Es interesante notar existen dos formas de llegar. Una más directa sigue el trazado de un pequeño torrente que baja del alto. Aunque pedregosa, es amplia, y antiguamente era el camino por el que subían los carros cargados con los troncos y tirados por caballerías. La otra forma consiste en una senda, que serpentea algo más, desviándose algo hacia el E. y hace la subida más llevadera. Ambos trazados se vuelven a juntar en el susodicho Alto de la Cruz, al cuál también llega la pista forestal que viene de la Porterilla y, rodeando la granja de Agustín y Consuelo, efectúa un considerable rodeo para suavizar la pendiente. Cercano al Alto existe una pequeña colina cuya cima está cercada con una alambrada y se reserva para comedero de buitres con los restos de las ovejas muertas.

Estamos a una altura de 1.594 metros (N 40° 24,241'; O 1° 40,470') y sin ser preciso subir al alto de la Cruz el camino es suficientemente elevado y despejado de pinos para ofrecer una buena vista a todo su alrededor. La Rocha de la Perola, el cerro de los Romeros y la Lobera se aprecian en dirección E.-SE., seguidos al fondo por la inconfundible silueta del cerro del Pú, que se continua con la Esquilada hacia el Sur cuyo perfil desciende hasta dejar una abertura en la que se puede visualizar algunas casas de Guadalaviar seguidas de la majestuosa Muela de San Juan que cierra el horizonte al S.-SO.

Seguimos la pista y dejamos a la izquierda un carril que se aparta en dirección a la granja de Elías y a las Celadas. El camino asciende muy suavemente hasta llegar a una zona bastante llana denominada Hoya de las Sacas que tiene una altura de 1.631 metros (N 40° 24,558'; O 1° 40,127'). En este punto existen varios carriles

que se apartan del camino. El de la izquierda penetra en la Hoya susodicha y conduce a los espectaculares parajes Kársticos de las Celadas o Dolinas. El que sale de la derecha se aparta y desciende considerablemente hacia el Revoltón de donde sigue camino a Pincorvo y Noguera. Justo al llegar al fondo de la pequeña cañada en la que existen buenas labores, se ve el pozo que lleva el mismo nombre (8:11). En su extremo NO. se continua con el paraje de la Abrila y más allá empieza una gran zona forestada de pinos denominada la Pinada.

El camino sigue al frente sin perder altura y atraviesa la Hoya de las Maderas, nombre que rememora el uso que se hacía del mismo por parte de los acarreadores de maderas de la Sierra de Albarracín. Tras un largo trecho y al final de la cañada del Revoltón, el camino va descendiendo suavemente para atravesar unos piazos en el paraje de la Abrila. En este terreno abundan las palomas turcaces y las abubillas (8:40).

Se atraviesa la Abrila longitudinalmente y al llegar al final se divisa el puntal del Tastasio, curioso nombre que podría corresponder a la contracción de Anastasio, nombre que no es extraño en la Sierra. Antes de alcanzarlo, una deriva en dirección O. nos llevaría a una Lagunilla, que los pastores han ampliado para poder disponer de agua para las ovejas. Pero el camino sigue recto dejando el puntal a la derecha y penetrando en otra cañada, aún más pequeña que la del Revoltón y que recibe el nombre de la Muñeca. En su centro existe un torruco semiderruido, en el que Ave-lino había degustado abundantes meriendas en época de la siega.

Al final de la cañada, damos con los restos del pozo de la Muñeca (figura 1) en el que aún puede verse una inscripción con año 1922 (9:02). Este punto se encuentra a 1.670 metros de altura (N 40° 26,167'; O 1° 40,261'). A partir de este punto el camino se encamina hacia la espesura de la Pinada. Un mojón indica que finaliza el término de Villar del Cobo y penetramos en el monte Carrascalejo de la manga de Albarracín. Por este lugar cruza el camino que desde Tramacastilla se dirige a Griegos (ver artículo publicado en Rehalda, 2007, número 6, páginas 61-70).

Cercano al cruce existe una paridera que fue el escenario de un episodio de rescate que puede considerarse épico en estas tierras. Se trataba de inicios del mes de enero del año 1941. Después de la festividad de los Reyes Magos una pareja de maestros recorrían el camino que venía de Tramacastilla, donde les dejó el coche de línea y se dirigían a Griegos para reincorporarse a su tarea. El tiempo era muy frío y a la mitad del camino empezó a nevar. El temporal arreció tanto que al llegar cerca de la paridera optaron por refugiarse allí ya que casi no se vislumbraba el camino y ya oscurecía.

Los vecinos de Griegos, al ver que entrada ya la noche los maestros no llegaban, dieron la alarma a los pueblos vecinos y desde Villar del Cobo se organizó una expedición formada por unos seis hombres, entre los que estaban Antonino, Estebi-



Figura 1.- Pozo de la Muñeca. Actualmente está seco puesto que el acuífero se ha derivado a una laguna próxima para uso del ganado.

can y Domingo, armados con palas y farolas que recorrieron el camino que hemos descrito hasta encontrarlos sanos y salvos aunque ateridos de frío y muy asustados. Imagine el lector el esfuerzo ímprobo que realizaron los expedicionarios del Villar que avanzaban en fila india, estableciendo un turno rotatorio para encabezar la expedición y abrir paso con las mismas piernas que se hundían en la nieve hasta las rodillas.

El camino prosigue y otro carril se aparta a la izquierda. Su destino es el Cuarto de Rábano, la gran dehesa de Griegos a los pies de la Muela de San Juan. Ya no se aprecian labores y el pinar se vuelve más espeso. De repente se abre la espesura y aparece un claro en el bosque en la zona denominada Quemados de la Pared (9:30). Se trata de un lugar muy utilizado por los pastores como majada para el ganado. No pocas noches Avelino había dormido en ese claro bajo las estrellas en compañía del tío Estebican, uno de los últimos pastores integrales de la Sierra.

Un nuevo mojón indica ya el término de Noguera que queda al E. y delimita la linde con la manga de Albarracín. El camino tuerce hacia el O. y se enfila hacia lo alto de la Pinada. Se trata del barranco Carril que debe su nombre a ser el camino obligado para los carros que transportaban mercancías y especialmente los troncos de pino. El terreno sufre un cambio de aspecto bastante notorio. La tierra pasa de ser clara a más oscura; existe más hierba y los pinos se multiplican por doquier. Es-

tamos en el Alto de la Pinada. El barranco Carril finaliza en una pista muy bien arreglada que cruza todo el terreno que hemos descrito, desde el pozo de Calamocha, en la Solana (término de Villar del Cobo) hasta la carretera del puerto de Orihuela del Tremedal. Este punto se encuentra a 1.809 metros, lo cual da idea del desnivel que hemos sobrepasado. (N 40° 27,876'; O 1° 40,442').

Seguimos un corto tramo en dirección O-SO. por la pista que desciende ligeramente hasta llegar al siguiente collado en el que aboca por la izquierda un camino por el que iban a Orihuela las gentes de Griegos y Guadalaviar, y sale por la derecha otro que se encamina hacia Orihuela y es el que debemos seguir. Pero antes vale la pena pararse un poco en la paridera del Cerro, que está a orilla del collado algo elevada. Su altitud es de 1.799 metros (N 40° 28,041'; O 1° 40,533'). En un gran claro rodeado de pinos y chaparras se observan los restos de un gran corral, una paridera y un caseto.

En este lugar finalizaba la primera jornada de los arrieros que transportaban la madera. Habían iniciado el trayecto en Villar del Cobo, a punta de día, salvando las enormes dificultades que representaban los desniveles, tanto en la subida, que obligaba a juntar hasta tres pares de mulas para subir un carro, con ruedas de gran diámetro y llantas de hierro, cargado con un solo pino en la mayoría de ocasiones; como también en las bajadas que obligaban a extremar la pericia de los conductores que debían frenar los carros tirando de las galgas con fuertes troncos de madera para evitar que cayeran sobre los animales.

Era pues lugar y momento de reposar y reponer fuerzas para la siguiente jornada, cuyo destino final era Orihuela. Vale la pena subir hasta lo alto del cerro (1.811 metros N 40° 28,100'; O 1° 40,467') por las pequeñas sendas que crea el ganado. La visión que se ofrece es una de las más espectaculares de la Sierra (ver figura 2). Se puede recorrer un horizonte despejado de casi 300 grados.



Figura 2.- Panorámica desde la paridera de la Garganta. Avelino apunta con su bastón el Puerto de Orihuela totalmente tapizado por pinos. El monte más alto a la izquierda es el Caimodorro. En el centro de la imagen emerge el macizo del Tremedal.

Empezando por el perfil del Caimodorro, la montaña mas alta de la zona que alcanza los 2.000 metros de altitud, seguido por un mar de pinos que tapiza el puerto de Orihuela dejando sólo entrever un pequeño prado bajo una rocha monolítica aislada que resulta ser la majada de la ganadería de vacas bravas. Continua la mole granítica del Tremedal y los montes de Noguera y se intuyen al fondo los montes pertenecientes ya a la comunidad vecina de Daroca.

Sigue la pequeña inflexión del puerto del Carmen con las llamativas pitonas de origen volcánico de color rojizo, que nos recuerdan lo distinto que debió ser el paraje hace millones de años. Siguen los relieves, hasta perderse en la lontananza con los montes de Monterde y Albarracín cuya lejanía y por efecto de la perspectiva aérea los superpone con la sierra de Gúdar del Maestrazgo Turolense.

Por fin si inclinamos la cabeza, a nuestros pies se hunde una cascada de pinos que desciende por el barranco Garganta hasta la mismísima Noguera y más allá hasta Tramacastilla, cerrando la panorámica el propio alto de la Pinada en cuya cima existe una torre de vigilancia forestal. No hay mejor descripción que la visión directa en un día con condiciones meteorológicas favorables.

Retomamos la marcha por el camino que parte del collado en dirección E-NE, y sigue la mojonera que delimita Noguera de la sierra del Puerto que pertenece a la manga de Albarracín, haciendo fuerte pendiente. Hay que estar atentos puesto que a mitad del descenso y al lado izquierdo del camino existe una fuente (10:23). Se trata de la fuente de los Camineros, situada a 1.744 metros (N 40° 28,282'; O 1° 40,467'). Hemos descendido unos 65 metros en un relativo corto espacio. La fuente brota en el suelo y provoca abundancia de vegetación a su alrededor lo que le confiere un intenso color verde al paraje con frondosidad y abundante vida tanto animal como vegetal.

Seguimos bajando por el mismo camino. El terreno vuelve a cambiar y aparecen rocas y bloques de rodano, la arenisca roja del Secundario, hasta que topamos con otro mojón que indica el término de Noguera, hoy por hoy el más rico en pinos de toda la Comunidad. Un poco más allá se abre una gran explanada en cuyo centro destaca una paridera que se mantiene en buen estado. Es la paridera de la Garganta, ya que debajo se abre el barranco del mismo nombre. Su altitud es de 1.717 metros (N 40° 28,526'; O 1° 40,441'). La vista que se ofrece al viajero es similar a la que hemos descrito anteriormente, aunque en lo alto del Cerro, aún es más majestuosa. Desde este punto seguimos en dirección N-NE, descendiendo la famosa cuesta de Guijarros compuesta como su nombre indica por infinidad de cantos rodados de color rojizo y jaspeado que dificulta algo el paso firme y rápido.

El descenso es pronunciado y atravesando los hermosos bosques de estos parajes cruzamos la pista que se dirige a Noguera abocando al cabo de un rato en la ca-

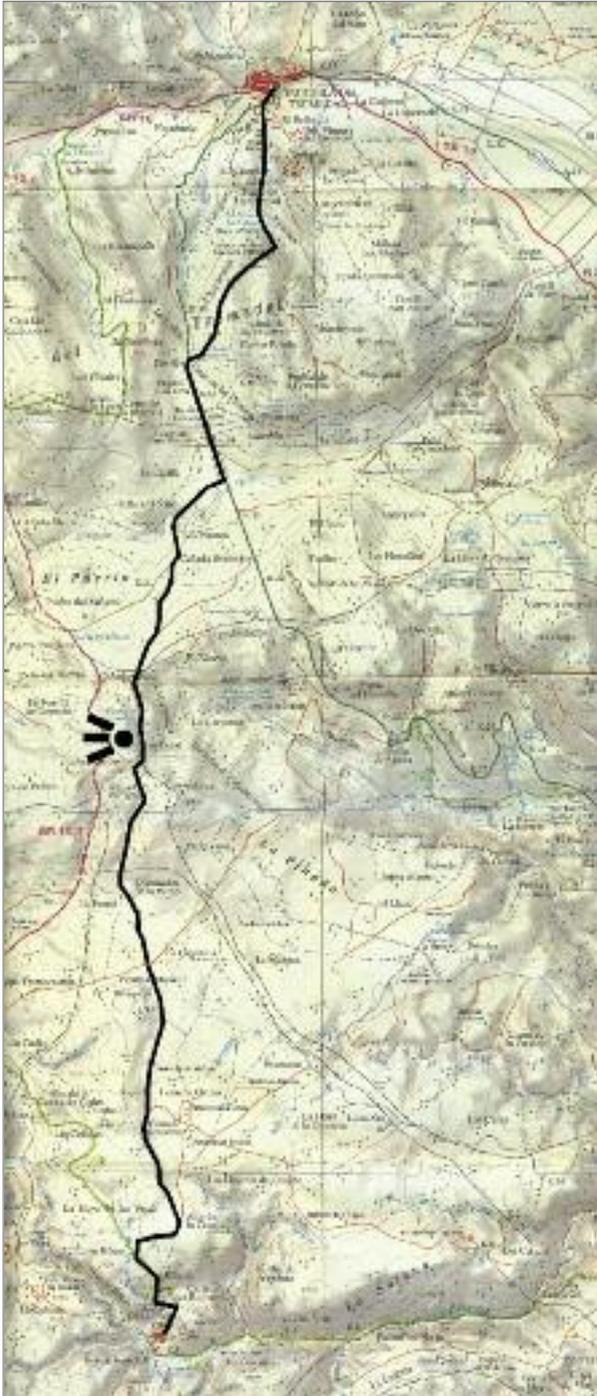


Figura 3.- Trazado del camino descrito sobre el plano topográfico.

rretera del puerto de Orihuela (11:40). Aunque se de más vuelta, debemos seguir por la carretera asfaltada, ya que el trazado original del camino penetra por el terreno vallado que alberga desde hace años a una ganadería de reses bravas, y no conviene tentar la suerte. Desgraciadamente los sustos o revolcones propiciados por los astados han tenido mal fin en más de una ocasión.

Cruzamos el arroyo del Puerto, que lleva agua todo el año y proviene de la fuente del Canto (término de Bronchales). Y así llegamos al Campamento “Montes Universales”, situado en el mismísimo puerto, a 1.670 metros de altitud (N 40° 30,554'; O 1° 39,705'). Es recomendable seguir la carretera hasta la fuente de la Majada de las Vacas (12:42), perfectamente indicada por existir un área recreativa y un fenómeno natural muy curioso: el río de piedra, que como su nombre indica simula un cauce fluvial aunque seco y ocupado por infinidad de cantos.

Desde este punto el camino hacia Orihuela está perfectamente señalado, pero aún queda casi una hora de recorrido entre pinos hasta alcanzar el camping de Orihuela del Tremedal y de allí ya por trazo urbano hasta llegar a los soportales del hermoso Ayuntamiento renacentista (N 40° 32,978'; O. 1° 38,964'), cuya altura está a 1.435 metros, exactamente la misma que nuestro punto de partida en Villar del Co-bo (13:43).

En la figura 3 se puede ver el trazado sobre el mapa topográfico (PRAMES, 1996).

Los usos

Actualmente este camino no es conocido ni utilizado como tal, salvo en una ocasión al año, cuando los mayores de la ganadería de Juan Vicente Mora conducen a morlacos y cabestros desde la majada de Valtablao a la plaza de Orihuela, por sus fiestas patronales o para los eventos taurinos de la Semana Cultural.

Ya se ha descrito con cierto detalle, las labores y sudores de los transportistas de la madera. Se hace realmente difícil hoy en día imaginar que por semejante trazado pudiese discurrir una caravana de carros y caballerías con sus respectivos conductores. También era camino obligado para acudir a mercados y ferias, especialmente la que todavía tiene lugar actualmente en Orihuela a finales de Septiembre. Avelino recuerda que al poco de estar casado, pasó por dicho camino llevando de la mano las riendas de un jumento aparejado con unos serones en los que llevaba tres gorrinos para venderlos en la feria en cuestión. El resultado no le fue mal del todo, puesto que dos de ellos los vendió en la mismísima feria y ya de vuelta dando un rodeo por Pozondón, al descansar en una fuente se topó con un mozo a punto de maridarse que le compró el sobrante. De esta guisa volvió a Villar de vacío en los serones y con lagunas pesetas de más en el bolsillo que bien le vinieron para reponer la economía familiar.

También acudían a la feria de Orihuela por dicho camino, personajes de procedentes de Frías, las masadas del valle Gabriel, y lugares más “remotos” de la parte de Cuenca como la Huerta y la Laguna del Marquesado, Zafrilla, Valdemeca y Hué-lamo. El punto de encuentro de todos ellos era la ermita de San Roque del Villar, y de allí, cruzando la plaza del Ayuntamiento iniciaban el camino.

Otros transeúntes de esta senda eran los tratantes de telas y de ganado, especialmente los de caballerías que venían desde Alustante, en la provincia de Guada-lajara. Uno de los últimos se llamaba Segismundo y solía traer consigo de 10 a 12 mulas que vendía o canjeaba en el mismo pueblo.

El segmento de camino que transcurre por el término de Villar del Cobo era terreno transitado con frecuencia por los labradores. Hoy en día, transitan muy puntualmente, montados en la maquinaria agrícola que corresponde a las tareas que haya que realizar según la época del año (tractores, cosechadoras, etc.) invirtiendo el menor tiempo posible en ello.

En la temporada de setas y de caza nuevamente aparecen visitantes interesados en la recolección de los ansiados trofeos vegetales o animales.

Son quizás los pocos pastores que aún quedan en la sierra los que realmente señorean estos lugares la mayor parte del tiempo. No dejan de ser un recurso al que se puede recurrir cuando uno se atreve a penetrar en el terreno sin conocerlo y sin disponer de ayudas.

Hemos invertido un total de seis horas efectuando un par de paradas breves y otra algo más larga para almorzar. Los madereros invertían un total de dos jornadas para ir cargados con los troncos de Villar a Orihuela, y luego, ya de vacío, vol-vían empleando una sola jornada para acarrear de nuevo, y así repetidamente mientras duraba la faena y el tiempo no lo impedía. Dura vida aquella, pero vida al fin, necesaria para el sustento de muchos y que finalizada la guerra incivil, y asfal-tada la carretera de los pueblos de la Dehesa con Orihuela del Tremedal desapare-cieron del todo carros y mulas y los sufridos arrieros hubieron de transformarse en conductores de camiones.

REFERENCIAS:

Aguirre González FJ, et al. Catálogo del archivo de la Comunidad de Albarracín (Tramacastilla). Colección Catálogos Documentales. 1ª ed. 1990. Teruel, Instituto de Estudios Turolenses. Actualmente existe una versión más completa, actualizada e in-formatizada que se puede consultar en la Casa de la Comunidad sita en Tramacastilla.

Antillón I. Descripción del partido de Albarracín en 1.795. Facsímile de la edición original. 2006. Tramacastilla. CECAL.

Gobierno de Aragón. 2010. Datos estadísticos territoriales. Accesible por Internet en el siguiente enlace: http://bonansa.aragob.es:81/iaest/fic_mun/pdf/31.pdf (Último acceso comprobado por el autor: 7 de octubre de 2010).

Labaña JB. Itinerario Del Reino De Aragón. Facsímile de la edición original de 1620. 2006. Zaragoza. PRAMES.

Mapa Topográfico de la Sierra de Albarracín. Plano 2 de 4. Escala 1:40.000. 1996. PRAMES. Zaragoza.

Mapa Topográfico Nacional de España. Torres de Albarracín. 565-II. Escala 1:25.000. 1ª ed. 1997. Ministerio de Fomento. Madrid.

Mapa Topográfico Nacional de España. Villar del Cobo. 565-IV. Escala 1:25.000. 1ª ed. 1997 Ministerio de Fomento. Madrid.

Pastor Durán J y García Galve A. Antiguo camino de herradura desde Albarracín a Huélamo. Rehalda, 2006; 4:37-54.

Polo Rubio JJ. La visita pastoral del Obispo Pedro Jaime a la Diócesis de Albarracín (1598-1599). Teruel, 1987; 77-78:237-60.

Solano Sanmiguel V. Guerra civil en Aragón. Tomo III. Teruel. 1ª ed. 2006. Editorial Delsan Libros SL. Zaragoza.

Nota de los autores:

El camino descrito ha sido recorrido en su totalidad por los autores juntamente con Blas López Martínez el día 30 de julio de 2008, ajustándose su descripción a las observaciones realizadas in situ.

RHUS CORIARIA L. (ZUMAQUE), UN ANTIGUO CULTIVO DE LA SIERRA DE ALBARRACÍN

*Daniel Guillot Ortiz*¹

Nuestra flora cultivada, tanto desde el punto de vista etnobotánico (medicinal, alimenticio, recursos naturales), como ornamental constituye parte de nuestro patrimonio histórico y cultural.

Un aspecto interesante, a la hora de analizar nuestra flora ornamental, es el referido a los antiguos y tradicionales cultivos. Autores botánicos importantes como Laguna & *al.* (1998) plantean la necesidad de protección de la flora antiguamente cultivada, a menudo asilvestrada con posterioridad o integrada en el medio natural. Estos autores indican que existen en este ámbito casos notables de especies de interés por su extremada rareza y riesgo de desaparición.

La Sierra de Albarracín cuenta con numerosas especies alóctonas escapadas de cultivo, algunas de ellas ya citadas por autores como Pau en 1888 o Zapater (1904). Entre ellas encontramos el denominado comúnmente zumaque, la especie botánica *Rhus coriaria* L., de la que Zapater indica "Se halla debajo de la ermita de la Virgen del Carmen de Albarracín, pero es probable que proceda de semillas del zumaque de los tintes".

Dentro de los trabajos de estudio y conservación de la flora de la Sierra de Albarracín, emprendidos por la Fundación Oroibérico, se encuentra el estudio y catalogación de la flora cultivada. Igualmente, y siguiendo con esta línea planteada por Laguna & *al.* (l.c.), nos planteamos la posibilidad de estudiar y conservar estas especies y formas hortícolas escapadas de cultivo en épocas pasadas, formas hortícolas que en ocasiones pueden haber desaparecido en cultivo en la actualidad.

Recientemente procedimos a trasplantar ejemplares de *Rhus coriaria* que todavía podemos encontrar como indica Zapater (l.c.) en la ladera y los roquedos de debajo de la ermita de la Virgen del Carmen en Albarracín (fig. 1), a un jardín recientemente creado por la Fundación Oroibérico junto al futuro edificio de investigación de esta entidad, que estará dedicado a albergar ejemplares de plantas antiguamente cultivadas y plantas autóctonas con usos medicinales o etnobotánicos, proyecto financiado por la Comarca de la Sierra de Albarracín (fig. 2).

¹ Fundación Oroibérico. dguillot_36@hotmail.com



Fig. 1. Ejemplares de zumaque en Albarracín.



Fig. 2. Zona de plantación de los ejemplares de *Rhus coriaria*.

El zumaque es un arbusto no muy alto, de hojas pinnadas y caducas, que, convertido en polvo, se ha utilizado para curtir pieles desde la antigüedad, como testimonian Teofrasto, Dioscórides y Plinio (López, 2001). gracias a la abundancia de taninos en sus tejidos (ya era empleado en las tenerías romanas).

El origen del zumaque parece ser, según algunas investigaciones históricas y botánicas, el centro y este de Turquía, donde participa en los matorrales recolonizadores de suelos volcánicos, pero su uso desde épocas remotas le ha permitido ser conocido y distribuido en todo el ámbito mediterráneo, primero, y en el resto del planeta después. Desde el punto de vista de las plantas exóticas, a este tipo de especies cuya fecha de introducción es anterior a 1.500 d.C. se las denomina arqueófitos (*Archaeophyta*).

Por estas propiedades ha sido empleado en medicina popular para detener toda suerte de flujos, como diarreas, hemorragias etc, en forma de gárgaras se consideraba remedio contra el escorbuto, pero no es planta recomendable ya que puede producir intoxicaciones a veces graves, en uso interno (López, l.c.). De esta especie nos indica Font Quer (1993) "Se cría en los ribazos y laderas rocosas o pedregosas de gran parte de la Península, principalmente en su mitad meridional; es planta rara, y las más veces ha de considerarse como una reliquia de antiguos cultivos, que se van extinguiendo poco a poco". Según este autor, debió de ser más frecuente en tiempos de Andrés de Laguna, e incluso de Quer. En el tomo VI de su Flora Española, este autor indica que se trata de una planta astringente, que "Se utilizó para cortar diarreas, pero nada perderemos prescindiendo de ella, porque alguna vez ha sido causa de intoxicaciones, el ganado menor que come esta planta por descuido o impelido por la necesidad, sufre también envenenamientos, a veces mortales... Recién cogidos los frutos, son asimismo dañinos; pero en oriente, adobados, con vinagre, los comen a guisa de alcaparras.

BIBLIOGRAFÍA

FONT QUER, P. (1993) *Plantas Medicinales. El Dioscórides renovado*. Ed. Labor S. A. Barcelona.

LÓPEZ, G. (2001) *Los árboles y arbustos de la Península Ibérica e Islas Baleares*. Tomo II. Ed. MP. Madrid.

LAGUNA, E. & al. (1998) *Flora endémica rara o amenazada de la Comunidad Valenciana*. Generalitat Valenciana. Conselleria de Medio Ambiente. Valencia.

ZAPATER, B. (1904) Flora Albarracinense. Catálogo de las plantas de los alrededores de Albarracín y su Sierra. *Memorias de la Sociedad Española de Historia Natural* 2: 21-50.

Información

DOMESTIBLES

DO DE ALBARRACÍN EN 1795

Isidoro de ANTIL

SIERRA DE ALBARRACÍN

José Manuel VIL

LA SIERRA DE ALBARRACÍN

D. ÁLVAREZ / J. M. BERGES / J. I.

ESTIBLES

José Luis ASPAS / Juan Ca

ALBARRACÍN EN 1795

Isidoro de ANTIL

GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

RE

LA LIBRERÍA

Últimas publicaciones sobre la Sierra de Albarracín

1. _____
A. Cebolla Royo, «Los inventarios 'musicales' de la catedral de Albarracín (ss. XIV-XX)», en *Nassarre*, 25 (2009), pp. 137-176.
2. _____
E. Cutanda, «Villar del Cobo: paisajes de la Sierra de Albarracín», en *VerdeTeruel*, 23 (2010), pp. 8-34.
3. _____
E. Cutanda, «Las estrategias familiares en la Comunidad de Albarracín: dotes y capítulos matrimoniales (siglos XVI y XVII)», en *Teruel*, 92, 2, 2010, pp. 19-52.
4. _____
A. Fornes y J. L. Aspas, *Platos de siempre de los Montes Universales*, CECAL, 2010 (225 p.).
5. _____
V. M. Lacambra, «Dinamización de museos, centros de interpretación y centros expositivos. La experiencia de la Sierra de Albarracín», en P. J. Lavado y V. Lacambra Gambau (coord.), *III Jornadas Nacionales de Ludotecas (ponencias y comunicaciones; Albarracín, 2009)*, Albarracín, Comarca de la Sierra de Albarracín, 2010, pp. 35-52.
6. _____
P. J. Lavado Paradinas, «Ludotecas para adultos: desde el sueño infantil a la respuesta a la crisis. Un proyecto para la sierra de Albarracín», en P. J. Lavado y V. Lacambra Gambau (coord.), *III Jornadas Nacionales de Ludotecas (ponencias y comunicaciones; Albarracín, 2009)*, Albarracín, Comarca de la Sierra de Albarracín, 2010. pp. 53-62.
7. _____
L. Martínez Utrillas, «Utilización del patrimonio natural en la educación ambiental», en P. J. Lavado y V. Lacambra Gambau (coord.), *III Jornadas Nacionales de Ludotecas (ponencias y comunicaciones; Albarracín, 2009)*, Albarracín, Comarca de la Sierra de Albarracín, 2010, pp. 29-34.

8. _____
El sabinar de Monterde de Albarracín, (Huesca): Pyrene, P. V., 2010 (dvd).
9. _____
D. Sáez Ruiz, *El primer otoño*, Madrid, Nuevosescritores, 2010 (295 p.).
10. _____
A. Serrano Dolader, «El dragón hipnotizador de Bronchales y otras inquietantes presencias en la Serranía de Albarracín», en *El libro de los dragones aragoneses*, Zaragoza, Gobierno de Aragón, 1999, pp. 67-75.
11. _____
C. Tomás Laguia, *Leyendas y tradiciones de la Sierra de Albarracín*, León, Comarca de la Sierra de Albarracín - Ed. Everest, 2010 (35 p.).
12. _____
C. Yusta, S. Domingo y E. Martínez, «Experiencia en la Sierra de Albarracín: talleres “aprendiendo a jugar”», en P. J. Lavado y V. Lacambra Gambau (coord.), *III Jornadas Nacionales de Ludotecas (ponencias y comunicaciones; Albarracín, 2009)*, Albarracín, Comarca de la Sierra de Albarracín, 2010, pp. 83-90.

ÍNDICE DE ARTÍCULOS PUBLICADOS EN REHALDA

Números 1 – 13

(2005-2010)

1

(2005)

JOSÉ MANUEL VILAR PACHECO: En torno a REHALDA; ELOY CUTANDA PÉREZ: Que las rondas no son buenas; JOSÉ MANUEL VILAR PACHECO: Últimas publicaciones sobre la Sierra de Albarracín; ANTONIO JIMÉNEZ MARTÍNEZ: Fundación Santa María de Albarracín. Un modelo de gestión cultural del Patrimonio; PEDRO SAZ PÉREZ: Las comunicaciones en la Sierra de Albarracín a principios del s. XX; JOSÉ LUIS CASTÁN ESTEBAN: Historia del señorío de Albarracín; RUBÉN SÁEZ ABAD: El acueducto romano de Albarracín-Gea-Cella; MANUEL PASCUAL FORNÉS: La evolución de la población en la Sierra de Albarracín; LUIS MARTÍNEZ UTRILLAS: Bosques de la Sierra de Albarracín: Los melojares; JOSÉ LUIS ASPAS CUTANDA: Setas de los Montes Universales: la seta de marzo.

2

(2005)

JOSÉ M. VILAR PACHECO: *Maita* 'fresa silvestre'; MIGUEL Á. MARTÍNEZ LOZANO: No pensábamos que iba a llover tanto; JOSÉ MANUEL VILAR PACHECO: M. Sanchis Guarner y las encuestas del ALPI en Bronchales (1935); JUAN M. BERGES SÁNCHEZ: La Hoyalda; JOSÉ LUIS CASTÁN ESTEBAN: Las alteraciones de Albarracín; ELOY CUTANDA PÉREZ: Vecinos, habitantes y *barraños* en la Comunidad de Albarracín (siglos XVI y XVII); JUAN M. BERGES SÁNCHEZ: El Vallecillo; RUBÉN SÁEZ ABAD: Mitos y leyendas de la Sierra de Albarracín; CARLOS MUÑOZ: El sestero en la Sierra de Albarracín; JOSÉ LUIS ASPAS CUTANDA: Plantas de los Montes Universales: la ajedrea; PEDRO SAZ PÉREZ: La ruta de senderismo "Abrigo de los pastores" en Monterde de Albarracín.

3

(2006)

JOSÉ M. VILAR PACHECO: Sobre *alcarreño* 'aguardiente'; JOSÉ M. VILAR PACHECO: Paisajes de la trashumancia. Villanueva de San Carlos; JOSÉ A. YUBERO Y JOSÉ R. LÓPEZ: El proceso entre Molina y su tierra y la ciudad de Albarracín sobre la mojonera de Sierra Molina: toponimia menor del patil de sierra; CARMEN PERONA MIGUEL: Recuerdo de la escuela de Orihuela; JUAN C. SORIANO: Escrito con luna blanca; JUAN M. BERGES SÁNCHEZ: De montes y pleitos: el Patio del rey don Jai-

me; JOSÉ LUIS CASTÁN ESTEBAN: Los fueros de Albarracín; MANUEL ALAMÁN ORTIZ: Gea de Albarracín, importante núcleo morisco; ELOY CUTANDA PÉREZ: El jamón y otros presentes. Obsequios y agasajos en la Comunidad de Albarracín (siglos XVI y XVII); M^a DOLORES SAZ Y PEDRO SAZ: Elecciones y II República en la Sierra de Albarracín; JOSÉ LUIS ASPAS CUTANDA: Gastronomía en los Montes Universales; JAIME LAHOZ VICARIO: El Puerto: el paraíso escondido de la Sierra; RUBÉN SÁEZ ABAD: La paleontología en la Sierra de Albarracín: I. Los fósiles del Paleozoico; LUIS MARTÍNEZ UTRILLAS: Bosques de la Sierra de Albarracín: rebollares o quejigales.

4

(2006)

JOSÉ M. VILAR PACHECO: Algunos nombres de aves (búhos, cárabos, vencejos y urracas); MANUEL GONZÁLEZ: De nuestros pájaros; JOSÉ LUIS CASTÁN ESTEBAN: Delitos contra el honor y honestidad en los fueros de Albarracín; ELOY CUTANDA PÉREZ: La Comisión provincial de Incautación de bienes, 1937. La represión franquista en la Sierra de Albarracín; JAVIER PASTOR Y AVELINO GARCÍA: Antiguo camino de herradura desde Albarracín a Huélamo; RUBÉN SÁEZ ABAD: La paleontología en la Sierra de Albarracín: I. Los fósiles del Mesozoico; JAIME LAHOZ VICARIO: Muela de San Juan: más allá del esquí de fondo; CARMEN PERONA MIGUEL: Sobre una lejana tarde de otoño; VICENTE ROMERO: El despertar del toro y el sueño de Evaristo.

5

(2007)

JOSÉ M. VILAR PACHECO: De Albarracín a Bronchales. Topónimos en el 'Cantar del Cid'; FRANCISCO LÁZARO POLO: Los Baroja en la Sierra de Albarracín; PAULA LÁZARO IZQUIERDO: Lengua patria y dialectos regionales: una convivencia necesaria en el pensamiento de Manuel Polo y Peirolón; JOSÉ LUIS CASTÁN ESTEBAN: La Diócesis de Albarracín en la Edad Moderna; FELI LÓPEZ Y JOSÉ LUIS ASPAS: Gastronomía en los Montes Universales: los gaspachos; VICENTE ROMERO: El secuestro de Paulino; JUAN M. PALOMAR MARTÍNEZ: Usos del agua: el molino de Tramacastilla; ALBERTO VILLÉN PINILLA: Tremedal o tremedales.

6

(2007)

JOSÉ M. VILAR: El acento de *Ródenas*; JUAN M. BERGES: Los López Heredia, señores de la baronía de Santa Croche y Gaibiel; RAÚL IBÁÑEZ y JOAQUINA LANZUELA: Imágenes de nuestra tierra. Raíces de nuestra propia identidad; CARMEN MARTÍNEZ: La arquitectura tradicional a través de los sentidos; V. ROMERO: El enigma del bicho; JAVIER PASTOR y AVELINO GARCÍA: Trazado, uso y noticias del antiguo camino de Villar del Cobo a Tramacastilla; RUBÉN SÁEZ: El patrimonio como recurso de desarrollo. El modelo de Albarracín (I).

7

(2008)

JOSÉ M. VILAR: El color de 'escalambrujos y sanantonas'; CARMEN PERONA: Camino de la Feria de Orihuela hace sesenta años; ALMUDENA PUCHOL: Nombrar la Sierra; JOSÉ A. SALAS y ENCARNA JARQUE: La población de la comunidad de Albarracín según el censo de Floridablanca (1787); JOSÉ L. CASTÁN: La educación en Albarracín en los siglos XVIII y XIX: el Colegio de los Escolapios; M. SÁNCHEZ, A. OLLERO y M. V. LOZANO: El río Guadalaviar: su comportamiento hidrológico; GONZALO MATEO: La flora de la Sierra de Albarracín: un patrimonio valioso y bien conservado, pero poco conocido y valorado; A. HERNÁNDEZ: Gayuba (*Arctostaphylos uva ursi*). "La planta eficaz para combatir los males de orina"; LUIS MARTÍNEZ: Nuestros árboles: el acebo; RUBÉN SÁEZ: El patrimonio como recurso de desarrollo. El modelo de Albarracín (II).

8

(2008)

JOSÉ M. VILAR: "El fraile y la monja" de Bronchales: dos versiones legendarias; ELOY CUTANDA: La visita del obispo y el saludo de Teodoro; F. LÁZARO: Una sierra de leyenda; JOSÉ L. CASTÁN: Caballeros y pecheros en el Fuero de Albarracín; MANUEL ALAMÁN: Gea de Albarracín: transformaciones de un pueblo durante el siglo XX; J. M^a y MANOLO RUÍZ BARRERA: El juego de la morra: la nobleza y el vigor de la Sierra; JOSÉ L. ASPAS: Setas venenosas de los Montes Universales.

9

(2009)

JOSÉ M. VILAR: Carreteras secundarias (algunos términos viarios); ELOY CUTANDA: El tejero y la procesión; V. ROMERO: La navaja más rara del mundo; JOSÉ L. CASTÁN: Las cofradías de las Ánimas del Purgatorio en la Comunidad de Albarracín; J. M. PALOMAR: Usos del agua. La fábrica de lanas de Tramacastilla; M. V. LOZANO, A. OLLERO y M. SÁNCHEZ: Valoración del estado ecológico del río Guadalaviar en aplicación de la directiva marco europea del agua; D. GUILLOT: Plantas ornamentales de Noguera (Teruel). Coníferas y monocotiledóneas (I); J. M. BERGES y J. LAHOZ: Paisajes de nuestra Sierra. El Caimodorro; P. SAZ: Monterde de Albarracín. Sendero circular de las sabinas centenarias (PR-TE 136).

(10)

(2009)

[Monográfico: Guerra de la Independencia. Volumen conmemorativo de la presencia francesa en el Partido de Albarracín durante la Guerra de la Independencia (1809-2009)]

J. L. CASTÁN: La Comunidad de Albarracín en la Guerra de la Independencia; H. LAHOZ: La Junta Superior de Aragón y parte de Castilla y la Junta de Albarracín en 1809; R. GUIRAO: Don Pedro Villacampa. Un general altoaragonés en la Sierra de Albarracín durante la guerra de la Independencia española; P. RÚJULA: El general Suchet y el asalto al santuario del Tremedal (1809); J. M. de JAIME: Isidoro de Antillón en la Junta de Defensa de Teruel durante la guerra de la Independencia; J. M. BERGES: "Malatarde": consecuencias económicas y sociales de la batalla del Tremedal (25 Octubre 1809); J. M. VILAR: Ideas y palabras de una época: la guerra de la Independencia (1808-1814).

(11)

(2009)

J. M. VILAR: Viejas y nuevas palabras; y algunas dudas; P. SAZ: Otoño 1910; M. MATAS: Biografía de Ángel Yuste (Noguera, 1926-2008); J. L. CASTÁN: Conflictos jurisdiccionales entre la ciudad de Albarracín y su Comunidad en el siglo XVII; M. MIQUEL: El retablo de San Miguel Arcángel de Gonçal Peris Sarriá de la catedral de Albarracín; M. CENDÓN: Situación del patrimonio artístico en la Sierra de Albarracín: desde la Guerra Civil a nuestros días; D. GUILLOT: Plantas ornamentales de Noguera (Teruel). Angiospermas dicotiledóneas (II); L. MARTÍNEZ: Especies singulares de árboles y arbustos y otras hierbas; A. FORNES y J. L. ASPAS: Gastronomía de los Montes Universales: Cuerva.

(12)

(2010)

J. M. VILAR: 2010: Año de la biodiversidad; P. SAZ: Invierno 1920; V. ROMERO: Mi amigo Pugón; R. IBÁÑEZ: La Cántiga CXCI de Alfonso X el Sabio: el milagro de Rodenas; J. ANGULO: Acerca de don José Asensio de Ocón y Toledo, obispo de Palencia y de Teruel; Á. CALERO y P. VIDAL: El pastor trashumante, esencia de la sierra; D. GUILLOT: *Echinopsis Chamaecereus* H. Friedrich & Glaetze (*cactaceae*): una nueva especie alóctona en Europa; D. GUILLOT: *Hedera Hibernica* (Kirchner) Bean, primera cita en la Sierra de Albarracín.

(13)

(2010)

J. M. VILAR: Algunos apuntes sobre onomástica serrana (nombres propios de la Sierra); ROBERTO SANZ: La Sierra de Albarracín y Polo y Peyrolón: historia de una relación ascética; P. SAZ: Primavera, 1930; V. ROMERO-TOSCA: Las últimas casas; M. MATAS: Cuatro delitos acaecidos en Noguera de Albarracín en los albores del si-

glo XX; J. M. PALOMAR: Comercios de Tramacastilla; A. TOLDRÁ y M.^a D. SAZ: Inquisición y moriscos en la Sierra de Albaracín: el caso de Alexandre Otijas, notario de la villa de Gea en el año 1609; L. MARTÍNEZ: El Parque Cultural de Albaracín; E. CUTANDA: Patrimonio Inmaterial de la Sierra de Albaracín (PCISA). Espacios de participación y colaboración en Internet.



NORMAS PARA LOS COLABORADORES DE LA REVISTA

La Revista **REHALDA** acoge trabajos originales que tengan como ámbito preferente la comarca de Albaracín y tierras limítrofes. Los colaboradores procurarán ajustarse a las siguientes normas:

Texto. Los originales habrán de presentarse en soporte informático (preferiblemente en Microsoft Word para Windows). La configuración de la página será DIN-A4, con márgenes de 2,5 cm., a 1,5 de interlineado y con una extensión que en lo posible no sobrepase las 7 páginas numeradas (unos 10.000 caracteres aproximadamente si la redacción es en castellano), con tipo de letra Times o Arial, 12 puntos. Si el trabajo excediese de esas dimensiones, el autor deberá prever la posibilidad de publicarlo en diferentes números de la revista.

Las notas, si las hubiere, se presentarán a pie de página.

La bibliografía y otras fuentes de información manejadas se expresarán al final del trabajo.

Figuras y fotografías. Cada trabajo podrá incluir un máximo de 4 figuras o fotografías. Podrán ser intercaladas en el texto o bien al final del mismo. En todo caso se indicarán los pies y leyendas correspondientes. Igualmente, figuras y fotografías deberán presentarse en soporte informático, en carpeta diferenciada, y en uno de los formatos siguientes: jpeg o tiff. La resolución de las fotografías y figuras, para su correcta reproducción, deberá ser de 300 pp.

Autor o autores. Junto a la presentación del trabajo se incluirán los datos relevantes del autor o autores: nombre y apellidos, edad, profesión, dirección de contacto y correo electrónico.

Con la publicación de los trabajos en *Rehalda*, los autores aceptan la difusión de los mismos en formato digital en aquellos servicios de indexación de contenidos científicos (como, por ejemplo, Dialnet y el Fichero Bibliográfico Aragonés) y en las diversas páginas web que gestiona el CECAL.



Este número de la revista *Rehaldá* se terminó de imprimir
en Teruel en junio de 2011.



Con la colaboración de:

